



AÑO 12.

NUM. 142.

LA

ESPAÑA MODERNA

~~~~~

**Director: JOSE LAZARO**

**OCTUBRE, 1900**

**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO**

*Calle de Blasco de Garay, núm. 9.*

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# GENOVEVA MONTAÑA

(NOVELA)

---

(CONCLUSIÓN)

A LAURA MOREIRA

LEGACIÓN PORTUGUESA

LONDRES

Juncal, Febrero.

Rica hija mia: Cuántos tiempos que rrecibí tu carta y entoavía no la dí respuesta. Por esos dias en que llegó acá calló tu ermana en cama con una fiebre que me llenó de cuidados, y no te di luego parte de lo acontecido por causa de no asustarte. tu de aí no la podias poner buena; pues entonces yo me quise cargar todo conmigo.

Aora ya ba mejorcita y ya se lebanta, pero aquello fué una fiebre muy grande. Estaba biendo cuando me se iba en uno de esos delirios en que no dezia sino tonterías.

El dotor Anacleto siempre dijo que esto que le parecía cosa de fiebre nerviosa. Allá ellos lo entienden. Siempre es un grande maldito el tal nervioso. Endenantes no abía nada desto. Se acia ala gente una sangría y se ponía enseguida derecha y sana como un pero. Y todo se vuelven gotitas de agua. Tengo la fé en aquello. ¡Rayo de enfermedad!

El otro dia el dr. Anacleto todo era decir que el estar siem-

pre en la probincia es lo que la ponía a tu ermana de esta suerte. ¡A cualquier ora me fio yo deso! Aires mas puros que estos no me paece á mí que los aiga en lado ninguno. Que encuentren que es preciso, yo estoy aquí presta á marchar con ella sea pa onde fuese. Pero yo me quedo en mis trece. No es con la baraunda de gente con lo que me sea de poner buena. ¡Espérate un poco! Ella ni con las señoras del pueblo quiere ir tan siquiera! que asta es una cosa que ya paece mal!

Y mira tu por onde le a dao dimpues de mejorar de la enfermedadá. Todo se le buelve coser y coser pa la chiquillería del pueblo. Y nunca la veo sastifecha mas que cuando tiene una bandá dellos enderedor. Las madres pues claro todo se vuelbe trahernoslos. ¡Ya lo creo! ¡Esta gentesita de por aquí es más interesada! Debe acerse la caridá como manda el catesismo; pero todo lo que es demas no vale.

Pues lo peor entoavía es ver yo el estado a que yegó tu ermana. La fiebre ya se le quitó, pero me paece que de dia en dia la veo irse poniendo más esmirriada. No se porque Dios me a de dar semejante castigo. Nunca quise mal á nadie. Enfermedades que bienen á las personas! Pues lo pasao bien esta; lo malo es lo que queda por pasar. El dr. Anacleto ya me dijo que le bendria bien casarse. Baya usté á saber! Los ombres oy están en un estado! Despues pa el casamiento tambien ay que andarse con cuidao. Que los onbres no tienen pachorra para ciertos melindres. Yo ya se lo e dicho a ella misma. Lo que ellos quieren es quien los cosa y los mime. No sé a quien salio esta ermana tuya! ¡Es destino! Para pescar marido an de usar otras maneras las personas. Con el vinagre no es con lo que se atrapan las moscas.

Rica hija mia, mucho te agradecí el que me aigas participado el matrimonio del primo Hugo. Por lo que contabas en la carta, fué de rumbo. Bien se deja ver que es gente de estimación y de posibles.

Lo que pido á Dios es que los aga felices. El es misma-mente una joya. Mas delicado, mas atento, nunca lo bí. Y

despues, una memoria pa todo! Tu ermana nunca pudo oir tal, pero la verdá está bien que se diga.

Dizes tu que la nobia no debe nada ala ermosura. La gente tambien no come de la ermosura, y el reflán dize que quien lo feo ama bonito le parece. Aora esos aparatos que ace en publico son los que a mi no me gustan. Pero la culpa tambien es de los padres que la criaron asi. Su alma su palma.

Me preguntas por el bizconde de Sendim da Beira. Nosotras no sabemos del mas que lo que a venido en los papeles. El despues de la gran enfermedad que tubo alla por el norte cuando estubo en la bendimia no bolbió por aquí. Ya ni se quien fue el que por ai dijo que el abia estado casi leproso, todo por causa de la maldita influenza, que esta tambien es un fuerte rayo de molestia! Y despues, enseguida que cayo el menisterio, por el mismo tiempo en que tu marido fue nonbrado pa Londres, luego apareció en los papeles que el iba pa ministro. Y lo fue. Ya nunca lo e bisto por aquí. Aora en aquellas alturas, vaya usté a saber. Dicen que en yegando á ministros, todos pierden al momento el poco juicio con que allí entraron. Pues pa comernos los ojos no les ace falta grandes cabezas. Buenas tragaderas es lo que se requiere.

La Genoveva me manda que te diga que no te escribe por que entoavia le cuesta trabajo.

Adios, rica, mis penas solo se acabaran cuando te vea. Da muchas expresiones á Antero. La carta va ala legacion por causa de aber mas seguridá en cuanto ustes no tienen casa sulla. Esto de los hoteles es como las posadas, y lo seguro murió de viejo. Me alegro de que ustes dos se dibiertan. Dicen que Inglaterra que es cosa fina. Yo ablo de esto por lo que oigo. Aora no he de acer más que el último viaje, pal oyo.

Recuerdos de toda nuestra gente. La Banosa tuvo aora otro ijo más. Ya le mandé dos pollitas que no parecían sino dos gallinas. El niño esta mismamente como una alaja.

Le pusieron Viriato. No se aonde va buscar esta gente los nonbres que ya no se ven en el almenaque. Pues la ermana se

llama Hermengarda. ¡Solo con un palo! ¡una buena trança! Quien tambien se dió una caida muy grandísima, que se ha quedao con las dos piernas quebrás, fué José Travanciño. Se cayó de una oliva abajo que quedó sin abla. Por fin el dr. Anacleto se dió arte pa concertarlo. Ya anda por aí. Adios, rica hija del corazon, recibe la bendición de tu vieja madre

FELICIANA.

Dicen que el menisterio que no aguantará. ¿Y Antero, vuelve luego pa acá, si ubiese mudanza? Siendo así, Nuestro Señor lo bote abajo al tal descomulgao del menisterio, y Dios me perdone! En Lisboa siempre es otra cosa. No se ace una á la idea de tener que atravesar el mar, que Inglaterra me parece que no se puede ir á pie enjuto.

\*  
\* \* \*

## Á GENOVEVA MONTAÑA

JUNCAL.—VILLAVERDE.

PORTUGAL.

Londres, Abril.

Mi querida Genoveva: Vamos á ver una vez más si consigo quebrar ese tu silencio de piedra. ¡Diantre! ¿No escribes porque no puedes ó porque no quieres?

Lo que me vale es la mamá, pobrecilla, siempre cuidadosa de darme noticias.

Antero y yo estamos bien de salud. En el tiempo es en el que hemos tenido una suerte perra. Casi siempre, niebla cerrada ó lluvia.

¡Qué pena el que no puedas venir aquí á pasar la *season* con nosotros! ¡No puedes calcular qué grandioso y brillante es todo esto. Te pierdes una excelente ocasión. Ahora todo se te facilitaba. No tenemos seguridad de permanecer aquí mucho. Luego, puede no tener remedio. ¡Lo que se te ha estragado la salud en ese destierro del *Juncal*! No quieres oír. Eres el peor sordo. ¡Pobre mamá, que tanto se aflige con tu estado!



Les escribo poco porque no tengo un momento mío. En casa del Ministro hemos conocido á toda la gente. Ando en un lío de visitas. Figúrate que aún no puse el pie en ningún Museo. Y no sé cuándo podrá ser.

Me divierte analizar la sociedad de Londres. Pero toda esta gente tiene un aplomo que embaraza. Los *parnés* son los que van á obligarnos á permanecer por aquí algún tiempo. ¡Qué terrible es esta cuestión de los *parnés*! Disculpa la jerga. Es pura *haute gourmé*.

Una de las mayores curiosidades que hay ahora en esta *high-life* londinense ¿sabes cuál es? La *couple* Duff-Santa Ana.

No puedes imaginarte nada más cómico. Ni puedo explicarte hasta qué punto me carga aquella nueva prima, amor encarnado en un kilométrico tipo de inglesa, derecha como un *policeman*, desgarrada como un mástil ó un asta de bandera.

Pero la criatura ama á aquel marido de una manera extraordinaria, verdaderamente *shocking*.

A toda la gente le mete su amor por la cara, empeñada en hacer creer que el Adonis vive abrasado en la más torturante llama. Es el ridículo más supino.

Siempre pensé que el primo Hugo era un pobre trasto. De lo que no le juzgaba capaz era de un lance brillante, decisivo como el de este casamiento. Fue una jugada de maestro. La muchacha riquísima é hija única.

Él parece, sin embargo, el más extasiado de los maridos; pero no creo que sea astro de mucha duración. Esta adoración exclusiva á que su mujer le obliga, le da además un aire imbecil. No puedes imaginarte lo que es. Siempre, en todas partes, ¡los dos en un *flirt* cerrado, como antes del matrimonio! Esto pone al hombre en un espantoso ridículo, sobre todo porque se calcula que de parte de él haya mucha más aritmética que amor.

Confieso que me he reído mucho á su costa. La mujer no le suelta. En este género, es de un *aplomo* que no se puede superar.

En medio de tanto esplendor—viven más que suntuosamente—¿qué pensará en su íntimo el primo Hugo?

A veces me acuerdo de aquel chaquet estropeado con que fué á visitarnos en Lisboa. Naturalmente, piensa que el mundo es un abundante y divertido bazar, en el cual no vale la pena de afligirse una persona rumiando cosas tristes.

Tú eres quien no ve así las cosas. Te quisiera con mejor salud y mejor disposición de espíritu.

Adiós, querida. Tengo un millón de cosas para hoy. Da abrazo á mamá.

Tuya,

LAURA.

\*  
\* \*

## A LAURA MOREIRA

LEGACIÓN PORTUGUESA.

LONDRES.

Juncal, Mayo.

Rica hija mía del corazón: Comienzo con el rrecado de tu ermana. Me manda decirte que no se atreve ha escribirte por causa de tontunas de la cabeza. Y que despues, como yo escribo, que es lo bastante.

¡Válanos Dios! Lo que yo sé es que cada vez es mayor la diferencia de tu ermana. No parece si no que entró cosa ruin en ella. Oy en día nadie quiere dar crédito á semejantes cosas, pero yo aca lo que beo es que aquella cabeza no esta conforme.

Yo aze ya muchos dias que no te escribo por causa del ráfago de casa y ha mas por mor de estas cosas de tu ermana que nunca se me ban de la magin.

Ella no descansó mientras que no tomó cuenta de la legitima de la parte del padre. Y aora lo que aze es tirar el dinero á manos llenas. Y todabia si dijéramos que es para comprar alguna dibersion. Pero pa qué! Na más que pa dar á

cuantos granujas que ay por estos alrededores. Cuesta mucho presenciarse estas cosas.

Figurate que la buena de nuestra Genoveva, no a echo menos que arrendar el palacio de Freixeda. Y aora verás lo que es echar abajo paredes, estucar, rebocar, pintar, ponerlo tó patas arriba. Ni restos quedan del caseron que era.

Todo eso pa acer una casa, así como un asilo, pa la chiquillería. Y alla se pasa el santísimo dia con la pilleria siempre á bueltas. ¡Vaya un gusto! ¡Valiente sistema!

¡Ni que fuesen hijos los tenía mejor asistidos! Allí no falta cosa ninguna; ella las camas de paja blanda, las tinas pa el baño, la comida regalada á las oras, enseña esto y aquello, todo con mapas que aguajerearon las paredes que asta es un cargo de conciencia, una quinta que es un disparate de grande, con muchos juegos armados y calles de un largo, que solo es pa visto, pa pillería corretear á voluntad; to á lo grande.

Ni ustés dos tendrían to tan completo. Que yo acá para ciertas ridiculeces nunca fuí.

Y allá anda en esta fatiga ace ya dos meses. No te e ablado de esto, porque ella lo tenía en secreto, y no queria que se supiera asta no estar todo arreglado. Quien la ayuda alla en esas enseñanzas es la ija del sacristan y a mas la Rosita del Cañizo. Se dió por ai, que se le a de hacer? Y aqui tienes tu en lo que tu ermana pasa los dias de su vida.

Yo ya no le digo ninguna cosa. Para no decirselas claras, prefiero callarme. Pero una á beses asta parece que va á estallar. ¡Pecados de la vida! ¡Cómo no se a de amohinar una persona viendo correr asi el dinero á manos llenas solo pa dar vida regalada á gente que anda con los pies descalzos.

Yo siempre tuve carida. No puedo ber con anbre ni siquiera á los animales. Todos los dias las sobras de mi comida ban pa la Josefina Brotas que tiene una bandada de ijos con la boca abierta. Nunca mire pa estas cosas. No quiero desperdicios en mi casa, pero tampoco consiento que se tiren afuera las migas de pan. Es costunbre que tengo ace muchos años.

Pero todo se quiere con términos y con orden. La gente si da la camisa que tiene, se queda sin ella. Y pa el dia de mañana nada hay seguro. Despues una persona si va á contar con el agradecimiento de ciertas gentes está airada. Lo que ellas quieren es artarse. Cuanto mas se ace menos se agradece. Yo ya fuí tonta. La carida bien entendida empieza por la casa. Buen asno es aquel que cuenta con los agradecimientos de cierta ralea.

Por esto es por lo que yo me consumo con estas tonterias de tu ermana. Que una persona se mate con los ijos que Dios le dió, está bien. ¡Qué remedio! Pero lo que es con cuanto pillastre anda por el monte y suelto por esas calles, es siempre una locura rematada.

Siempre fué así tu ermana, señora de su voluntad de ella. De pequeño se endereza el arbol. No es aora con sus años cuando voy á enderezarla á ella.

Metiéndosela una cosa en la cabeza ni el diablo se la saca. El padre era lo mismito. Nunca hubo jumento mas testarudo que aquel santo onbre. Dios le tenga su alma en la gloria.

Y solo pa esta manía es pa lo que ella noe. Sacándola de esto lo que ace es montar á caballo, por la mañanita, al salir el sol. Y allá se ba. No creo que aiga otra igual, como mi ija.

Cosa de vesitar á alguien, eso pa más vagar.

Bien se artan de conbidarla todas las señoras de la villa. Pero no va; no mueve de aquí el pie. Y no atiende á nadie. Todo esto por su cabeza de ella.

Pues tampoco debe ser asi. Ni yo se siquiera lo que me parece esto. Una persona no debe ser despegada de este modo. Todos nosotros podemos precisar unos de otros. Siempre hay ocasion de servirnos de nuestros conocimientos. Y es bien cierto que cuando no se ve á la jente se la olvida. Quien no siembra no recoje. Asta parece mal. Entoavia la semana pasada tubo en casa las señoras Sousas una fiesta de mucho ruido, que asta la pusieron un nonbre allá fuera que se me a

ido de la cabeza. Pues quien no puso alli el pié fué tu señora hermana.

Bien se artaron de llamarla de alli.

Pues segun oi, aquello estuvo bien, mui bien. Las señoras todas con mucho lujo, y una comida que asta vino cocinero de Lisboa. Creo que todo estuvo con el mayor orden. Y tuvieron refrescos y la dulceria dicen que era un derroche. A mi al otro dia entoavia me mandaron de ella una culebra de huevos que solo el mirarla daba gusto. Aquello era comer y llorar por más.

Tambien ubo baile y representacion de teatro. Dicen que todo con el mejor arreglo y de mucho gusto. Aquellas Sousas, cuando se meten en estas cosas, nunca se quedan atras. Fué pa festejar los años de Procopio en la casa nueva. Asta en la puerta del jardín abia un letrero de farolillos de colores con estas palabras: *Chalet Clemencia*.

Dicen que doña Clemencia fue la que izo las onrras de la casa á la perfeccion. Ellas alla de ciertas finezas entienden de verdad. Pues asta personas de fuera del pueblo vinieron! Una de eilas fue el Administrador de Alemguer, y otra el señor prior de Villas. Se juntaron obra de unas sesenta personas. Y dicen que no falta ninguna cosa.

¡Esta hermana tuya! Mayor bicho de abujero entovia no lo vi. Tambien una persona de vez en cuando debe aparecer. Tu hermana con esto lo que consigue es ponerse cada vez más esmirriada. Parece que de dia en dia se va secando. Reniego de esto! Una así! Asta da gana, no sé de qué. Amarilla como una cidra, y de tantas carnes como un arenque avanzado. Pues ablar, cada vez menos. A veces no me paece otra cosa que una estauta. ¡Por vida de mis pecaos! ¡Vaya una carga que me estaba guardada pal fin de mi vida!

Adiós, rica, ija mía, recibe expresiones de toda nuestra gente.

Mucho me cuentas del primo Hugo. Asta me espanta que un muchacho de tanto juicio se esté prestando á esas figuras

de sainete. A la tal prima inglesa no quisiera yo conocerla. Ciertas tonteras nunca las pude tragar. Los amores son diversos, y cuanto menos se ande con ellos en ostentación, mejor. La tal niña es de casta. Respecto á vergüenza, me parece que no le pesa mucho la que tiene.

Aquí todos me preguntan siempre por tí, pero ahora no tengo vagor pa andar con esos cuentos.

De esta tu madre que mucho te estima de corazón.

FELICIANA.

Tus rosales an estado cargadísimos. Es del estiércol que se les ha echao. Del de caballo, que todavía es mejo.

\*  
\* \*

## A LA HERMANA SOLEDAD

MISIÓN DE LÁUDANA.—PREFECTURA APOSTÓLICA DEL CONGO

ÁFRICA PORTUGUESA.

Juncal, Mayo.

Gabriela mía: ¡Cuánto tiempo hace que no veo letra tuya! Te limitas á responderme. ¡No ser indispensables al corazón de nadie es tan triste! En esta desencantada y opresora disponibilidad es en la que vivo. Cada vez envidio más tu serenidad, falta de ambición, esa cristalización diáfana donde no hay la más leve mancha de deseo egoísta. La fuerza de voluntad por sí sola es impotente para alcanzar ese estado superior de alma.

Yo, hija, no puedo. No existen en mí los gérmenes de una santidad formada toda ella de heroísmos tranquilos.

En estos últimos tiempos he hecho de mí más de lo que puedo en el sentido en que tan angélicamente y tan alegremente te ví caminar.

Construí un asilo. Congregué en él docenas de desgraciaditos que no tenían nada suyo, fuera de las sacudidas de la desgracia. A sus cuerpecitos enfermizos dí alimento y comodidades; dí alguna luz á sus ávidos entendimientos; restituí la

hermosa sonrisa de la infancia á sus labios precozmente contraídos y pálidos; volvílos saludables, alegres, felices... ¿Felices? Aquí me asaltaron, me atormentaron en seguida dudas punzantes.

¿Qué voy á hacer yo de todas estas criaturas, casi todas niñas? ¿Qué tremenda responsabilidad no es la de resolver el problema de su porvenir! ¿Debería adiestrarlas para que trabajasen en la industria? ¿Y estará preparada la sociedad portuguesa para, terminado el período de aprendizaje, hacer efectivo ese provecho? ¿Y en la vida práctica podrán encontrar estas niñas empleo remunerador á su actividad?...

¡Hasta qué punto es complejo y embarazoso el problema de la caridad—ó de la beneficencia, *assistance* pública, como prefiero llamarle!—Me flaquean las fuerzas con tantas dudas como me asaltan al principio de esta mi obra vacilante. Para que una obra social sea amparo y sostén de nuestra vida es preciso el estímulo de una fe ardiente. Y yo no la tengo, porque me falta la clara comprensión de mi objeto.

Eso que tan á ciegas se hace con el nombre de *caridad*, sin plan, sin conciencia, sin ideal, debería ser principalmente una función de preciso equilibrio. El medio en que ha de pasarse la vida es el que sólo determina las leyes en que debe orientársela.

¿Hasta dónde convendrá llevar á estos niños por el camino de la dignidad consciente, del gusto cultivado, de la sensibilidad y de la comprensión de derechos y deberes? ¡Delicadísimo problema!

Crear la institución ideal no es difícil. La dificultad toda está en blindar criaturas idealmente educadas, en quienes se estimularan facultades sensitivas contra las crudezas de una sociedad donde el egoísmo campea ferozmente. Y las criaturas son para la sociedad. La vida en un asilo es el simple preámbulo de la verdadera existencia que comenzará más tarde.

Cediendo á un movimiento de ternura en que no entra el cálculo, estos niños se adelantan hacia mí queriendo besarme.

Siento que me vienen entonces las lágrimas, lágrimas no sólo de puro amor, sino de angustiosa aprensión, de remordimiento tal vez.

¡Y cómo preocupa todo esto y entristece y da deseos de morir!...

No, no existe en mí el temperamento rígido que hace el alma de los héroes. Este corazón mío es un pobre y humilde corazón, todo hecho de flaquezas.

¡Cómo abate mi entusiasmo la desaprobación que encuentro en los que me cercan!

No nací para la lucha, y en este triste mundo es preciso luchar siempre..... hasta para hacer el bien.

Casi todos dan limosna; en poca gente late la verdadera cuerda de la caridad cristiana. Y los hechos altruistas son, por lo común, errada é incompletamente interpretados por el limitado raciocinio de los pseudo-filántropos.

La vida no vale la pena, no. La corriente impetuosa del destino y de las imposiciones sociales, pasa derrumbando á los tímidos, subvirtiendo las tendencias naturales, espontáneas. ¡Miseria de las miserias! porque todo cuanto no es la espontaneidad, la expansión libre de la Naturaleza, es sofisma á que alguna vez se recurre por necesidad, pero que gasta por igual las fuerzas del cuerpo y las del espíritu, sin realizar la función propia del individuo.

Me siento exhausta; exhausta, sobre todo, por una lucha que no se ve, pero que va minando como la acción lenta y progresiva del *termite* insecto, haciendo solapadamente que se desplomen poderosas construcciones.

No te pido ya consuelos, Gabriela mía. Las flores delicadas de tu santidad, se mueren trasplantadas á la aridez de mi pecho.

Mientras viva, he de hacer el mayor bien que pueda; pero sin arrebatos, sin entusiasmo, casi hasta sin gusto; cumpliendo un severo deber claustral, no como quien corre embebecido al florido éxito de una vocación. Llegada la hora final, mi



conciencia estará tranquila; mi corazón estará siempre insaciado.

Y estériles como la mía, ¡cuántas vidas no habrán pasado! ¡Sólo bajar, bajar, bajar!

Antes, la simple contemplación de la Naturaleza, me daba aún ilusiones agradables. Hoy continúa la Naturaleza siendo mi única consoladora. Pero ese consuelo es sin esperanza, sin fantasías radiantes; pálida reproducción, muy gastada y confusa, de impresiones que ya nada resucitará en mí; consuelo indiferente, sereno y tristemente dulce, sin la conmoción que entrevé irisado porvenir, y reedifica en un espíritu momentáneamente abatido, risueñas construcciones quiméricas.

Querida mía, ¿sabes que ni el escribirte es ya para mí aquel límpido alivio de algún día? Hay entre nosotras un abismo, lo noto. Las últimas pruebas á que me sometí, me convencieron de mi insignificancia. Tengo vergüenza de confesarte tanta flaqueza. La verdad, infelizmente, es que, hecho el balance de mis fuerzas, reconozco que voy perdiendo siempre, siempre, terreno.

En una cosa solamente no me siento aflojar: en el respeto que me inspira tu angelical personalidad.

Siempre tuya,

GENOVEVA.

\*  
\* \*  
\*

A LAURA MOREIRA

10, MONTAGNE STREET.—RUSSEL SQUARE.

LONDRES.

Juncal, Julio.

Rica hija mia: Siempre tus cartas me acen aquí una grandísima falta.

Eso a de ser una diversion continua; bien lo sé. Pero eso no quita para que me pongas dos letras. Yo, si no escribo mas, es por las cabilaciones de la casa. Que lo que es si vas á

E. M.—Octubre 1900.

esperar cartas de tu ermana, ya estás aviada. Esto de Genova va cada vez peor.

La fiebre aora no se la quita y la desgana que tiene es atroz. No traga cosa ninguna, tampoco ace nada para soporarlo. Es todo ello un déjate ir, un no importarle nada. A mi no me importaba salir con ella, fuera pa onde fuera. Pero esto no lo quiere. Su andar es siempre pal asilo. Allí llega siempre.

Esto acá pa mí, lo que me paece es una tontera que se le entró por la cabeza. Si, porque las cosas bien reparadas, no dicen unas con otras. La religion de ella, si quieres que te lo diga, yo no la entiendo bien. Que á la iglesia con estar un poco apartada bien se llega allá. Y asta podia ir en coche. Pero á esta alma, el ir á misa es que no le hace mucho. ¡Pero qué cosa! Una persona debe oír siempre su misa. Asta llegará á chocar. ¡Si yo tengo de ver toavía á tu hermana trastornada de la cabeza! ¡Dios se la lleve antes que tal suceda! ¡A Nuestra Señora de las Angustias, que está en nuestro oratorio, bien se lo he pedido! Que tambien esta vida de tu hermana es la vida mas sin gusto que puede darse.

¿Quieres saber otra cosa de tu ermana que no comprende nadie? Creo que ella allí en el asilo, por lo menos así me lo contaron, empezó á decir á las mujeres que cuando se encontrasen en alguna atranco, sin saber por donde habían de salir, que viniesen á estar con ella, que luego lo arreglaba todo y le daría los consejos que viniesen á cuento. No digo nada. Siempre está aquel patio lleno de mujerío. Que yo acá de puertas adentro no consiento sino una á una de cada vez. Y eso todavía mirando al estado de tu ermana, por mor de evitar desórdenes.

Ellas vienen al olor de las limosnas. Unas lechuzas que no quieren sino sacar los ojos á una. ¡Bastante les importa á ellas los consejos y la conversación! Más á mí, más á mí, y está pronto. Pues ella toda se cansa en explicaciones, pregunta por aquí, pregunta por allá. ¡Vaya un gusto! ¡Vaya una pachorra! ¡Toavía si fuesen niños! Pero toda gente granada, capaz de

governarse por sí sola. Ni sé como tienen verguenza de estar con aquellas comedias. ¡To pa atrapar unas perras! ¡Abian de dar conmigo!

¡Pues y la chiquillería! Aquello de verlos reir y saltar, todos vestidos de limpio, no parecen sino hijos de familia. Lo que yo ago es no ir por allá, porque ciertas cosas me acen subir una cólera que no está en mi mano. Para ciertas embusterías ni soy ni nunca fuí. Y cada vez menos, que la esperencia es la que nos va enseñando. ¡El pago siempre es fresco! Y además con cierta casta de gente yo no cuento para nada.

Lo que á mí me parece es que el Dr. Anacleto no atina con esta enfermedad de tu ermana. Pues esto de los médicos es otra patochada bien grande. Sólo el dinero que ya me he gastado de dos meses á esta parte sobraba pa sembrar una tierra. Lo que hacen ellos es andar pa un lado y pa otro mareando asta que manda una persona al oyo. Pues la idea que yo tengo de esta dolencia de tu ermana no es nada buena. Si no fuese quien es, iría con ella á la Engracia de la Fuensanta. Aora, con el camino nuevo que hicieron, llegan los coches á la puerta.....

Los médicos bien se rien de estas cosas, pero lo que yo sé es que la Engracia allá con sus medecinas ha puesto en pié mucha gente, con quien los señores doctores no daban pié con bola.

En experimentar nada se perdía. Pero con tu ermana no se pueden acer ciertas cosas. Ni yo me atrevo, ¡cá!

¿Sabes lo que te digo? Yo oy con la experencia que tengo si tuviese ijos que criar de lo que no quería saber era de enseñanzas. Ni tomaba maestras para nada. Los libros estos en que an puesto del revés al meollo de mucha gente. Tu ermana lo que me parece es que se puso mala de tanto leer..... Las mujeres son para tratar de la tierra, de acer el pan y de tejer el paño. Lo demás son todo tentaciones del demonio, Dios me perdone. Contigo fué otro caso, porque te casaste pronto, y siempre tuviste un genio alegre. Pero una persona, como

esta hermana tuya, siempre á vueltas consigo misma no puede parar en cosa buena. ¡Benditos sean mis padres, que nunca me enseñaron nada! Lo poco que sé con tu padre lo aprendí. Pero ya tenía otra edad, para no preocuparme. Y siempre me arreglé menos mal. Respecto de vida ordenada ni aun oy cambiaba mi cabeza por las de ustedes dos. Y siempre estuve contenta con la suerte, que es el mejor modo para una persona vivir descansada. Y en teniendo la gente salud y no faltándole lo más preciso, ¿qué más ha de querer? Asta es pecado. Lo que inporta es una persona tratar de no consumirse, que las penas son seguras. Luego que la gente come y duerme bien levanta ya las manos al cielo. La mayor parte de la gente se echa á perder, porque nunca está contenta con lo que tiene. Se meten á pensar en esto y en aquello y vuelcan el puchero.

Hija, si ves por ai al primo Hugo dale muchos rrecuerdos de mi parte. Ya ace un año aora que vino por acá por primera vez. El tiempo corre como las aspas de un molino. Nadie me saca de mi tema, que él se moría por tu hermana. Ella es la que siempre lo que izo fué echarle pa atras. Genio más seco, más despegado, nunca lo ví.

Pues aquello era un muchacho de verdad, bien mal empleado en la tal inglesa, que esa por lo visto es una grandísima tontaina. ¡Pero qué mal empleado! Lo que es a tu hermana ya no espero verla casada, como no sea con la sepultura. Mas veces he llorado cuando me viene esta idea. Lo que todavía me vale es tener este genio de no entregarme á las cosas. Si no, estaba divertida.

Procopio viene aora á llamarme para asistir á unas plantaciones. Tengo que ir allá. Cierro la carta por causa de aprovechar al mozo que ba pa la billa.

Pide tu á Dios que me dé paciencia.

Tener una hija así y no tenerla biene á ser la misma cosa. Las palabras que nosotras cambiamos se pueden contar. Yo tambien, pa no decir lo que me parece, prefiero estar callada. Paece á veces que son dos mochuelos los que viven en esta casa.

Todos te mandan expresiones, pero me falta aora bajar para tratar de eso.

Recuerdos pa tu marido.

De esta tu madre que mucho te estima

FELICIANA.

\*  
\* \*

## A FELICIANA MONTAÑA

JUNCAL-VILLAVERDE

PORTUGAL

Londres, Julio.

Mi querida mamá: Me da mucha pena de verla disgustada así. Y yo aquí tan lejos, sin poderla acompañar sino con el pensamiento.

¡Qué desconsuelo que Genoveva sea de ese modo! Yo no le escribo ya. ¿Para qué? No me responde. Eso es todo por la enfermedad; pero nosotros no tenemos culpa de que esté enferma. Es triste pensar cómo ciertas enfermedades transforman á las personas, volviéndolas egoístas.

¡Tanto amor para los extraños y tan poco para la familia! No sé qué bondad es esa. Por acá esa no cuele. Eso es ya una monomanía. No debemos extrañarlo, porque hay muchas enfermedades que atacan así al cerebro. El consejo que le doy á usted es que no se aflija. Deje correr el mundo. Ahora lo que me parecería conveniente era ver si, de algún modo, se impedía el gasto loco que Genoveva está haciendo. Hasta es capaz de comprometer seriamente la casa, si usted no sabe imponerse; y, además, que nos vamos á quedar en la puerta de la calle. No es justo que por causa de ella vengán á sufrir otros. Antero gana bastante; pero también se gasta mucho con la representación, y por eso nos hemos alcanzado un poco. En ciertas posiciones no hay remedio sino sustentar las apariencias, aunque sea á trueque de algún sacrificio.

Lo duro es ver á nuestros parientes echar el dinero río abajo. Genoveva, soltera como está, sin gasto ninguno obligado, podía guardar muchísimo.

Me desespero cuando pienso en esto. Estoy indignada con ella. Se me llevan los demonios.

Esa caridad que hace al azar, sin saber á quién, es una caridad que no entiendo.

Ella misma acabará por desengañarse. Esa gente de ahí es la gente más ignorante y estúpida que hay. No agradecen nada. Al fin le darán de puntapiés. A su costa es como ella ha de aprender.

Estas originalidades de Genoveva, mi querida mamá, no le han venido de los libros.

Ella siempre fue así. De niñas ya no nos entendíamos. Cada una iba por su lado. Ella siempre con unas ideas tan excéntricas, unas diversiones tan diferentes de las de los otros niños.

¿Sabes, mamá, que Antero—no sé si de propósito para hacerme rabiar—está siempre de parte de Genoveva? *La admira mucho*—son sus propias palabras. Hasta *simpatiza* con todas las locuras que está haciendo. Ya le he preguntado por qué no le hizo la corte á ella. Dice que eso no tiene nada que ver; que son cosas muy diferentes.

A los hombres nadie los entiende. La manía de Antero ahora es tener pena de Genoveva. Yo por quien siento dolor es por usted. Ella que no sea tonta. Siempre tuvo la pretensión de ser diferente de las otras personas.

Lo que yo querría era poder estar ahí para acompañar á usted, mas Antero no puede por el momento dejar su puesto.

Diversiones no faltan. A veces hasta son por demás. Yo nunca paro en casa. Por un lado es lo que me vale para aliviarme del peso de esas cartas que vienen de ahí. Sólo de leerlas me pongo mala. Por mi voluntad me quedaría muchas veces en casa. Pero no me dejan parar. Las inglesas, conocidas de cerca, tienen genio divertido y hacen burla de todo.

Recibimos invitación para una *Garden-Party* en casa de lord Duff. Vino el convite muy tarde y no tenía ya tiempo de mandar hacer una *toilette* nueva. Por eso no fuimos.

A casa de los primos ricachos sólo puede irse de gran uniforme. Lo he sentido, pero preferí no ir.

He visto algunas veces al primo Hugo. Parece que continúa dándose buena vida con el casamiento. Se ha puesto más grueso, y el aire inglés que ha tomado le sienta bien. Está hecho un *gentleman*. Esto ha sido un ideal de matrimonio. La mujer siempre la misma, á pesar de que llevan ya seis meses de casados. No le suelta nunca. Se habla de que irán dentro de poco á Portugal. Es imposible que el marido no llegue á hartarse de tanto amor. Cualquiera día se dan de cachetes. Siempre pasa lo mismo. Me reiré mucho. Ciertas ridiculeces me atacaron siempre los nervios.

Querida mamá, tengo hoy un ciento de visitas que hacer; por eso no escribo más. Antero está siempre impaciente cuando llego tarde á comer. Me dice que le estoy extragando el estómago. Es preciso mucha paciencia para aguantar á los señores maridos.

Muchos recuerdos de éste su pésimo yerno, y un abrazo de su hija

LAURA.

\*  
\* \*

## A LAURA MOREIRA

10, MONTAGNE SYREET.—RUSSELL SQUARE

LONDRES.

Juncal, Setiembre.

Rica hija mía: Te e mandado solo telegramas porque mi cabeza no estaba para escribir cosa ninguna. Esta muerte de tu ermana me parece entoavia un sueño. Yo bien la beia enferma, pero nunca crei que fuera una enfermeda de muerte. Ya ace mucho que le daba la fiebre por las tardes, pero era

asi una fiebre pequeña. El jueves es que aquello se bió ir en aumento. Toda esa noche tubo un calenturon descompasado. Era un delirio, un delirio que nadie le entendía las palabras. Se ponía con los ojos espantados en la pared, que asta metia miedo, y todo era gritar ¡Hugo! ¡Hugo! ¡Mire usté pa donde le fue á dár la fiebre!

¡El pobre muchacho que nunca la hizo ningún mal! ¡Pero qué vueltas acen dar las enfermedades á la cabeza de las personas!

El doctor Anacleto dice que eso fue como una meningitis que le dió por la cabeza. Yo acá lo que digo es que nunca entendió esta molestia. Si sabia que tu ermana se moria debia abermelo dicho.

Asi, ni se le pudieron dar los sacramentos, ni nada.

Pero Dios Nuestro Señor a de tener aquella alma en reposo. ¡Que aquello era mismamente una santa! Alma mejor nunca la conocí.

Ni se bien si ella conoció la muerte. Pero la bispera, el jueve, entoavía me dijo así: «Madre, si yo falto, a de sostener el asilo como yo lo puse.» Yo no le dije nada, y me eché á llorar. Ella, ¡pobrecilla! se puso á mirarme muy fijamente, y las lágrimas le corrieron por la cara.

Está claro que el asilo queda de mi cuenta. Se han de acer las cosas con orden; pero dejar en la calle á los muchachitos que estaban allí á la ora de su muerte, eso es lo que yo no ago. Las dos ayudantas que ella tenia son bien competentes para mirar por todo. Como piden su salario an de tratar con amor á los niños. Yo tambien iré de vez en cuando para ver cómo anda aquello. Con niños pequeños, lo principal es que la gente se de á respetar, si no luego abusan. Quien de confianza está perdido. He de rogar esto á Rosita del Canizo, y á más á la pequeña del sacristan, cuando no pongan aquello en un desorden que ni el demonio se entienda. Y yo no estoy ya pa quebrarme la cabeza por causa de esos diablos. Ya que Dios no me dió nietos que aguantar, quiero tener mi vejez so-



segada. Si fuera preciso tenerlos sujetos, se meterá á alguien más, que por los modos esa era la idea de Genoveva.

¡Pobre ija! ¡Qué entierro tan bonito llevó! Iba toda cubierta de flores. De las señoras de la villa vinieron bandejas y bandejas de ellas. Parecía un día de fiesta. ¡Pobrecita! Era una paloma. Su genio es lo que fue contra ella. Pecados grandes á los pies de Dios no los llevó. Ni aquella alma era acá pa este mundo. Eso ya nació en ella. Mi tío, el Padre Juan, que era un hombre de saber, siempre decia que la cabeza, de dar vueltas, se entontecia. Es de ver los onbres de oy lo enclenques que son! Los del campo unos hombrachones. Eso si que es gente. Ni quiero pensar ya en lo que no tiene remedio.

¡Ai, ija rica! Para lo que yo abia de estar guardada en este mundo! Si no fuese por lo que pienso en el trabajo yo no resistia una cosa de estas. Lo que á mí me vale todavia es este genio vivo, que siempre tuve. En aquella ocasion, toda yo me consumo; pero despues, yo aquí me las paso. ¡Cuando las cosas no tienen remedio, de qué sirve! Todavía hoy Joaquina Platas, aquella chismosa que me lava la ropa me faltó con un par de sabanas de hilo. Yo tenía desconfianza de ella ace tiempo y aora es pa lo que le e de descontar las sábanas, si no me los trujera por fuerza. Pues oy comenzó con esto el dia. Me puse con dolor de cabeza. Pero aora ya dejé el corazón á mis anchas. Para lo que é de vivir ya no vale la pena tener disgustos. Quien quede aquí que se las arregle.

Con paciencia todo lo lleva la gente; pero con la muerte de tu ermana aún no me conformé.

Es duro criar la gente una ija y perderla cuando tiene la vejez á la puerta y precisa de quien le de amparo. Mas fue voluntad de Dios! ¿Qué se le a de azer?

Adios, rica ija mía. Dios te de mucha salud y más á tu onbre. Quiero al menos tener quien me cierre los ojos cuando llegue la ora.

Aceta un abrazo de esta tu madre que mucho te estima,

FELICIANA.

¿Quieres saber otra cosa?

Tuvieron bicho los melocotoneros, que este año no me quedo ni rastro de ellos. Cuando la rueda se descompone es pa todo. ¡Ya lo creo!

\*  
\* \*

## A ENRIQUE BELLOSO

PARÍS.

Lisboa, Hotel de Braganza, Octubre.

Querido Enrique: Desde que te abracé últimamente en París, en la *Gare*, ¡qué impresiones tan distintas y encontradas! Llegados á Lisboa, nos instalamos en el *Braganza* y pusimos luego en acción la más agitada vida de *touristas*.

Kate quería ansiosamente ver todo, con una curiosidad completamente nerviosa, cualidad predominante de su temperamento. Te aseguro que procuré cuanto pude serle cicerone impecable. Tengo la seguridad de haberle hecho irrepreensiblemente las honras de nuestra capital; tan bien, que nunca le dejé percibir qué ajeno andaba mi espíritu de esos movimientos mecánicos en que procurábamos sacar á cada día la mayor cantidad de tiempo. Así es como á una inglesa le gusta viajar. *Time is money*.

Entre tanto mi espíritu andaba lejos. Aquella muerte de Genoveva, inesperada é inexplicable, trabajábame en el cerebro con la fijeza de un caso patológico. Era una idea fija; una obsesión insistente, exclusiva. Quería ir al *Juncal*; precisaba absolutamente ir al *Juncal*; pero sólo, libre, independiente, sin impedimentos, sin cadenas, sin esposas. ¿Cómo conseguirlo?

Hay fenómenos en la vida externa de nuestro sér que hacen creer en la intervención de una Providencia bienhechora, cuidadosa de suministrar algún bálsamo inefable á los pechos más destrozados.

Una mañana, Kate me reveló un vehemente empeño; ir á

pasar ocho días, haciendo lo que en lenguaje conventual se llama la *retraite*, en el recogimiento de X, donde hay dos monjas inglesas amigas tuyas.

Tenía hacia esto la mayor devoción para la feliz prosecución y remate del largo viaje que emprenderemos al dejar Portugal. El anhelo era piadoso y respetable. ¿Qué podía darle yo sino la aquiescencia? Adivinarás el íntimo alborozo con que lo hice.

Y he ahora pasados ya esos ocho días de libertad, cuyo último aliento aprovecho para este inmenso placer de escribirte, como á un hermano, como al único amigo, dejando airearse completamente las paredes internas del corazón.

¡Libertad, opulenta y dulce inspiradora de los más refinados fenómenos de nuestro cerebro! ¡Cuánto más hermosa, atractiva y radiante no te nos apareces una vez perdida!

Yo alivié ya mi luto, cediendo á las instantes solicitudes de Kate, oprimida por el traje que reputa de mal augurio.

Solo, con el gozo penetrante de mi voluntad plena, vestí otra vez de luto riguroso, y dejé abstractamente que el tren me llevase en dirección de Villaverde, en la más hermosa mañana de otoño que puede fantasearse en clima portugués.

¡Qué viaje aquel!

Hoy casi no distingo si fue sueño ó realidad lo que entonces pasaba en mi espíritu.

Son horribles las tempestades que á veces se desencadenan en el pecho de un hombre.

¿Por qué deseaba yo tan ansiosamente llegar al *Juncal*? Mal sabría definirlo. Quería eso, y sólo eso, con un desatinado querer de maníaco. Había una fuerza superior á todo lo demás, que me impelía para allí. Iba; tenía que ir; ¿por qué, ó para qué? No podía decirlo. Mi razón no tenía que ver con aquello. Habíase detenido el raciocinio; apenas sentía.

Todos los pequeños accidentes del camino, un año antes marcados con el alborozo del júbilo, dábanme ahora golpes

muy fuertes. Sentía una guerra cruel que me retorció el pecho.

Y todavía, en ese punzar propio, había un delicado sabor amargo que yo buscaba con una especie de feroz avidez.

Llegué por fin al *Juncal*. Tengo la seguridad de haber sido ridículo. Sollozaba alto cuando me abracé á la robusta é ingenua doña Feliciano, estrechándola fuertemente contra mi pecho, como si en realidad fuera afligido viudo, llegado de largo viaje para recibir el último aliento de la esposa querida, exhalado para él en el devotísimo seno materno. Yo era entonces completamente irresponsable de mis actos. El vejeterio también lloró, pero sin excitación, como persona principalmente temerosa de Dios y devotamente conformada con sus inexcrutables designios.

Serenada la aguda crisis, pude tener ideas. Indagué, hice pesquisas; quería saber todo.

¡Inesperada, dolorosísima revelación, hecha por aquella mujer en la más estúpida inconsciencia!

En la enfermedad y en la muerte, en los delirios de la fiebre y en las agonías del tránsito, era siempre mi nombre el que estaba en los candidísimos labios de Genoveva. Creí á veces perder la razón junto á esta vieja que, ignorándolo, me clavaba y tornaba á clavarme un puñal empapado en veneno. En ese veneno entraba una intraducible mezcla de sentimientos; pero un ansia desesperada de amarguísimo remordimiento era lo que principalmente me torturaba entonces.

Acababa la tarde. Fui á visitar el asilo, que era, por decirlo así, la síntesis de los últimos cuidados de ella: amor de humanidad, con el cual acaso pretendía engañar ese otro amor incomprendido de que moría. Era para mí esta visita como piadosa romería.

Acaricié y besé paternalmente todos aquellos niños á quien ella dedicó cariños de madre.

Tenía la vaga intuición de que ella me vería desde alguna parte, aquilatando por esa tierna expansión la inmensidad de ternura que yo podía y quería haberle dado.

Volví de allí mucho más abatido, por el compenetrado sentimiento de mi irremediable viudez.

Pasé la corta velada en melancólico *tête-à-tête* con doña Feliciano. Deseaba que me hablase siempre, incesantemente, de Genoveva.

Ella, sin embargo—grande, imperativa fuerza de la Naturaleza—se distraía de continuo para hablarme de sus aceites y de sus viñas, de los repollos y de las lechugas de su huerta. Despechado con aquella propensión animal, pedí permiso para recogerme pronto.

Vestido, sobre la cama, pasé el resto de la noche sin procurar dormir. Esperaba impaciente el primer albor de la mañana.

¡Cómo pasé aquellas horas! Sentíame transido, traspasado por el remordimiento y el dolor. ¡Qué necio ó qué desgraciado era! ¡Cómo se habían conjurado de propósito las circunstancias contra mí, contra ambos! Éramos dos vencidos del destino. ¡Cómo daría yo ahora toda mi vida por un solo año, por un solo día, con ella y para ella! La brutal crueldad de lo irreparable pesaba atrozmente sobre mí.

Llegó por fin la mañana. Rompía límpida, serena, fresquísima. ¡Qué envidiable reposo el de esa Naturaleza grandiosamente lozana y tranquila! Era la hora preferida por Genoveva para sus paseos solitarios á caballo. Por un momento, la torturante imaginación se encaprichó en forjarme un cuadro fascinador. Soñé en ese instante que nos pertenecíamos uno á otro, y que juntos, llevando al paso nuestros caballos, íbamos gozando así de aquella mañana incomparable, campo afuera, hablando poco y sintiendo mucho, unidas más que nunca nuestras almas por el común y eléctrico arrebató de aquella fascinación panteísta é hipnotizadora. Era una fantasía exquisitamente romántica. Todavía una vez más volvía yo á ser buen portugués. Y sin la menor resistencia, antes con delicioso abandono, me daba por entero á aquellas inefables impresiones que en breve estarían muertas también.

Como acróbata experimentado, salvé la puerta de hierro de la quinta, todavía cerrada á aquella hora. Y, medio so-námbulo, me dirigí al cementerio. También estaba cerrada la puerta del pequeño y poético camposanto. El muro que lo separaba del camino, era bajo y practicable sin esfuerzo.

No me costó encontrar la sepultura. La víspera había tomado informes. A pocos pasos de la tumba quedéme embarazado, no atreviéndome á avanzar. Por un instante miré alrededor hasta donde podía alcanzar. Imponente y bellissimo cuadro.

Hacia Naciente, ya levemente enrojecida, la graciosa línea del horizonte. Al Oeste, algunas pocas estrellas brillando pálidas. Sobre la tierra, deliciosamente humecida por el rocío, todos los cambiantes del verde en un variado y deslumbrante matiz. Cortando el espacio tranquilo, leve, delicado batir de alas. Dulce pío amoroso, sonando en cada rama. Inesperadamente, en la majestuosa calma, el golpe magnético de campana vigilante sonando los tres cuartos. Y derecho, con la blancura de los fantasmas, en mi frente, el mármol impenetrable, indiferente y frío, que guardaba de mi contacto los restos de la que había sido, sin saberlo, sin yo mismo haberlo comprendido tampoco, la elegida de mi alma.

¡Qué agudísimo dolor el que allí me postró de hinojos, tal vez más de abatimiento que de piedad!

Pero, en aquella hora, también yo me sentía profundamente religioso. Hasta creo que recé. Por lo menos hablé á Dios; pero no recuerdo en qué términos. Ella debía verme, de seguro. Como quien en el delirio de gratitud ansía pagar una deuda impagable, yo quería darle en aquel momento toda la energía de mis sentimientos. Aquello era para mí como unas bodas. Puedes creer que pasé allí, arrodillado, el momento de mayor amor de toda mi vida. ¿Cuánto tiempo estuve así? No lo sé.

Una voz de viejo, desde la calle, me despertó.

«¿Qué se le ha de hacer? ¡Fue voluntad del Señor!» — sonó

de aquella parte, á modo de consuelo. Yo había llorado mucho. Debía estar ridículo para el mundo. Me levanté avergonzado; volvíme y saludé al hombre. Era un viejo, de estúpida apariencia y piel tiznada.

«¡También mi vieja, la Custodia, se fue por S. Martín!»— y se pasaba por los ojos la manga agujereada.—«¡Y también falta ya poco para que yo me vaya á estar con ella! Alguno tenía que ser el primero».

No hablé. No podía. Aquella sincera y confortante religiosidad me dejaba absorto y transido.

El vijecito me dirigió aún una larga mirada sin expresión; después saludó y partió. Quedé extático al observar aquella figurilla corcovada y pintoresca, que aumentaba el palo sustentando al hombro el cesto de provisiones, antes de S. Martín, meticulosamente preparado por la Custodia, hoy toscamente arreglado, sin mimos, por el mero, bestial instinto de conservación propia.

¡Qué cruel es la vida!

Y á pesar de todo eso, libre al menos de las trabas de la civilización, viviría sincera, natural y completamente su campesina novela!....

En aquella tarde me despedí, creo que para siempre, de la prima Doña Feliciano. No la abracé como á la llegada. La emoción sentimental en que vibraba aún todo mi sér, retraíase de lo pedestre de aquel organismo predominantemente animal.

Al partir, me resigné á sepultar para siempre mi etéreo sueño en este mausuleo de la memoria, donde no puede mano atrevida ir á profanar lo que place mantener apartado de contactos impuros.

Kate vuelve mañana del convento. En breve iremos á ver las mayores curiosidades del mundo.

Doy los últimos destellos de libertad á esta carta, que no podía mostrarle, y donde cierro la página más sentimental, más tierna, más consoladoramente portuguesa de mi juventud. No destruyas este papel. Quizás me plazca aún releerlo algún

día. Entre las estaciones extremas de la vida existen muchas más analogías de lo que generalmente se piensa.

Si llegase á la época de la existencia en que indiferentemente á lo que pasa, se vive, sobre todo, del recordar, tal vez entonces gozara aún recordando esta última expedición mía al *Juncal*. ¡Tal vez!.... Ahora voy á zambullirme en el torbellino social; voy á pedir abundantemente á la vida mundana los regalos que el dinero puede comprar. Vendré seguramente á dar en un famoso egoísta. Este es el barro de que se hacen.

En la esencia de la naturaleza humana hay un fondo de latente protesta, un como fermento de venganza. Volvernos peores de lo que podríamos haber sido, es muchas veces una simple represalia inútil contra el destino.

Las mejores fuerzas de mi voluntad voy á emplearlas ahora en volverme *un hombre feliz*. Me anima aquel concepto de Camoens en una de las cartas: «*En el mundo no tiene buena suerte, sino quien tiene por buena la que tiene.*» Hay una soberana filosofía en este dicho: «*El largo empleo de los años se convierte en naturaleza.*»—También es del mayor de los portugueses esta circunspecta máxima. Me fiaré de ella.

Me habituaré á todas las fortunas con que la suerte me ha acariciado, hasta llegar á encarnar rubicundamente en esa segunda naturaleza. Para esto, los hombres fueron hechos de barro blando, que á todas las formas se adapta.

En la faz de la tierra todo vacila y cambia. ¿No mudan hasta los principios, y con ellos toda la base de nuestra vida de la conciencia?

Dentro de poco, tal vez me parezca incomprensible el romanticismo de mis veinticinco años. ¡Tal vez! Pero esto no quita el menor valor á las impresiones intensísimas porque acabo de pasar, á las cuales pone definitivo término esta carta. Al contrario. Aunque transitorias, las crisis agudas de vibración psicológica, hubo un momento en que fueron soberanas; y el valor de ese momento lo centuplica la imposibilidad de la repetición del fenómeno.



Enrique, fui un tímido, un irresoluto, un cobarde. Sufrí duramente las consecuencias de mi desastrado temperamento.

Ahora voy á hacer esfuerzos para ser osado, un expedito, un arrogante.

Con talas elementos constitutivos, debo llegar á ser un *victorioso*.

Lo peor..... lo peor es, que bien puede el mundo no tener ya para mis *victorias* un trofeo digno de ellas.

Grande achaque este de las enseñanzas de la experiencia *de ser* casi siempre extemporáneas. Así, la sabiduría adquirida por experiencia propia se vuelve, de ordinario, inútil. Triste corolario de la vida!

Tuyo siempre,

HUGO.

A la vuelta de América, dentro de algunos meses, tocaremos en París, de camino para casa.

Enero;, Abril, Julio, 1899.

CAÏEL.

# LOS PLACERES EN CHINA <sup>(1)</sup>

---

## PLACERES CAMPESTRES

### PASEOS Y PEREGRINACIONES

Hang-Tchen y Su-Tchen son, sin duda alguna, las comarcas más favorecidas de China. La primera posee un lago, el de Si-Hu, rico en alrededores pintorescos; la segunda está fecundada por el río Tchinn-Huai.

Dice un proverbio, muy popular en China:

«Lo más hermoso del cielo es el paraíso; lo más hermoso de la tierra Su y Hang.»

Por la noche, río y lago se ven surcados por embarcaciones de recreo vistosamente iluminadas; por todas partes repercuten cantos y risas. Bordean las riberas casas de campo resplandecientes de luz, y asoman por todos lados rostros encantadores y satisfechos.

Habitan ese delicioso país nuestras más lindas mujeres, desde cuyos pabellones de variadas formas, admiran los hermosos espectáculos de la Naturaleza y..... se dejan admirar al mismo tiempo. Se dice también—tal es la fama de esa región encantadora—que en Hang-Tchen la luna, en lugar de mostrarse algunas veces triste, se muestra siempre alegre, como para participar de la alegría universal. ¡Cuántos cantos de amor ha inspirado en esos lugares! ¡Cuántos versos, cuántas

---

(1) Véase LA ESPAÑA MODERNA, de Setiembre.

melodías ha hecho brotar el apacible astro en ese paraje afortunado! He de añadir que en esas dos provincias nacen las mujeres más bonitas de China.

También Su-Tchen, además del río, posee un lago llamado Tai-Hu, en cuyo centro se elevan una porción de islas montañosas: las de mayor altura son las Tung-Ting-Chan; en otoño, cuando se doran las hojas de la viña silvestre, el contraste que ofrece el color rojizo con el verde de los bambúes y los pinos, es pintoresco.

Al Oeste de la ciudad se alza una montaña, conocida con el nombre de «La roca encantada», y en donde se conserva aún la gruta de Si-Si, la favorita del príncipe U-Uang, de Su-Tchen, la mujer más hermosa de China; muy cerca de allí se admira el lago *de las Flores*, los senderos *de los Perfumes* y el pico del *Rey*, desde el cual la montaña de Tung-Ting aparece como una gran flor verde sobre el lago, blanco como la nieve.

Al Nordeste se eleva otra montaña, la de Fu-Kin (Tumba del Tigre); se cuenta que cuando el emperador Tchín-Sse-Huang quiso violar la tumba del príncipe U-Uang, saltó un tigre para protegerla, y de aquí su nombre. Más abajo, otra tumba encierra el cuerpo de una joven, célebre por sus amores desgraciados. Son tan tristes los versos que legó la infeliz muchacha, que cuantas personas sensibles los leen, se dirigen á visitar la tumba, en la que depositan flores.

He aquí uno de los poemitas de aquella desgraciada:

*Me prosterno ante la virgen budista, tan buena y misericordiosa,*

*Para rogarle que, en mi vida futura, ni me haga volver al mundo ni me tenga en el paraíso.*

*Deseo que me bendiga con una gota de rocío que proceda de su rama de sauce (1)*

*A fin de que me transforme en una flor de loto doble.*

La flor de loto doble pasa por tener las dos flores, mascu-

(1) Alusión á los hisopos budistas.

lina y femenina, en el mismo tallo. Es un emblema de la unión de los corazones y del amor dichoso.

El mármol de la tumba está lleno de inscripciones poéticas trazadas por los visitantes, con las mismas rimas que empleó la muerta.

No lejos se alza otra montaña llamada Hua-Chan, en donde Lao-Tze se entregó, durante algún tiempo, á la meditación. En el vértice de la montaña se extiende un lago, el *Lago Celeste*, donde en verano florecen lotos dobles de extraordinarias dimensiones. Dícese que antiguamente comían esas flores para alcanzar la inmortalidad.

Abundan en estos parajes sitios célebres, lugares históricos.

Corona generalmente cada una de esas montañas un monasterio, y en el corazón de la primavera acuden todas las damas del país para hacer alguna ofrenda á Budha, circunstancia que aprovechan los galanes para admirar á las bellas.

Suben al monasterio en sillas de manos, y á la bajada las damas van de espaldas, costumbre singular, cuya significación no hubiera llegado nunca á comprender si la casualidad no hubiese puesto ante mis ojos los siguientes dos versos del siglo XVII, escritos por una mujer:

*Desciendo de espaldas, y vosotros me seguiréis de frente,  
Con objeto de que no volvais la cabeza á cada paso.*

En Hang-Tchen abundan más aún los lugares célebres. Si-Hu, que ya hemos nombrado, circunda el lago un paseo ornado de sauces llorones cuyas ramas se sumergen en el agua, y cierran el horizonte las montañas el *Fénix*, la *Mampara de Piedra*, la *Montaña Solitaria*, la *Curga*, lugar favorito de los paseos del Emperador Tchin-Sze-Huang; más de una vez amarró al pie de esa eminencia la embarcación del destructor de libros; la montaña de la *Música*, donde la corriente de las aguas se detiene y se quiebra con ruido ensordecedor; la montaña del *Dragón Blanco*, y la *Imperturbable*, sobre la que existen aún algunos utensilios que, según la leyenda, sirvie-

ron á los inmortales para preparar sus drogas encantadas. Deben citarse todavía los montes de la *Columna Celeste*, del *Puño*, del *Ojo del Cielo* y el *Espejo de mármol*, formado por una gran roca redonda y pulimentada en la que uno se puede ver como en un espejo; el Emperador Tchia-Tchung, de la dinastía de los Tchang, daba frecuentemente banquetes en esa montaña de mármol, y como los convidados colgaran sus abrigos en las rocas que hallaran á mano, el Emperador llamó á esas rocas *Marechal I King*. (Uniforme bordado). Acerca de la *Montaña Volante*, se cuenta lo que sigue: Un sacerdote indio que la llegó á ver, manifestó gran asombro: «¿Qué tenéis? —le preguntaron.—Esta montaña —respondió— pertenece á mi país, y no sé cuándo haya podido volar hasta aquí.» Después de la cumbre de los *Diez mil pinos*, vemos el monte del *Crepúsculo rojo*, llamado así porque, en la primavera, los albérechigos en flor dan á la cima el aspecto de los fuegos del crepúsculo ó la aurora.

Llevan nombres poéticos una porción de lagunas y arroyuelos. Una extensión del río Si-Hu, se llama el *muelle de Su-Kung*, porque en ella hizo plantar Su-Tung-Po nenúfares, y «Fu-Yung» (*bibiccus mutabilis*). Numerosas poesías han sido dedicadas á cantar el citado lago. La más célebre de todas es la siguiente, debida á Su-Tung-Po:

*Comparad el lago Si Hu á Si-Si (1).*

*Es más sencillo y más bonito porque se adorna menos.*

Otro autor más moderno dice:

*Los viajeros se encuentran como en medio de un cuadro y creerían que son bordadas todas las pintorescas construcciones.*

*Así no me extraña que la dinastía de los Chung*

*Prefiriese ese lago á la mitad del territorio del Imperio.*

He aquí más lirismo todavía:

*Diez leguas de lotos y el otoño, rico en flores de cuán,*

*Atraen á su seno al soberano.*

---

(1) La más hermosa de las mujeres célebres de China.

*Todos cantan*

*La nueva melodía titulada el Canto de los Sauces.*

*Lo que ha hecho que se cambie la capital del Imperio,  
Abandonando á Pien-Tchen por Hang-Tchen.*

Por último, dice otro poeta:

*Los céfiros perfumados embalsaman los rayos de la luna:*

*Al través de los doce pisos de la montaña,*

*Sube la corte, por la noche, al pabellón de la ociosidad,*

*Contemplando, desde lo alto, el panorama,*

*Que ofrece una vista encantadora cuando todas las casas se iluminan.*

Basta con esto para dar una idea de los paisajes más hermosos de China; son muchos los puntos de vista, y cada uno presenta un encanto particular ó una circunstancia memorable, ya histórica, ya legendaria. Por eso es muy difícil la descripción completa de esos lugares. El hombre se siente impotente para describir todas las bellezas que prodiga la gran artista: la Naturaleza.

#### LOS BAÑOS

Hacía un calor tropical: ni la más pequeña sombra, ni la más ligera brisa. El verano es asfixiante en el Mediodía de China. Apercibíame á buscar un abrigo para pasar una tarde agradable, cuando llamaron á mi puerta.

Eran unos amigos que venían á buscarme para ir á tomar un baño. Habían tenido la precaución de traer con ellos una silla de manos y nos pusimos en marcha.

Más allá de la puerta Nordeste de Fu-Tchen hay un manantial de aguas sulfurosas, muy apreciado por los habitantes: unos se bañan en la piscina general, reservada al tratamiento de las enfermedades cutáneas; otros, los que van sencillamente por aseo y placer, ocupan cuartos particulares. Conviene advertir que hay dos piscinas, una para cada sexo.

No hay para qué describir el baño general, que no ofrece

nada de pintoresco; pero he de decir algunas palabras acerca de la instalación interior que, por lo que sé, no tiene semejanza con la disposición de los baños de Occidente, ni con los de Turquía.

La casa está siempre edificada en medio de árboles frondosos y los cimientos se sumergen en el agua. Un amplio peristilo conduce á un edificio de uno, ó de dos pisos, á lo sumo, de forma redonda ó rectangular, todo cubierto de cristales ó iluminado por ventanas, cuyos marcos de madera esculpida tienen, en vez de vidrios, papeles transparentes ó seda. Junto á las ventanas de la fachada hay unas mesitas, distribuídas como las de los *restaurants*; detrás están los cuartos de baño.

En cuanto llegan los bañistas son recibidos por los empleados, que les presentan te y pipas con tabaco. Al mismo tiempo se les sirve pepitas de sandía para que se entretengan mientras se prepara el baño, á cuyo fin se ve desfilar á los bañeros que llevan en cubos el agua humeante, sacada del manantial.

El cuarto de baño contiene una bañera redonda, atravesada en su diámetro por una plancha, sobre la que se sienta el bañista de manera que su cuerpo no se sumerja, y lo que se hace es echarle agua por todas partes con una buena esponja.

Terminado el baño, se visten los bañistas y vuelven á sentarse ante las mesas, en las que se ha servido una merienda, compuesta de platos ligeros, pero exquisitos; se bebe vino, se ríe, se bromea y se juega á pasatiempos semejantes á la *morra* italiana: á adivinar el número de dedos elevados por los jugadores. El que pierde bebe; felizmente, los vasos son muy pequeños, sin lo cual sería difícil perder á menudo. Después de haber comido se juega á los naipes, al dominó, al ajedrez. La música del establecimiento ejecuta mientras tanto su repertorio.

De esta manera se pasa la tarde al fresco, á la sombra del tupido follaje de corpulentos árboles. El establecimiento es, como se ve, una mezcla de casino y balneario. Cuando se

oculta el sol, los bañistas, frescos y contentos, regresan á sus casas en palanquines, al través de los campos.

En el Norte, los establecimientos de baños están dentro de las ciudades, y por lo tanto no es tan agradable su situación. Por lo demás, la instalación es, poco más ó menos, igual á la que acabamos de indicar, con una diferencia, no obstante: se quema incienso en los cuartos de baño, y en cantidad tal, que la humareda ciega al entrar é irrita los ojos hasta hacerles derramar lágrimas.

Habrá observado el lector que no he hablado sino de baños calientes, y es que los chinos son muy enemigos de los baños fríos, considerados como perjudiciales á la salud; los hijos de los ribereños son los únicos que se zambullen en agua fría, tan generalmente desdeñada, que hasta para lavarse se emplea el agua tibia. Ni siquiera se bebe el agua fría; y esta es una de las razones por qué se ha extendido tanto el uso del té, pues la infusión permite beber agua templada.

#### LA COMETA

Uno de los juegos que contribuyen de una manera eficaz al desarrollo del cuerpo de los niños es, sin duda alguna, el de la cometa, que siempre ha sido popular en China. Los muchachos corren, tiran de la cuerda, respiran aire vivificante y desarrollan sus fuerzas y su destreza.

La primavera es la época de este juego en el Norte y Centro de China, y el otoño en el Sur. Nuestras cometas son, por lo general, mayores que las de Europa: se indica su tamaño por el número de papeles que sirvieron para confeccionarlas: así se dice de dos papeles, de diez, de treinta y dos. Estas últimas son mucho más altas que la estatura de un hombre.

Hay diversidad de formas: mariposas, escarabajos, pájaros de toda especie y todas magnitudes, dragones monstruosos: la



cometa es conocida generalmente entre nosotros con el nombre de *águila de papel*.

Las cuerdas que las sujetan varían de grosor—según la dimensión de las cometas—desde el hilo más tenue hasta el cáñamo de un diámetro de varios milímetros.

En la época del juego se cubre el cielo con esos pájaros artificiales que describen caprichosas curvas y sombras fantásticas sobre el fondo azul del aire.

Se dice que un día, como tuviese necesidad de ausentarse, por unos momentos, uno de los jugadores ató la cuerda á la cuna de un niño: cuando volvió, la cautiva cometa habia recobrado su libertad, llevándose por los espacios cuna y niño, que desaparecieron para no volver más.

No siempre se llevan los niños las cometas, por grandes que éstas sean. Frecuentemente se entablan combates aéreos entre los volátiles de papel. Los muchachos, imprimiendo hábiles movimientos á la cuerda, tratan de acometer y enganchar á las cometas de sus adversarios. El que lo consigue, si además es el más fuerte, tira de la cuerda y se lleva las dos cometas como trofeo de su victoria.

Otras cometas más pacíficas se entregan al arte que domestica á las fieras; es decir, se dedican á cultivar la música. A las tres cuerdas que se cruzan en la cara de la máquina volante se ata un arco, provisto de varias cuerdas paralelas, y el viento, al agitar al pájaro artificial, hace vibrar dichas cuerdas y esparce á lo lejos los sonidos de esa arpa eólica celeste. Como es consiguiente, los niños llegan á adquirir en el juego una gran destreza. Y en verdad que constituye un espectáculo interesante asistir á ese certamen de astucia y fuerza de los jóvenes combatientes que, estimulados en su amor propio, hacen prodigios para sobresalir, anulando los esfuerzos de sus rivales y alcanzando una victoria costosa y jamás sangrienta.

## ILUMINACIONES NAVALES

Decían los antiguos que los verdaderos placeres se encuentran en las montañas y en el agua, y en efecto, para gozar de la buena estación es preciso un lugar que ofrezca pintorescas vistas. Pero como las montañas no vienen á nosotros, se necesita que nosotros vayamos á las montañas, según dijo sabiamente Mahoma. Además, en China hay regiones llanas y desprovistas de montañas; pero, en cambio, el agua se encuentra por todas partes. También hay que tener en cuenta que las ascensiones son cansadas, mientras que los paseos acuáticos, á bordo de una canoa florida y que ofrezca comodidades, nos producen una impresión de satisfacción y reposo, avivada por el cadencioso rumor de los remos, que mecen blandamente. Cuando reina suficiente brisa para navegar á la vela se experimenta una sensación de ligereza: se creería uno transformado en pájaro, hendiendo los aires.

Los paseos acuáticos han constituido en todo tiempo los placeres favoritos de mis compatriotas. Bajo la dinastía de los Sung (siglo XII), uno de los lagos más frecuentados era el Loi, en cuyas orillas crecían innumerables sauces y en cuyo cielo perdía la luna las siete décimas partes de su esplendor, obscurecido por infinidad de embarcaciones iluminadas, que bogaban al compás de alegres músicas.

El poeta ha dicho:

*A la luz de la luna, bajo los veinticuatro puentes,  
Se dejan oír melodías suaves, melodías de sonoras flautas en  
labios de mujeres hermosas.*

Bajo los Tchang, el lugar favorito de los paseantes fue el río Tchiang-Hang.

Allí se dirigían á coger flores acuáticas al principio de la primavera. Así lo expresan estos dos versos:

*En el tercer día de la tercera luna (cuando nace la prima-*

*vera*), lindas mujeres esmaltan las márgenes del Tchiang-Hang.

Cuando Sung subió al poder dirigió sus excursiones al lago Si-Hu, ese hermoso lago del Oeste, cuyos esplendores hemos descrito ya. Sus aguas veíanse surcadas por múltiples embarcaciones, y en todos los árboles flotaban las banderolas azules. Entonces llamaban al lago «Crisol de fundir oro.» La metáfora no carecía de ingenio.

Tres siglos ha, bajo el reinado de los Ming, estuvo de moda el río Tching-Huai; cuando la luna subía con la marea, se veían cruzar cientos de embarcaciones, que ocupaban una gran extensión, con orlados toldos que se estremecían al impulso de los remos.

Todavía se presencia hoy este espectáculo.

Es preciso encontrarse á bordo de esas poéticas embarcaciones para conocer los verdaderos placeres de la vida, que se desliza ociosa y sin cuidados en edificios flotantes donde reina el lujo más refinado. En la cubierta de la nave se eleva una construcción dividida en varios departamentos, con los que no pueden compararse las habitaciones mejor alhajadas. Cuando llega la noche se iluminan los camarotes, y, al través de los cristales, esparcen por el agua meteoros brillantes.

Y en realidad, los paseos más agradables son los acuáticos. No hay en ellos ni polvo ni tropezones; no se anda, se desliza: la pausada marcha del esquife permite gozar de los diversos aspectos del campo, sombreado por tupidos macizos de verdura. Además, el coche no ofrece las comodidades de una nave, la cual es una verdadera casa, donde todos pueden reunirse y pernoctar. Por último, cuando se navega, el campo pierde su inmovilidad; se anima, adquiere vida y movimiento; la Naturaleza parece más alegre y poética.

#### LA JARDINERÍA

Existe una coincidencia bastante singular entre los antípodas del globo: en Francia, y en general en Europa, cuando

alguna persona se retira de los negocios ó de las ocupaciones, para vivir en el campo, dice: «Me voy á plantar mis coles.» En nuestro país, decimos: «Me voy á retirar enmedio de las montañas ó enmedio de los bosques.»

Con esto se quiere decir también que se va á cultivar el jardín.

Proviene esta coincidencia de que los gustos son los mismos en todas partes. Cuando uno se encuentra cansado de la vida, le gusta alejarse completamente, para entregarse á recreos inocentes, que dan fuerza al cuerpo, reposo al espíritu, y paz y tranquilidad á los últimos días de la vida.

Lo que se llama el mundo, es el mismo, en todos lados, y cuando sus luchas fatigan, se anhela otro: el plácido y grato de la Naturaleza.

En nuestra historia, así como en nuestra poesía, vemos á muchos hombres conocidos que no aspiran más que al instante de retirarse. Se les oye decir en muchas ocasiones que un jardín languidece sin cultivo, y es tan general esta idea, que aun aquéllos que se agarran á sus puestos en el mundo, no pueden menos de expresar como los otros su deseo de ir á cultivar su jardín. Un filósofo ha caracterizado del siguiente modo esa contradicción entre los actos y las palabras:

*Todo el mundo expresa el deseo de retirarse;  
Pero á nadie encuentro enmedio de los bosques.*

Sin embargo, son muchas las gentes que acarician seriamente esos proyectos de vida rural y que acaban por ponerlos en ejecución.

*¡O rus, quando te aspiciam!* es una verdad de todos los tiempos y de todos los países: lo mismo en las fértiles riberas del Río Azul, que en la melancólica campiña de la antigua Roma ó en los parajes llenos de sol de la Francia moderna.

El poeta Fu-Fu, cuando le dejaban algún descanso sus servicios cortesanos, gustaba extraordinariamente de encapillarse la blusa de jardinero: así lo manifiestan estos cuatro versos;

*He encontrado á Fu-Fu al pie de la montaña Fan-Ku, con un sombrero de paja en la cabeza, en pleno medio día.*

*—¿Por qué estáis tan delgado?—le pregunté.*

*—Porque he compuesto demasiados versos en estos últimos tiempos—respondió.*

Tao-Yen-Ming escribió un poema de altos vuelos titulado *Regreso al país*, cuyo pasaje principal es el siguiente:

*Mi jardín está á punto de hacerse inculto.*

*Pero, afortunadamente, crecen en él todavía pinos y crisantemos.*

*Después de haberle arreglado con mis propias manos, entro en mi hogar,*

*Donde mi pequeñín se me abraza á las rodillas,*

*Y donde me espera un vaso de vino sobre la mesa.*

Y el que así cantaba, á pesar de las reiteradas invitaciones del Emperador, se contentó con vivir y morir en medio de los crisantemos que tan apasionadamente amaba.

En China la jardinería constituye un arte verdadero. El riego, los injertos, la selección de las especies y sus mezclas sabiamente combinadas, unido todo á la diversidad de terrenos y de plantas, á las que se da toda clase de formas, desde las más sencillas á las más fantásticas, concurre á hacer de nuestros jardines verdaderas obras de arte. Las hábiles manos de mis compatriotas podan y arreglan los árboles de tal manera, que les dan á voluntad formas de leones, dragones y otras castas de animales, con lo que el jardín botánico se transforma en parque zoológico.

Por el contrario, se quiere tanto á las flores, que cuando se posee un esqueje se le coloca tal como está en un tiesto; jamás se elaboran esos macizos redondos siempre iguales y tan sin gracia.

Escuchad estos versos de un jardinero aficionado:

*¡Qué hermoso espectáculo el de esa puesta de sol!,*

*Que, como luces de Bengala, tiñe todo de rojo.*

*Parece que las flores se te muestran con más curiosidad,*

*Mientras los pajarillos saltan piando sobre las ramas de bambú.*

*El viento se calma, los árboles reposan en silencio.*

*Y la sombra avanza paulatinamente por el espacio,*

*Mi pecho se llena de frescura y de alegría;*

*Pero ¡ay! con el día, que camina á su ocaso, desaparece también la ventura que en él se disfrutó.*

No creais que los chinos necesitan grandes propiedades para que vivan felices. Propio es del filósofo el contentarse con poco. Basta con algunos metros de terreno, con tal de que puedan plantarse en él las flores y plantas favoritas.

He aquí uno que vive en una choza y que se consuela de este modo:

*La montaña no tiene necesidad de ser alta.*

*Es célebre por el genio que mora en ella.*

*El agua no necesita ser profunda, en cuanto tenga un dragón por habitante.*

*Aquí no existe más que una choza para abrigar mi virtud y mi persona.*

*La hiedra cubre mi puerta, y el verde de los prados*

*Se refleja al través de mis persianas.*

*Aquí no vienen más que hombres de letras para reir y conversar conmigo;*

*No entra ningún hombre vulgar.*

*Podemos jugar al Kin.*

*Podemos leer los libros budistas.*

*Ningún acorde musical hiere nuestros tímpanos.*

*Ningún elemento político absorbe nuestra atención.*

*Comparo mi cabaña á la célebre choza de Nang-Yang.*

*O al pabellón histórico de Si-Sen.*

Confucio lo dijo:

*La miseria no existe en quien no se queja.*

Relataré una anécdota:

Encontrándome un día charlando y fumando un cigarrillo en el despacho de un diplomático extranjero, me refirió éste

que, en tiempos de Federico el Grande, llegó á Berlín un personaje chino, al que se apresuraron á invitar á la corte y al que pusieron en seguida en relaciones con un sinólogo... distinguido para traducir obras chinas y enseñar el idioma chino. Llevaba ya algunos años de enseñanza el personaje, cuando llegó del extranjero un verdadero sinólogo, el cual fue presentado inmediatamente al profesor.

El sinólogo quedó estupefacto al descubrir al punto que el personaje en cuestión no era un literato, y que su verdadera profesión era la de jardinero, el cual manifestó que se había visto obligado, bien á pesar suyo y por la fuerza de las circunstancias, á desempeñar el papel de sabio. Habiendo llegado no se sabe cómo, y completamente solo á Alemania, habíanle tenido desde luego por un hombre de letras, sin más exámenes ni averiguaciones. Para no perjudicar al que fue víctima de un error, y utilizar al mismo tiempo su saber, le nombraron jardinero de *Sans-Souci*, donde, en efecto, he creído observar aún algunas plantaciones combinadas á la china. No garantizo la exactitud de lo que antecede, pero, falsa ó verdadera, la historieta es curiosa y merecía ser narrada. Por lo demás, nuestro personaje no tuvo que hacer otra cosa sino cambiar la materia de sus explicaciones. El profesor de chino se convirtió en profesor de jardinería..... *china*.

En la aldea de Fun-Lo (Felicidad y alegría), al Oeste de Tchiang-Nyang, habitaba un letrado llamado Ko-To-Tao (To-Tao quiere decir jorobado, y así es como llamaban al infeliz, de quien nadie conocía el nombre verdadero, y el cual aceptaba el apodo de buen grado). Cultivaba árboles cuya hermosura envidiaban los ricos de la provincia, y con los que traficaba con los labradores. Todas las incomparables plantas que brotaban en su jardín, germinaban y se desarrollaban con más rapidez que las demás. Alguien le preguntó el secreto que le permitía obtener semejantes resultados. Respondió que no tenía secreto alguno. Todo lo que hacía se limitaba sencillamente á estudiar el carácter de cada planta y acomodarse

á su naturaleza. «Cuando se planta un árbol—decía— es preciso dejarle que se desarrolle á su gusto, en terreno rico y cálido; no volver á tocarlo, y no ocuparse en él. De cuando en cuando, se le cuida como si se tratara de un hijo. Cuando no tiene necesidad de nada, no hay para qué mimarle. Educado así, el árbol tiene libertad y crece, puesto que esto está en su naturaleza. Yo no le impido que se desarrolle, ni que produzca, y él se lo hace todo. Aquellos que plantan los árboles acondicionando antes el terreno y haciéndole demasiado fuerte ó demasiado pobre, echan á perder á sus educandos á fuerza de ocuparse de su bienestar. No contentos con contemplarlos, les tocan, y hasta llegan á arañarlos para cerciorarse de que viven. Apenas germinan las yemas, las examinan para saber si darán fruto. De esta suerte, el árbol no se encuentra libre y muda de carácter. Creen que le quieren y le destruyen. Se cree cuidarle y se le mata. Esta es la razón de que mi sistema sea superior al de los demás. Pero en todo esto no tengo mérito alguno.»

Le preguntaron si este sistema era también aplicable á los asuntos administrativos. «No, yo no conozco más que á los árboles: mi oficio no es gobernar los pueblos. He visto á buenos gobernantes que en vez de dejar al pueblo en libertad de trabajar, le tomaban bajo su protección y menudeaban edictos y decretos, encaminados á que los ciudadanos trabajasen, ya en los campos, ya en los oficios, y por los que se reglamentaban las costumbres y los hábitos de dichos subordinados. Y el pueblo, que ya no era dueño ni de sí mismo, ni de sus movimientos, no hacía nada de provecho. En cuanto á mí, estoy enfermo y achacoso y no me ocupo más que en mis árboles.»

Su interlocutor, satisfecho de haber aprendido el verdadero sistema de gobernar, cuando no se proponía otra cosa que estudiar el medio de cuidar árboles, escribió esta relación por lo que de ella pudieran aprender los funcionarios.

En el fondo, dirigir un hombre ó dirigir un árbol, es poco más ó menos lo mismo. Nuestros antepasados decían que son



precisos cien años para educar bien á un hombre, y que no se necesitan menos de diez para el buen desarrollo de un árbol.

#### LA CAZA

Según el *Libro de los Ritos*, cuando las ocupaciones de la política lo permitieran, el Emperador y los príncipes debían ir de caza. Para el pueblo, la caza constituía un ejercicio militar, al que se entregaba después de la recolección de la cosecha. El *Libro de los versos* menciona la caza al acecho y en coche. El Emperador Chuang-Hong, después de haber reconquistado el territorio, cazaba en coche, con los príncipes feudatarios, para probar quiénes podrían ser los soldados más audaces cuando la ocasión llegase. Se escogían los días fastos para dedicarlos á cazar. Había también en aquel tiempo un centro administrativo que se dedicaba exclusivamente á conservar y propagar las diversas especies de animales.

En invierno, cazaban lobos; en verano, venados; en primavera, otra clase de animales, y en otoño, aves.

Se empleaban las flechas, y era tal la destreza, que se llegaba á atravesar la hoja designada en la copa de un árbol. Kia-Kieng, un célebre cazador, usaba un arco tan rudo que se necesitaba para disparar una fuerza de trescientos kilos. Un día le dijeron que disparase contra un búfalo á cien pasos de distancia. La primera flecha rozó el lomo del animal, arrancándole algunos pelos y la segunda el vientre. Como le dijeran que no había atinado, respondió que su habilidad consistía precisamente en no atravesar al animal, y añadió:

«Pero si lo queréis, lo haré.» Y la tercera flecha dejó seco al búfalo.

A toda cacería llevaban un águila y perros con cascabeles de oro en el cuello. Cuando se trataba de una cacería oficial, acudía el Ministro de la Guerra en persona. Los cazadores, acompañados de charangas y ostentando banderas de todos

colores, perseguían al animal como si fuese un enemigo. Como todas las exageraciones son perniciosas, hubo muchos cazadores que ocupaban puestos oficiales, los cuales, en vista del ejemplo que daba el Estado, se entregaron exclusivamente á ese deporte, sin ocuparse para nada en los asuntos públicos. Llegó un momento en que los censores y las personas sensatas, aun á costa de privarse de ese placer, aconsejaron al soberano que interviniese en aquel estado de cosas. En consecuencia, hubo de restringirse algo la pasión cinegética.

Un Emperador de la dinastía de los Liang divisó, un día que estaba de caza, una bandada de patos silvestres que bajaba al llano; en el momento en que tendía el arco para disparar, pasó un campesino, precisamente, por la línea de tiro. Le gritaron, pero no oyó. Le llamaron, pero no hizo caso. Y, mientras tanto, los patos se escaparon. El Emperador, furioso, quería tirar contra el desventurado campesino.

Pero un Ministro, compañero de caza del Emperador, le dijo: «No se ha de matar un hombre por esa causa. El soberano no ha de ser tan salvaje como los seres que persigue en el campo.»

Su Majestad, trocando su cólera en benévola sonrisa, cogió el brazo de su consejero y subió con él al coche. Volvió con las manos vacías, pero repetía á cuantos querían oírle: «La cacería de hoy ha sido muy fructuosa, pues en vez de reses, he cobrado..... una buena lección.»

Bajo la dinastía actual, la Corte iba también de caza de cuando en cuando, tomando parte en la excursión importantes personajes. Cuando un miembro de la Academia de los Han-Lin mataba un ciervo, recibía en el acto una condecoración de plumas de pavo real. De treinta años á esta parte, las cacerías están algo abandonadas, porque hemos tenido una serie de soberanos menores de edad. Pero es de esperar que Su Majestad reinante, cuya mayoría acaba de ser declarada, renovará esas diversiones, tan útiles como agradables.

En China no hay cotos ni lugares reservados para cazar.

Todo el mundo tiene libertad para perseguir la caza donde se encuentre. Así se ven cazadores de profesión, que, con el fusil al hombro, se meten en todas partes, incluso en nuestras propiedades particulares.

En nuestro país abundan mucho los faisanes dorados, lindas aves, cuya caza constituye uno de los placeres favoritos de los europeos que viven en el Celeste Imperio. En volatería tenemos, además, perdices, becardas, chochas, codornices, patos y gansos. Los animales de pelo están representados por ciervos, gamos, liebres, conejos, zorras y lobos, sin que falten los osos y los tigres. En suma: los émulos de Nemrod tienen en China ancho campo para obtener lisonjeros éxitos.

#### LA PESCA

Así como hay letrados que se dedican á la jardinería, así también hay otros que se entregan á la pesca. Son, generalmente desilusionados de la vida, que, convencidos de que no hay nada que hacer en los asuntos políticos, buscan una distracción más agradable y menos expuesta.

El filósofo Tchang-Tien iba á pescar diariamente á orillas del río Han, y como el príncipe de Tchen oyese hablar de él, le envió un embajador rogándole entrase en la vida política. Tchang-Tien, con la caña en la mano, no se dignó responder, y dirigió la palabra á los peces; comprendió que era inútil entrar en discusiones con el embajador.

Otro filósofo, anterior al citado—Lu-Chan,—pasaba la vida pescando en el arroyo de Pien. El Emperador Weng-Uang fué en persona á rogarle que aceptase el cargo de consejero, y le nombró en el acto tutor del soberano. Lu-Chan aceptó la oferta y ayudó al monarca á gobernar el imperio, y estableció el gobierno sobre tales bases, que la dinastía duró ochocientos años. El monarca ha sido el primer emperador de China al que se le haya dado el nombre de *santo*. Aquella época

fue la mejor para el pueblo chino. Fue tal el bienestar, que hoy mismo, cuando se quiere hablar de un pueblo dichoso, se dice: «Como si se encontrara bajo el reinado de Weng-Uang.»

Un pescador de Tsu-Kiang, que invariablemente vendía la pesca por vino, cantaba y saltaba en su barquilla, en medio del agua, después de bien bebido, y en esos momentos se conceptuaba el hombre más feliz del Universo. El prefecto fué una vez á preguntarle si era un verdadero pescador ó bien un personaje disfrazado. «Es igual—respondió;—los personajes históricos pescan títulos, mientras que yo pesco peces.»

Bajo el reinado de los Tchang, un letrado, de nombre Tchian-Tien-Ho, se retiró á vivir en el agua; se domicilió á bordo de un barco, al que llamó la «Casa móvil y flotante», y se dió á sí mismo el sobrenombre de «Pescador en medio de las olas y las brumas». Publicó muchos cantos de pescadores y marineros, que él mismo entonaba en sus excursiones acuáticas. Compadecido de la soledad en que vivía el letrado, le envió el Emperador dos sirvientes: un muchacho y una moza. El solitario se apresuró á casarles, y llamó «Pescador» al marido y «Pastora» á la mujer. El primero tenía á su cargo los remos y los aparejos de pesca; la segunda iba á buscar en los bosques vecinos ramas secas y cañas para hacer el té.

La historia menciona otros muchos pescadores de categoría *acuático-filosófica*; pero fuera de esto, no hay más que pescadores de oficio, buenas gentes que penan mucho y viven con poco.

Todo el mundo sabe que tenemos una diosa de la marina; pero quizá desconocen su historia. Era hija de una familia de pescadores que habitaba el litoral de Mei-Then, muy cerca de Fu-Tchen. Su padre y sus hermanos salían todos los días á la pesca de altura, en sendos botes, mientras ella tejía en casa, con su anciana madre. Sus padres la adoraban y ella les correspondía.

Un día, que dormitaba de codos sobre la mesa, estalló una tempestad, y vió en sueños que el bote de su padre iba á zo-

zobrar en el furioso mar. Se irguió y cogió la amarra para atraerlo á la orilla. Entonces vió que las embarcaciones de sus hermanos estaban igualmente á punto de ser víctimas de las olas. Cogió la primera amarra con los dientes, tomó en sus manos las otras dos y caminó por las aguas en demanda de tierra. Pero antes de que llegase á la orilla, exhaló tales gemidos, que su madre se apresuró á despertarla. Al ir á responder, abrió la boca y dejó escapar la amarra que sujetaba el bote de su padre. Desde luego creyó haber sido víctima de una pesadilla; pero al anochecer regresaron los hermanos con la fatal noticia de la muerte de su desgraciado padre.

La joven, desesperada por no haber podido salvar á su padre, que sucumbió á causa de ella, se arrojó al mar.

Algún tiempo después, comenzó á aparecer frecuentemente á los pescadores, en los momentos de peligro. Quien llegaba á verla, se salvaba. Sus protegidos la erigieron, en reconocimiento, una capilla, y, poco á poco, los salvamentos milagrosos se hacían extensivos á los buques de pasajeros y á los de nuestra Marina. A cada nuevo servicio que prestaba al país, se concedía á la salvadora un título que, aumentando en dignidad, es hoy el de «Santa Madre del Cielo», con tantos adjetivos honoríficos como ostentan los soberanos, y en calidad de tal se le tributan los honores.

## EL ETERNO FEMENINO

### COQUETERÍA

Las chinas, no por serlo dejan de ser mujeres. Y la mujer es la misma en todas partes. Es la que nos encanta, por no decir la que nos domina. Y sea cual fuere la latitud terráquea, siempre es ella la «great attraction» de la vida.

Todas lo saben. Sin necesidad de concertarse entre sí, todas las mujeres del Universo ponen á contribución la facultad

imaginativa para aparecer más hermosas, más bonitas ó más agradables cuando menos. Para ser peritas en ese arte, no necesitan maestro; les basta con el instinto de seducir, anejo á la naturaleza femenina.

Aunque nuestras mujeres desconocen los medios de engordar ó enflaquecer, y aunque ignoran el arte de pintarse los cabellos ó de utilizar otros mil recursos, encaminados á reparar la irreparable destrucción de los años; saben, no obstante, emplear adornos y afeites. Usan del rojo para los labios, del negro para las cejas y del blanco para el rostro.

Los gustos particulares de cada raza y de cada nación intervienen para modificar las formas de la coquetería. En Europa, son preferidos los ojos grandes y la nariz griega. En China prevalece la afición á los ojos pequeños y á la nariz fina. Pero europeos y chinos estamos de acuerdo al alabar los dientes blancos y menudos.

Se dice en nuestro país que las cejas han de ser finas y alargadas, como siluetas de montañas lejanas; los ojos claros como las aguas en otoño, y los labios rosados como la aurora.

Los hoyuelos son muy apreciados, y se les llama *huecos para vino*.

Así, también, el rojo de las mejillas es «el color de la embriaguez.»

Pasemos ahora de la naturaleza al arte.

El peinado era muy alto antiguamente: sobre un molde de alambres, se construía un verdadero monumento. Poco á poco ha ido disminuyendo de volumen, y hoy reviste la mayor sencillez. Nuestras actuales damas van peinadas casi á la griega, con la diferencia de que los cabellos no van rizados, pues las tenacillas no han estado nunca de moda entre nosotros.

En medio del moño, clavan un alfiler de oro ó plata cincelada en forma de doble espátula, convenientemente dispuesta para recoger la cabellera; también se suelen poner flores en la cabeza, especialmente en primavera. Son tan apreciados estos

floridos adornos, que son muchas las damas que se arreglan con un jardinero, mediante abonos temporales, para tener flores frescas todas las mañanas. Ha dicho un poeta:

*Después de haber acabado de peinarse se vuelve á mirar al espejo,*

*Para ver qué flores sentarán mejor á sus cabellos,*

*Y así, antes de hacerse el tocado de la mañana,*

*Se dirige al jardín con las tijeras en la mano.*

A falta de flores, las chinas se colocan entre los cabellos, hacia las sienes, mariposas de todas formas y colores.

En las grandes ceremonias, reemplazan las flores naturales por imitaciones de piedras preciosas.

La frente va siempre despejada, «como la de la mujer hermosa.» Solamente las jovencillas llevan un cerquillo, y la cabellera suelta por la espalda ó recogida en dos cocas simétricas.

El colosal peinado que se ve en las estampas y que forma una especie de cabeza de buey, recibe el nombre de «peinado de cuervo con las alas desplegadas.» Únicamente se lleva en Canton.

Nuestras damas no gastan sombreros. En las ceremonias, llevan una corona en forma de casco; en circunstancias menos solemnes, una cinta bordada que ciñe la frente, remata en dos puntas hacia las orejas y se ata en la nuca; en medio de esa cinta, sobre la frente, brilla una piedra preciosa ó una gruesa perla; y alrededor, dos filas de perlas finas.

Los vestidos de las mujeres son más cortos que los de los hombres, y la forma es, poco más ó menos, la misma. Llegan hasta las rodillas. Cuando las damas salen á la calle, completan el traje con una especie de zagalejo que baja hasta los pies; y para casa usan pantalones, sujetos al tobillo, en las comarcas del Norte, y sueltos, en el Sur. La túnica tiene anchas mangas con vueltas de seda bordadas.

El uniforme— porque también lo llevan las damas en las grandes solemnidades, con arreglo á la categoría del mari-

do—consiste en una túnica de seda encarnada, con dragones bordados, y una especie de chaleco bordado también. Si el marido pertenece á las jerarquías superiores, la mujer ostenta un collar de perlas.

Cualquiera que sea la posición social de una mujer, se fabrica ella misma el calzado: en China no hay zapaterías para mujeres.

Nunca llevan joyas sobre el traje, y á lo más unos botones de oro ó pedrería. Pero gastan brazaletes cuyo número y riqueza varía según la posición y la fortuna de la poseedora. Algunas jóvenes llevan aún en los tobillos pulseras de oro y plata con un cierre en forma de medallón y á manera de candado.

La costumbre casi general de llevar las uñas largas, ha dado origen á que se invente una especie de guante de oro, para proteger aquéllas: viene á ser como un dado, abierto en la parte superior, que rodea el dedo y se prolonga en forma de uña de oro, destinada á cubrir la uña natural.

Debo advertir que en China, como sucede en otras partes, las introductoras de las modas son casi siempre las cortesanas, pero las modas ofrecen gran variedad, según las provincias que se visiten. Sucede también que algunas de las damas aficionadas á viajar, combinan en su tocado diferentes modas. Pero, por lo general, basta ver el traje de una mujer para decir de qué provincias es.

En cierta ocasión, uno de nuestros más célebres censores, que hacía temblar á todos con sus severas críticas, tanto más temidas cuanto que no se le podía acusar de ningún defecto, fue sorprendido cuando se disponía á pintar las cejas de su mujer. No hay para qué decir la satisfacción que experimentaron sus enemigos al poder decir á su soberano que aquel rígido guardián de las costumbres, era, en realidad, un hombre muy poco serio.

Llamaron al censor y le preguntaron si era cierto el hecho que se le imputaba:



—Sí, señor— respondió. — ¿Pero acaso puede ese acto ser calificado de ligereza cuando todo está permitido entre marido y mujer?

La respuesta satisfizo al Emperador, y el asunto no pasó adelante.

Esta es una anécdota que se repite constantemente, como símbolo de la ternura matrimonial. Pero se me antoja que es preciso ver en el hecho, especialmente, el triunfo de la coquetería femenina, que sabe dominar al hombre más austero, y que nos somete á todos á sus nimiedades encantadoras y á sus caprichos irresistibles.

#### LOS ABANICOS

Tenemos dos clases de abanicos: el de varillas y el redondo con largo mango. Nos servimos del primero en las estaciones intermedias, y del segundo durante los grandes calores. Y la verdad es que no hay razón para que así suceda, puesto que el abanico redondo da mucho menos aire que el otro; sin embargo, aquél tiene la ventaja de que puede usarse también como sombrilla, viniendo á realizar dos fines; y como en verano hombres y mujeres salen á la calle con la cabeza descubierta, es preciso protegerse contra los ardores del sol.

Generalmente, el país del abanico está pintado por un lado y escrito por el otro. La gente del pueblo usa abanicos llenos de dibujos é inscripciones, mientras que las clases elevadas los compran blancos y ruegan después á personajes y artistas que pongan su autógrafo ó lo ilustren. Hay coleccionadores que poseen cientos de abanicos, que vienen á ser nuestros álbums de autógrafos, dedicatorias y dibujos.

Los abanicos, además de ser un preciado regalo, forman parte de los premios que los profesores conceden en verano á los alumnos aplicados.

El número de varillas de un abanico es variable. Los que

usan las mujeres tienen generalmente treinta varillas finas. Los más vulgares son de bambú y los más valiosos de marfil ó sándalo. Se llevan los abanicos en estuche de raso bordado, sujetos á la cintura por un anillo de jade.

El abanico redondo es por lo general de seda, con mango de marfil ó bambú. Las damas se sirven de estos abanicos para coger mariposas, ó gusanos de luz cuando es de noche. En estos casos atan al extremo del mango un saquito de perfume, que embalsama el aire al agitarse.

En todos los abanicos acostumbra á figurar el retrato del poeta que esté en boga; así, Lu-Fong-Un, el popular poeta del siglo XIII era llamado el «Buda de las mil familias», porque por todas partes veíase su imagen y porque sus versos, ligeros y graciosos, estaban al alcance de todo el mundo.

Cuando se habla de un buen amigo, se le compara frecuentemente á un abanico, pues así como éste refresca el cuerpo, aquél refresca el espíritu. También la mujer que se juzga abandonada por su marido, acostumbra á compararse con un abanico, al que se abandona cuando el otoño llega.

Pan-Tié-Tsu, una favorita que fue amada por el Emperador Hiao-Tcheng, se vió luego abandonada; entonces envió á su dueño un abanico, en el que escribió estas líneas:

*Acabo de tejer con mis propias manos esta seda blanca,*

*Tan blanca como la nieve y el hielo.*

*La he recortado para hacer un abanico,*

*Redondo como la luna llena.*

*Quisiera que siguiese todos vuestros pasos,*

*Y que el aire que da refrescase, de cuando en cuando, vuestros recuerdos.*

*Preveo, sin embargo, que á la llegada del otoño,*

*Cuando mitiguen los calores,*

*Será abandonado en algún rincón y alejado de los favores de vuestra majestad,*

*Como la que os lo ofrece.*

Otra mujer, á la que afeó una enfermedad, envió á su

amante un abanico, en el que escribió estos cuatro versos;

*¡Oh abanico, oh abanico!*

*¡Sirves para ocultar mi desgraciado rostro!*

*¡Soy de una fealdad horrible*

*Y me avergonzaría de presentarme ante mi amante!*

Además de estas dos clases de abanicos existe el de pluma, cuyo origen se remonta á la segunda dinastía de los Han.

El primer Ministro, llamado Tsu-Kia-Liang, dirigía todas las acciones militares con un abanico de plumas, que era para él un bastón de mando.

Se dice también que el primer abanico de ese género fue introducido en China por el rey de Siam, que lo envió entre otros objetos ofrecidos á manera de tributo. Hoy mismo se representa siempre á Tsu-Kia-Liang con un abanico de plumas, batuta con la que ese General dirigía las sinfonías guerreras.

También se usan en China hojas de betel, talladas en forma de abanico.

Como son hojas secas que no absorben ni pinturas ni tinta, se graban en ellas dibujos é inscripciones por medio del fuego, valiéndose de una rama de incienso muy delgada, la que se pasa encendida por las hojas que se han de adornar. Es un trabajo de paciencia que todas las mujeres ejecutan.

Las hojas y el incienso proceden de la isla de Formosa.

En Canton construyen otra especie de abanicos. Se coge un tallo de bambú, cuya parte inferior se reserva al mango; se divide la superior en hilos extraordinariamente finos, que se separan en forma de lira y sobre los que se pega un pedazo de seda; se ajusta la parte inferior de la lira por medio de una cuña de madera, colocada cerca y debajo del punto en que se divide el tallo; por último, algunos hilos dispuestos á lo largo del abanico, cuya parte inferior es muy flexible, hacen que permanezca abierto.

Este aparato tiene más poder de ventilación que los otros abanicos, y presenta una forma muy bonita.

Todas estas últimas variedades son caprichos: en la antigüedad el único abanico que se conocía en China era el redondo; el de varillas existe desde hace cinco siglos, y el cual fue presentado al Emperador Ung-Lo, de la dinastía de los Ming, por unos embajadores coreanos. El Emperador lo halló, no solamente bonito, sino cómodo sobre todo, más manejable, y ordenó que se fabricasen otros muchos para regalarlos á sus funcionarios.

He aquí cuanto se puede decir que sea esencial acerca del abanico en China.

Tal vez parezca mucho para asunto tan baladí; pero como las palabras vuelan, según la expresión de los antiguos romanos, como las palabras son aéreas, en ninguna ocasión están mejor aplicadas que al hablar del aire y de los abanicos.

#### BELLEZAS PÚBLICAS

En China, á las mujeres hermosas se las llama *flores ó jades*, y también *las que arruinan Imperios y ciudades*. Esto último proviene del célebre poema de Li-Yan-Nieu, de la dinastía de los Han, que dice así:

*En el Norte existe una mujer hermosa,  
Cuya belleza es única desde tiempo inmemorial.*

*Viéndola, se pierde el imperio;*

*Si se la ve dos veces, desaparece el reino.*

*Y al fin, se prefiere perder imperio y reino,*

*Antes que renunciar y no volver á ver á la hermosa mujer.*

Cuando el Emperador leyó este poema, preguntó inmediatamente: «¿Existe realmente esa mujer, ó no ha vivido más que en la imaginación del poeta?»

Ante la afirmativa respuesta de los interpelados, el soberano manifestó el deseo de conocer aquella belleza, la cual fue después la única dueña de los favores de aquél. Aunque se sea Emperador, no se deja de ser hombre.

Li-Kiang (muchacha bonita), que fue una favorita del Emperador Han-Wu-Ti, conquistó á la edad de catorce años el corazón del soberano. Su belleza era perfecta y su cuerpo de una delicadeza extrema. No vestía sino telas de excepcional finura, ante el temor de que los tejidos gruesos lastimasen su piel suave. El soberano construyó, expresamente para ella, un palacio de cristal, «con objeto—decía él—de que el polvo no fuese á empañar la blancura de su delicado cuerpo.» Su voz era tan dulce, que, cuando cantaba, todas las flores bailaban en el jardín.

Como el Emperador Nei-weng-Ti oyese hablar de una joven llamada Sié-Ling-Iung, de incomparable belleza, escribió al prefecto, ordenándole que la enviase á la capital. Al despedirse de sus padres, Sié-Ling-Yung lloró lágrimas rojas, verdaderas lágrimas de sangre.

La recepción que obtuvo en la capital fue en extremo brillante. La corte mandó diez coches al encuentro de la joven, y por donde pasaba ardían hojas de sándalo. Se iluminó toda la ciudad, incluso una elevada torre que se construyó con este motivo. Fue una noche memorable, cuyo recuerdo se conserva hoy mismo. Su Majestad salió en persona á recibir á la hermosa en un carruaje de jade.

Por fin, la maravilla femenina fue recibida en los brazos del soberano, que le dió el nombre de Ye-Lae «Llegada por la noche.»

La joven era al mismo tiempo una verdadera artista en bordados. Realizaba en la obscuridad obras maestras, que no podían ser imitadas á la luz del día por las demás mujeres. La llamaron también el «Genio de la aguja.»

El célebre poeta Sung-U decía de una vecina suya, lo siguiente:

*Todas las mujeres hermosas del Universo*

*No valen lo que mi vecina del Este.*

*Si la añadierais un centímetro, sería demasiado alta.*

*Si la quitaseis un centímetro, sería demasiado baja.*

*Los polvos de arroz la darían un color demasiado blanco.  
El bermellón la pondría demasiado encarnada.  
Sus cejas son como las más ligeras plumas.  
Su piel como la leche más pura.  
Su talle es flexible como la seda,  
Y sus dientes parecen una fila de perlas.  
Cuando se digna sonreír, se turba el más sereno.*

Es verdaderamente lástima que el autor no haya mencionado el nombre de una belleza tan deseable y tan deseada..... con esta sola descripción.

Cuando el Emperador Yang-Tí vió á la famosa Fi-Yen «Golondrina que vuela», experimentó un transporte de alegría. Además de ser lindísima, pesaba tan poco, que el soberano la alzaba muchas veces, en juego, con una mano. En sus momentos de expansión, decía el Emperador que no tenía más que una ambición: vivir y morir al lado de la que amaba, en «la región de la voluptuosidad», y que no cometería, como sus antecesoras, la locura de buscar la «región de las nubes», es decir, el paraíso.

En fin, abundan tanto en China las bellezas célebres, que es difícil enumerarlas aquí. Contentémonos con decir que, unas, cuando se lavaban las manos en los arroyuelos, perfumaban el agua; otras veían aumentar su belleza hasta por un defecto en el rostro; que algunas daban envidia á las flores, y que hubo una que obligaba á la luna á que se eclipsase! Todas las que han merecido el nombre de hermosas debieron únicamente sus encantos á la Naturaleza: cuanto más bonitas eran, más en ridículo se ponían las que pretendían imitarlas. Se cuenta á propósito de esto, que la bella Si-Si se colocaba una mano sobre el corazón, lo que la daba mucha gracia. Otra mujer, creyendo que de esa actitud dependía la admiración que su vecina despertaba, se puso á imitarla, y lo único que consiguió fue que se burlasen de ella, por desconocer el mérito de la belleza natural y creer que podía ser reemplazado por el arte.

Los hombres fueron sumamente galantes con esas bellas. Unas, las alojaban en palacios de oro; otras, las preservaban del aire y del sol; cuando salían á la calle iban con faldas de gasas ó con persianas de perlas, perlas menos hermosas que aquellas á quienes pretendían adornar.

Como se ve, nuestros escritores no carecen de metáforas para celebrar «el eterno femenino», y tienen razón, pues jamás están mejor empleadas las flores de la retórica que cuando se aplican á esas mujeres á quienes la galantería de nuestro lenguaje da también el nombre de *Flores*.

#### LAS MUJERES GALANTES (LES DEMI-MONDAINES)

Nuestras mujeres galantes no son conocidas en Europa sino por los barcos de flores, pero ya he tenido ocasión de decir que esos barcos no son lo que generalmente se supone: son una especie de comedores flotantes, ó, si se quiere... gabinetes particulares.

Esas habitaciones fluviales, en las que no vive ninguna mujer, se alquilan para comidas de bodas, reuniones de familia y... lo demás. Exactamente como en los restaurants de la Porte-Maillet... ó en los Viveros.

Las damas en cuestión habitan generalmente fuera de la ciudad, á orillas del agua, pero no en el agua. Las más célebres poseen una casa particular: las más modestas comparten, reuniéndose varias, una misma vivienda que pertenece á un empresario ó empresaria.

Su nombre varía en las diferentes provincias. En Pekín las llaman las «Hermanas de la Cabaña»; en Sanghai, las «Jóvenes»; en Fu-Tchen, las «Estatuas Blancas»; y en Cantón, las «Perlas». Cuando se las escribe se las titula siempre: *Historiadoras*, ó *autoras*, ó *escritoras* ó *músicas*. Todas ellas tienen, además del nombre verdadero, un apodo gracioso como *flor*, *joya*, etc.

El personal de nuestras «Hermanas de la Cabaña» se recluta entre las muchachas abandonadas, ó vendidas por familias pobres. Reciben una educación esmeradísima y estudian las artes y las letras. No hay para qué decir que los particulares que se dedican á esa clase de empresas esperan resarcirse con creces de sus desembolsos. Pero esta remuneración, como ya se verá, no tiene carácter vergonzoso, sino por excepción.

Dichas mujeres no son, hablando con propiedad, lo que aquí se conoce por horizontales, y sí encantadoras damas, á cuya casa se va á pasar el rato, á charlar y á recrearse ingeniosamente, pues como ya se ha dicho, son muy instruídas y buenas músicas, habiendo algunas que conocen perfectamente la literatura, la pintura, etc.

No se puede entrar en sus casas sino por recomendación. Cuando uno ha obtenido un recibimiento grato, va á comer ó á pasar la velada en compañía de dichas damas, como si se estuviera entre amigos, pero de ahí no se pasa. Se va á casa de las *jóvenes* por recreo moral, más bien que por el placer. Y tan verdad es esto, que apenas hay poeta que no les haya dedicado alguna composición. Sus salones están alhajados artística y lujosamente, según la fortuna é importancia de la dueña.

Tanto en las fondas como en los teatros, se encuentran unas invitaciones impresas en papel rojo, concebidas en estilo telegráfico, y cuya misión es la siguiente: Cuando se quiere invitar á comer á una de aquellas señoritas, se coge una de aquellas invitaciones, sobre las que se escribe el nombre del anfitrión y el de la convidada. Un mozo se encarga de llevar la misiva á casa de la bella, la cual acude á la cita inmediatamente.

Como generalmente se reúnen varios anfitriones para celebrar estas comidas, las damas se sientan á la mesa al lado de su galán respectivo. Si las *jóvenes* se conocen, organizan juntas un concierto. En caso contrario, cada invitada ejecuta una pieza musical, bebe dos ó tres vasos de vino y cambia algu-



nas palabras con la reunión. Al cabo de media hora, todo lo más, se retira. Esto es lo que se llama una *visita*, que se paga según los precios de la localidad, pues la tarifa varía en cada provincia. La *Perla* no recibe el dinero en mano, el cual debe ser remitido á su casa, de la misma manera que se pagan los honorarios á un médico á quien no se ve más que una vez. En cuanto á las que no tienen domicilio propio, se envía el dinero al empresario.

Se las puede volver á llamar, lo que constituye una segunda visita, y así sucesivamente. Hay *jóvenes* que, desde el anochecer hasta la una de la madrugada, hacen una veintena de visitas, durante las cuales nadie tiene derecho á darlas el menor beso. La conversación es bastante libre, y se puede bromear un poco, pero sin faltar en lo más mínimo al decoro.

Cuando entre los hombres se encuentra alguno que agrade á una visitante, ésta le manifiesta su deseo de casarse con él, lo que no constituye insulto, ni burla, sino todo lo contrario. Si no hay obstáculos, el favorecido se apresura á satisfacer aquel deseo, pues la historia habla de muchas mujeres que han sido célebres y que tuvieron el mismo origen; hasta ha habido algunas que, por haber ayudado á sus maridos á prestar servicios al Estado, ó por haber tenido hijos que alcanzaron puestos honoríficos, recibieron títulos de nobleza. Estas fueron casi todas mujeres ricas, que se casaron con pobres letrados, jóvenes de porvenir, cuyo mérito adivinaban, y á los que querían ayudar en la lucha por la existencia.

Las *Perlas* que se casan así, aun después de haber llevado una vida desordenada, gozan de la consideración más absoluta, pero á condición de que se conduzcan bien; y no hay ejemplo de que haya sucedido lo contrario.

La rehabilitación de la mujer perdida que tanto preocupó á ciertas escuelas de principios de siglo, se realiza en nuestro país de la manera más natural.

Se compara á esas extraviadas con flores caídas á las que basta alzarlas para limpiarlas de toda mancha. «Aunque el

jade esté algo manchado no por eso deja de ser una piedra preciosa.»

Como es natural, hay *hermanas de la cabaña*, que se conducen con mucha desenvoltura, pero son muy criticadas por sus compañeras, perfectamente virtuosas en su mayoría. Cifran su placer en la amistad, y no quieren perderlo por un momento de debilidad; por lo demás, aquellos que han logrado establecer excesiva intimidad con una de esas señoritas, no la prolongan mucho. Esas relaciones obligadas, en las que intervienen el dinero y la empresaria, repugnan á la mujer, cuya frialdad no tarda en alejar al hombre. Y como esto se sabe, pocos son los que pretenden encontrarse en ese caso.

En varias ciudades se verifica todos los años un concurso de bellezas, pero no creais que se coloque á las concurrentes en un estrado. Nada de eso. Se visita á las damas en su casa, y después decide la mayoría de votos. Se publica una lista con los nombres de las agraciadas, acompañada de un poema en el que se celebran la virtud y los encantos de las mismas.

Así, pues, el trato de las *Perlas* no está mal visto. Inútil es decir que hay otras mujeres de condición más vulgar, especialmente en las ciudades del litoral, por estar más expuestas al contagio de la corrupción moderna; en esos lugares hay paseos, *paseantas* y lo que esto trae consigo. No me detendré á hablar de esas desdichadas: he querido presentar las mujeres que pertenecen al *medio mundo* chino, pero no las que pertenecen al mundo entero.

EL GENERAL TCHENG-KI-TONG.

(Se continuará).

# POETAS AMERICANOS

---

## A MIRAMAR

Al señor Licenciado Joaquín D. Cassans.

¡Oh Miramar! Hacia tus blancas torres  
Que griseo el cielo en tempestad atedia,  
Hoscas, con vuelo de siniestras aves,  
Vienen las nubes.

---

¡Oh Miramar! Contra tus duras rocas  
Baten, del torvo piélago surgiendo,  
Turbias las olas, con reproche de almas  
Enfurecidas.

---

Bajo la sombra de las nubes, mustias  
Hacia los golfos ven las torreadas  
Mugia y Pirano y Egida y Parenzo,  
Joyas del Ponto,

---

Lanza Oceano todas sus mugientes  
Iras en contra del bastión de escollos  
Donde te muestras á las vistas de Adria,  
¡Roca de Hapsburgo!

---

Truena á lo largo de la costa el cielo  
en Nebresina; y, tras la lluvia, Trieste

Se alza en el fondo, con la sién ceñida  
De ígneos relámpagos.

—

¡Ay! Como todo, la mañana aquella  
De Abril reía! Y el monarca rubio  
Sale, surcando con su dulce esposa  
La onda tranquila.

—

De su semblante el poderoso imperio  
Plácido irradia, y sobre el mar fulgente  
Vagan los ojos de la dama, azules,  
Claros y altivos.

—

¡Queda, castillo, para alegres días,  
Nido de amores construído en vano!  
¡Otra aura adversa por los yermos mares  
Los arrebatata!

—

Dejan tus salas con ardiente anhelo  
Llenas de triunfo y de ciencia escritas:  
Desde los lienzos Dante y Goëthe al Sire  
Hablan en vano.

—

Pérfida esfinge con movibles ojos  
Sobre las ondas los atrae; él cede,  
Y deja abierto á la mitad el libro  
Del *Romancero* (1).

—

---

(1) En el gabinete de estudio de Maximiliano, construído á semejanza del del contralmirante Novara, que lo transportó á México, se encuentran los retratos de Dante y Goëthe en el sitio donde se sentaba á estudiar el Archiduque. Allí existe todavía abierto sobre el atril un ejemplar del *Romancero Castellano*, de la edición de Martín Nucio, en los Países Bajos. En la sala principal del castillo se leen esculpidas varias sentencias latinas.—(Nota del poeta.)

¡No de aventuras ni de amor el canto  
Fíes que le acoja, ni ecos de guitarra  
Allá en la España del Azteca! ¿Cuales  
Lúgubres nenias

—  
Desde la punta de *Salvore* vienen  
Entre el plañido de dolientes flautas?  
¿Cantan los muertos venecianos? ¿De Istria,  
La hada caduca?

—  
¡Ah! Mal conduces por los mares nuestros  
Hijo de Hapsburgo, la fatal *Novara!*  
Contigo Erinis sale obscura; ¡al viento  
Abre la lona!

—  
¡Mira cual muda de semblante, pérfida,  
Retrocediendo frente á ti la esfinge!  
¡Es el semblante de *la loca Juana*  
Vuelto á tu esposa!

—  
¡Es la cabeza de Antonieta exangüe  
La que te guiña! De Motecozuma  
La cara hirsuta que te ve con fijos,  
Pútridos ojos!

—  
Entre los bosques de ágaves crueles  
Recios el aura de benignos vientos,  
Se alza en lo alto del Teocalli, humeante,  
Lívida llama.

—  
En la tiniebla tropical, es, ¡mira!,  
Huitzilopochtli que tu sangre husmea,  
Y, al mar tendiendo la mirada, ulula:  
—¡Llegá ya, llega!

¡Cuánto ha te aguardo! La barbarie blanca  
 Mi ara echó á tierra, destruyó mi reino!  
 Llega, esperada víctima, del quinto  
 Carlos ¡oh nieto!

—  
 No tus abuelos purulentos, viles  
 Y enardecidos por reales furias;  
 A ti te aguardo, á ti te cojo, ¡oh nueva  
 Rosa de Hapsburgo!

—  
 Y al alma grande de Cuanhtémoc, siempre  
 Reinante bajo el pabellón del cielo,  
 Doite en ofrenda, ¡oh fuerte! ¡oh bello! ¡oh puro  
 Maximiliano!

ENRIQUE FERNANDEZ Y GRANADOS.

México, Enero de 1900.

## ¡OH SANCHO!

¡Oh Sancho! ¡Tú no has muerto! Entre la inquieta  
 Y abigarrada multitud del día  
 He visto destacarse tu silueta  
 En medio de estruendosa algarabía.

Mas ¡cuán cambiado estás! ¡cuán elegante!  
 ¿Quién será el que al mirarte te reproche?  
 Has trocado la albarda por el guante  
 Y, olvidando el rocín, andas en coche.

Dejando á un lado el exterior ropaje,  
 Arreo vistas hoy de caballero:  
 ¿Quién pudiera ¡oh buen Sancho! en ese traje  
 Descubrir al ruín del escudero?

Sólo tu tosco espíritu no muda;

Hoy, como ayer, encarna la materia;  
¿Qué es á tus ojos esta amarga y ruda  
Batalla del dolor? Sólo una feria.

Eres el mismo! Aún brota de tus labios  
La bonachona y hueca carcajada;  
Paseas con orgullo entre los sabios  
Tu figura burguesa y desgarbada!

Y en tanto que Quijote en la pelea  
Rueda entre el polvo con la adarga rota,  
Invocando á la hermosa Dulcinea  
Y soñando en la Ínsula remota,

Pasas tú por el mundo que se inclina  
Al mirarte surgir en el proscenio:  
Que en esta edad bizarra y peregrina  
Sólo alumbra una luz: la de tu genio.

¡Oh manchegos! ¡Oh bravos paladines  
Que marchais por el áspero camino  
Al compás de los bélicos clarines  
Desafiando las iras del destino!

Cesó vuestra misión. ¿Os maravilla?  
Colgad la espada del ruinoso muro,  
Y en Sancho, el escudero sin mancilla,  
Saludad á los héroes del futuro.

¿Qué importa el ideal? Mustio y herido,  
Como vosotros, al tremendo embate  
De la lucha tenaz, quedó tendido  
Sobre el sangriento campo del combate.

RICARDO NIETO.

Cartagena de Indias, 16 Marzo, 1900:

# EL PROBLEMA UNIVERSITARIO

---

## I

En algunos de los programas formulados en España á raiz del desastre como expresión más ó menos fiel de las aspiraciones de las gentes *neutras* del país, se pedía, entre otras reformas salvadoras, la supresión de varias Universidades; análoga demanda se hacía por el malogrado escritor señor Macías en su libro acerca de *El problema nacional* (1). No voy á discutir aquí si estas peticiones son ó no fundadas; ni siquiera me detendré á considerarlas desde el punto de vista oportunista y político. Independientemente de todo esto, esas peticiones de los comerciantes y de los productores, y la buena acogida que, sin duda alguna, han tenido en los españoles mismos que leen y que discurren, revelan un estado de ánimo de la masa social que es preciso considerar al proponerse, de cualquier manera que sea, el estudio del problema universitario.

Por de pronto es necesario descontar en la adhesión que en gran parte de las gentes se ha advertido á las demandas de supresión de Universidades, todo lo que supone nuestra ignorancia, y en virtud de la cual no es posible que aprecien aquellas en su justo valor la obra, por modesta que sea; de una Universidad; ni su representación como foco—¿apagado? no impor-

---

(1) Página 385.



ta—de la vida intelectual. A las gentes que apenas si saben leer y escribir ¿que les interesa el que haya ó no haya Universidades? A las que sabiendo leer y escribir no leen como no sea el libro mayor y el diario, ó el folletín terrorífico de cualquier *rotativo*, ¿qué puede importarles la labor universitaria? Tiene que parecerles de perlas lo de suprimir no ya cuatro, sino hasta nueve Universidades: con la de Madrid ó con la de *su pueblo*—por aquello de que una Universidad es fuente de ingresos—tienen bastante. ¡No se ha dicho y repetido de mil maneras y en todos los tonos que sobran doctores, que lo que aquí hace falta son industriales y hombres prácticos! ¿De dónde salen los doctores sino de las Universidades? No olvidaré jamás la frase de cierto representante fidelísimo de nuestra burguesía adinerada, el cual, hablándole yo de la necesidad de difundir la enseñanza, de despertar en todos la afición al estudio, el deseo de la lectura, me decía con un acento que revelaba la más profunda de las convicciones:—Nada de eso, amigo; ¡las lecturas nos han perdido! Para éste, y para cuantos como él piensen, debe de ser una medida salvadora la de suprimir cuantas Universidades sea dable suprimir.

Pero repito que es preciso descontar estos factores en el conjunto de gentes que han hecho coro á las poco meditadas peticiones de los assembleistas de Zaragoza. Realmente, aunque sea prescindiendo de esos elementos, quedará en pie siempre el hecho, harto significativo, de que tratándose nada menos que de restaurar la vida nacional, se haya propuesto, entre otras cosas, una verdadera *poda* del árbol universitario, siendo también fenómeno muy sugestivo el de que á casi nadie pareciese descabellada la idea: el que más habrá pensado que con suprimir tantas ó cuantas Universidades, el país seguiría tan mal como si en ninguna de ellas tocase la hoz regeneradora.

Ahora bien, ¿cómo explicar esto? En mi concepto, el razonamiento explicativo es muy sencillo. ¡Para lo que hacen las Universidades...! ¿Qué es una Universidad española? O mejor,

¿qué es lo que una Universidad española hace ostensiblemente? ¿En qué obras de empeño verdaderamente científico y social ve el *vulgo* comprometidas á nuestras Universidades? Una Universidad española es... una *oficina*, un centro burocrático, un edificio más ó menos lóbrego ó suntuoso, al cual acuden con cierta regularidad unos cuantos señores—¡canónigos del siglo!—cada uno de los cuales suele despachar cumplidamente su tarea con una hora escasa de trabajo, y una juventud bulliciosa, alegre, que pide vacaciones apenas iniciado el curso. Una Universidad es algo más que eso: es el tormento de los padres de familia en la época de los exámenes; es, por fin, un verdadero semillero de candidatos al presupuesto. De ella salen los médicos sin enfermos, los abogados sin pleitos; en suma, la mayoría del contingente de intrigantes que forman el núcleo de los políticos deplorables, que esquilman al país desde el Juzgado municipal ó la secretaría del Ayuntamiento, hasta el Ministerio ó el Tribunal Supremo de Justicia.

Nadie ve, ni puede ver, la Universidad como entidad viva, como fuerza corporativa, como institución de cultura, de educación, en la cual recibe la juventud los medios más delicados y difíciles para la lucha noble y elevada por la existencia. Debiera salir de las Universidades una especie de aristocracia intelectual, de nervio director impulsivo, de juventud alegre, eso sí, pero laboriosa, entusiasta de algo, llena de algún ideal, y el público no ve que de las Universidades salga nada de eso.

## II

Pero aun siendo todo esto así, ¿se justifica por completo y sin reserva alguna, la actitud de fría indiferencia con que por la inmensa mayoría del país se ha considerado la existencia de los centros universitarios? ¿Es que nuestras Universidades, como tales, son inferiores, v. gr., á nuestros Ayuntamientos y Parlamentos, á nuestra Marina y Ejército, á nuestros Tribu-

nales de justicia, á nuestros numerosos Cabildos catedrales, y á nuestras ordenes religiosas? ¿Es que el profesorado está por debajo del episcopado español ó de la Guardia civil? ¿Acaso podemos señalar frente á las Universidades otros centros de enseñanza superior, obra entusiasta de la iniciativa privada, creación graciosa y libre de esa clase neutra de comerciantes y productores, en los cuales se manifiesta algo de eso que, con perfecto derecho, por lo demás, se pide á las Universidades del Estado? ¿No pueden éstas sufrir con ventaja la comparación con los centros confesionales de enseñanza de categoría análoga? ¿Hay, por ventura, entre nosotros un gran movimiento científico extrauniversitario? ¿Se puede oponer, en son de rivalidad á la lista—corta sin duda—de los cultivadores científicos que proceden y viven de la Universidad y en ella y por ella viven, otra de personalidades eminentes educadas fuera de los centros universitarios y que trabajan por sí mismas sin la preocupación de la cátedra?

Cajal, Giner, Salmerón, Hinojosa, Azcárate, Menéndez y Pelayo, San Martín, Orti y Lara y otros de significación análoga, son todos hijos predilectos de las pobres y desmedradas Universidades españolas, y en ellas han trabajado ó trabajan con el buen éxito de todos conocido.

Lo que hay es que las Universidades son parte integrante del país, sufren la ley férrea del medio y están á su altura; el personal universitario sale de los mismos semilleros que nuestros generales de mar y tierra, nuestros obispos y canónigos, nuestros comerciantes é industriales, nuestros políticos y periodistas. Se podía haber procurado ingerir en el organismo anémico de las Universidades savia más sana y de más vida reclutando profesores en el extranjero, ó formando con la parte más culta un personal nacional; pero ni esto se ha intentado siquiera. Y así, necesariamente, la Universidad no está ni mejor ni peor que las demás instituciones del Estado, y la clase de los profesores y la de los estudiantes no estan por encima ni por debajo tampoco—á Dios gracias—de las clases

mercantiles ó productoras, que poco ha se reunían en son de crítica y como regeneradores nacionales.

Realmente, cuando todas esas gentes *neutras* claman contra la estéril labor universitaria, podría preguntárseles: ¿qué sacrificios habéis hecho para levantar la vida de las Universidades? ¿Cuándo os habéis dado cuenta de que merece la pena gastar buena parte de vuestras fuerzas en producir, sí, señor, *producir* una cosa tan inmateral, de valor económico tan irrepresentable, como una cultura superior? ¿Cuándo habéis manifestado orgullo y entusiasmo, ó si se quiere vanidad, por vuestra Universidad, esto es, por la Universidad de vuestro pueblo? ¡Si fuérais, á lo menos, una burguesía como la burguesía francesa de la tercer república! Entonces podíais hablar. Pero vosotros, que no habéis regateado los millones á la Marina, que habéis consentido los despilfarros del Ejército, que no consentiríais tocar sin protesta en el pesado presupuesto del clero, ¿qué diríais si os pidieran algunos centenares de miles de pesetas para mejorar la vida universitaria? ¿Cuándo se ha notado en vuestras filas la más leve indicación de simpatía hacia la obra espiritual é ideal de las Universidades? Por docenas podrían contarse los millones que la iniciativa privada ha dedicado en estos cincuenta últimos años á las instituciones religiosas; ¿cuántos miles de pesetas han derivado por propia y espontánea iniciativa de las clases acomodadas, de sus arcas, hacia las pobrísimas cajas de nuestros centros de enseñanza? Por experiencia sé lo que cuesta obtener el más modesto auxilio pedido á nombre y para cualquier empeño, por culto y desinteresado que sea, de una Universidad.

Por supuesto, nada de cuanto dejo escrito debe interpretarse como una defensa de las Universidades españolas; encamínase lo expuesto á poner, como suele decirse, las cosas en su punto, para poder luego hablar con toda libertad. En mi concepto, aun siendo rigurosamente exactas las apreciaciones hechas, no hay motivo para censurar de una manera absoluta la indiferencia pública ante el problema de la vida de nuestras

diez Universidades, que harto se puede explicar, ni menos para disculpar lo que éstas hacen y lo que dejan de hacer, si bien tal indiferencia debe contarse como uno de los obstáculos más difíciles de vencer, para todo intento serio y decidido de mejoramiento en la acción de la Universidad.

De todos modos, resulta bien claro que de la situación actual de las relaciones entre la opinión pública, ó los elementos un tanto vivos de ella, y las Universidades españolas, tienen éstas una buena parte de culpa: el profesorado y la juventud estudiantil, aquél, con su apatía invencible; ésta, con su tendencia á la holganza frívola y bulliciosa, son responsables en mucho más de la mitad de cuanto esas relaciones significan y suponen, y por ende de las consecuencias nada venturosas á que dan lugar.

### III

Las Universidades españolas, en efecto, apenas si se han dado cuenta de su misión y de sus funciones en la vida contemporánea. Muertas salieron del antiguo régimen, y muertas han continuado durante el régimen centralizador de nuestros tiempos. Si así no hubiera sido, si las Universidades hubieran tenido vida científica, de trabajo verdadero, se habrían transformado de un modo natural al compás de las demás del mundo, hasta convertirse en lo que éstas son ya en los principales países: en centros de formación científica y pedagógica y de acción social; en suma, en verdaderos *centros de cultura nacional*.

El ideal—no la realidad—de la Universidad en España, es todavía el de una escuela profesional: escuela de médicos, de abogados, de farmacéuticos; ni aun siquiera se separan de este ideal las dos Facultades, *desinteresadas* por excelencia, de Ciencia y de Filosofía y letras, toda vez que á ellas se va, no tanto con el deseo de educar el espíritu en la investigación de

los altos problemas de la Naturaleza, de la vida y de la historia, y de hacerse hombre de ciencia en el pleno sentido de las palabras, como para obtener un título *profesional* que capacite, v. gr., para ser Catedrático de Instituto ó de Facultad: lo de saber ó no saber bien las cosas que los planes de las diferentes enseñanzas exigen, es secundario cuando no accidental.

Y es verdaderamente deplorable, que estas Facultades de Ciencia y de Filosofía no hayan prescindido en absoluto de su carácter profesional y utilitario, para lo cual hubiera sido preciso haber ensayado en ellas, en la organización de sus métodos y estudios, procedimientos pedagógicos que, en las Facultades de Medicina y Derecho, no era fácil de adoptar, entre otras razones por el excesivo contingente de alumnos con que de ordinario cuentan, porque acaso de ese modo se hubiera iniciado dentro de la Universidad misma la transformación radical de la enseñanza superior, y con ella la del ideal universitario, influyendo á la larga en las Facultades de carácter más naturalmente utilitario y profesional. Al fin y al cabo, el ejemplo de Francia, en donde la reforma pedagógica, base y razón de toda la reforma universitaria, la autonomía inclusive, se ha iniciado, sobre todo, en la Facultad de Letras y de Ciencias, abona, creo yo, de una manera suficiente nuestra presunción.

Pero decía que esta concepción de la Universidad como mera escuela profesional, es decir, como centro preparatorio de determinadas profesiones, en el cual la misión del profesor se reduce á *enseñar* un programa que se supone es el compendio de los conocimientos que debe *utilizar* el médico en sus curas, el abogado en sus pleitos, el farmacéutico en su farmacia y el catedrático en su clase, programa de *ciencia hecha*, librería y memorista, esta concepción de la Universidad, repito, es todavía el *ideal*, y no la realidad.

La realidad, es preciso declararlo, aún está por debajo de tal ideal; es decir, que eso de la Universidad, escuela de la vida, preparación para el desempeño útil y eficaz de unas

cuantas profesiones, constituye lo que *debe ser* la Universidad para la mayoría de las gentes universitarias y no universitarias. En definitiva, la Universidad no prepara para tales modos de vivir de una manera propia y positiva; la concepción práctica y utilitaria de su misión no se traduce en los hechos correspondientes. Merced, de un lado, al influjo natural y necesario de la concepción profesional misma, en virtud de la que lo importante es aprender tales ó cuales cosas sabidas por otros y aplicarlas en su día; merced, de otro lado, á la organización de la Universidad, que no pasa de ser una oficina del Estado, sometida á las reglas férreas de una uniformidad que mata, antes de revelarse, todo espíritu de iniciativa; al desdén con que se ha mirado y se mira la formación del personal docente, y á otra porción de concausas que tienen su raíz en la condición misma de toda nuestra enseñanza, especialmente en la secundaria, y también en la educación de nuestra burguesía, es lo cierto que la Universidad española ni aun como escuela preparatoria de las profesiones puede considerarse. Es bien notorio que apenas sale nadie de las aulas en disposición de ejercer con éxito su profesión; los médicos y abogados, una vez declarados tales por el Jurado de exámenes correspondiente, empiezan, puede decirse, su carrera; entonces (después de haber perdido quizá los mejores años de aprendizaje) es cuando tienen que comenzar su verdadera educación práctica.

Ni pueden las cosas pasar de otra manera.

Ese ideal de la Universidad como mera escuela profesional interpretado del modo que dejamos indicado, es decir, por medio de enseñanzas uniformemente establecidas y organizadas, enseñanzas que se comunican de profesor á discípulo por el discurso retórico ó por el intermedio único del Manual, frío y cristalizado, provoca á la larga, de una manera irremediable, el estancamiento de la vida universitaria, y se reduce al fin á un sistema de fórmulas abstractas y sin valor alguno para lo mismo que preocupa: para la práctica de los conoci-

mientos que constituyen el objetivo de los esfuerzos estudiantiles.

Considerada la situación con perfecta imparcialidad, puede afirmarse que la realidad positiva de la acción universitaria consiste en bien poca cosa: procurar títulos con el menor esfuerzo posible; despachar estudiantes como quien despacha expedientes, obligando á aquéllos á recorrer una especie de carrera de obstáculos ó de exámenes, que no difieren gran cosa, en el fondo y en la forma, de los numerosos informes de Negociado que para resolver cualquier cuestión exige la ordenación burocrática en que vivimos.

Se ha dicho muchas veces, y en todos los tonos imaginables, que la enseñanza vive por y para el examen. Y es el dicho rigurosamente exacto. *Aprobar ó no aprobar*, en vez de *saber ó no saber*, es el *ser ó no ser* de nuestros infortunados jóvenes. Aprobar: he ahí la preocupación única de la inmensa mayoría de nuestros discípulos; y, claro es, aprobar muchas asignaturas y pronto, cuanto más pronto mejor; el sueño dorado de hijos y padres de familia sería aprobar todas las asignaturas del plan respectivo en una ó dos convocatorias. Al que tal hace se le señala con el dedo; pero no en son de censura, no, sino en son de admiración sincera, como modelo digno de imitación, como hijo envidiable.

Naturalmente, si el examen es el momento crítico, es la piedra de toque, es donde hay que vencer, si el examen es todo, y el examen es la fórmula del *saber* ó del *poder* universitario, ¡cómo maravillarnos que la acción de la Universidad viva y se mueva girando alrededor del examen, y que padres de familia é hijos, profesores y alumnos, todos, en suma, obren ó sugestionados por el examen!

En nuestras Universidades se ha efectuado una de esas transformaciones ó cambios, mejor diríamos perturbaciones, tan frecuentes en la vida humana, y que de tan hermosa manera señala Ruskin. El examen de *medio* se ha convertido en *fin*, como la moneda ó la *riqueza* en las relaciones sociales: el ideal



de la vida humana, advierte Ruskin en *La corona de olivo silvestre*, pone en primer término el trabajo, y en segundo el dinero, que constituye la ganancia; pero hay muchísimas personas que hacen del dinero y de la ganancia lo primero, y del trabajo, ó mejor de la finalidad esencial del trabajo lo accidental, y así andan las cosas. Pues bien, en la Universidad, la idea del examen, es decir, la demostración del saber, de la tarea aprendida, debiera ser lo accidental, y lo fundamental el trabajo mismo, el estudio, con su finalidad íntima: la ciencia, la verdad, la adquisición del conocimiento de la realidad, con todas sus fecundísimas consecuencias; pero merced al influjo, no sólo de la viciosa organización universitaria, sino de la concepción utilitaria de la enseñanza, y más especialmente, de la consagración que ésta tiene mediante los exámenes, los exámenes son el objetivo primordial, cuando no único, de los esfuerzos todos. Los exámenes, es decir, la ostentación de un saber prendido con alfileres, ó peor aún, la representación de la comedia de que se sabe, pues lo importante es contestar en el examen, valiéndose de cualquier superstición ó engaño, son al fin y al cabo la moneda, falsa á veces, con que se compra el aplauso del profesor, del amigo, del padre de familia, y á la larga, una suma explotable de consideración social, y por fin un puestecito en los presupuestos del Estado, de la Provincia ó del Municipio.

No debe, pues, repito, maravillarnos, que toda la vida de las Universidades gire como alrededor de su centro natural, alrededor de los exámenes, y girando alrededor de los exámenes, tampoco debe maravillarnos la *altura* escasísima, que alcanza el *ideal* universitario, y por ende la pobreza é insignificancia de la acción de las Universidades, tanto en el respecto científico como en el respecto pedagógico y social.

Ciertamente: para examinar unos cuantos miles de jóvenes al año, y aunque sea para explicar los programas (por de contado *completos*) de las asignaturas, con ese ritmo monótono del curso de lección diaria ó de lección alterna, no merece la pena

sostener diez Universidades, como en España sostenemos. Reducida la tarea oficial y propia, el deber del cargo del profesor, á dictar un cuestionario—siempre el mismo—cerrado, en el cual se comprenda *toda la asignatura*, y á explicar ese cuestionario con más ó menos cuidado, para que el alumno conteste durante diez ó veinte minutos lo que la suerte indique en las tres dichas papeletas ó bolas, ó en otros términos, para que el alumno se «luzca» en el examen, la misión de la Universidad se rebaja de tal modo, que pronto aparece como inútil y sin finalidad apreciable y fecunda. Podrían suprimirse las cátedras; bastaría conservar los examinadores, que es lo que al fin va consiguiendo la llamada enseñanza libre.

#### IV

¿Quién puede poner en duda, teniendo todo esto en cuenta, la necesidad y la urgencia de una reforma honda, radical, de las Universidades? No discutamos si las que hay son demasiadas; dos solas que hubiera, siendo como son las diez actuales, implicarían un gasto excesivo, es decir, un esfuerzo desproporcionado, comparado con el resultado que mediante él se obtiene. No es cuestión de número de Universidades, no es cosa de más ó menos, por tanto, la reforma universitaria, sino de transformación y de cambio de vida, de modificación en la orientación de la actividad docente, en el ideal educativo, y hasta en el respeto de las relaciones sociales de la Universidad como corporación y como persona. Hay, en efecto, que crear las Universidades de la Nación, y si no es posible tanto, por lo menos, es preciso intentar infundir en sus actuales organismos, anémicos, desmedrados, casi muertos, nueva savia vivificante, fuego, entusiasmo, fe en su misión y destino; en suma, todo aquello de que hoy carecen acaso en absoluto.

Pero ¿cómo? Si no es en rigor difícil definir aquí en los límites que supone el problema universitario los términos pro-

pios de la política pedagógica, y hasta vislumbrar que sería más fácil acometer su solución que la de los problemas de la enseñanza primaria y secundaria, más complejos y que piden más amplio y más costoso esfuerzo, resulta, no obstante, de una dificultad poco menos que insuperable, señalar por dónde y cómo podría iniciarse una acción eficaz de reforma de las Universidades.

¡Estamos tan distantes del ideal! ¡Estamos tan lejos de imaginárnoslo siquiera! Porque si al menos hubiera ideal... tendríamos el principio de la acción. Pero ¿cómo iniciar ésta sin tener aquél? Vivimos en el mundo de la rutina, y nos dominan prejuicios invencibles capaces de estirilizar los ensayos mejor intencionados. Exigiría la reforma fecunda un género tal de medidas, sería preciso renunciar á tantas y tantas vanidades de mandarinato; pide la acción eficaz de la moderna labor universitaria tantos esfuerzos desinteresados, tal suma de alientos, tantos trabajos sin recompensa inmediata, tal conformidad con la pura y simple aprobación y satisfacción íntimas, tal altruismo... científico y social, un amor tal á la humanidad y á la patria, y un concepto tan elevado y espiritual de la utilidad de la ciencia, de la educación y de la cultura, que parece un sueño, pero un sueño de utopista calenturiento y delirante, pensar siquiera que en este país de Sanchos sea posible iniciar la reforma interna de las Universidades con ligeras esperanzas de lejanísimo éxito.

Bastaría, para justificar este doloroso pesimismo, este desánimo abrumador y este miedo, considerar, no ya la situación presente, ni los resultados obtenidos por la acción de la Universidad en la juventud española, sino las reformas que á cada paso acometen los Ministros que la política pone al frente de la instrucción pública. Recientes y frescas tenemos las realizadas en la enseñanza superior, por ejemplo. Están, sin duda, inspiradas en los mejores deseos, pero á pesar de eso, no salimos del mismo círculo de hierro en que nos tiene presos la rutina. Todo se reduce á reformar *los planes*; y ¿cómo?: se

crean «asignaturas» sin pensar siquiera en si hay en este país personas competentes para desempeñarlas, ni menos preocupándose con la tarea de preparar el profesor para lo futuro; se organizan hasta nuevas Facultades, sin detenerse á considerar la pobreza científica de España; cuando los exámenes están en crisis en todo el mundo culto, incluso entre nosotros, se agravan mediante una reorganización que además es incompleta, y se aumenta con los nuevos de ingreso en las Facultades, sin haber reorganizado la enseñanza oficial, limitando el número de alumnos para hacer fecunda la acción de la cátedra, único caso en que dichos exámenes—de verdadera selección—podrían quizá justificarse; se regula una vez más el ingreso en el profesorado mediante nueva y complicada *carrera de obstáculos*—vulgo oposiciones,—pero nadie piensa en *formar* ese profesorado... en suma, como siempre; se trata del problema universitario sin preparación verdadera, sin estudiar las condiciones actuales de nuestras Universidades, sin haber formado un concepto adecuado de lo que la Universidad debe ser, sin aprovecharse de las experiencias fracasadas de cuantos han hecho lo mismo en épocas anteriores, sin pasar, en una palabra, de la superficie de las cosas.

Y al lado de esto, al lado de esta impenitente rutina del Poder, negación palmaria de toda política pedagógica, las Universidades mismas hacen tan poco por estudiar y resolver *su problema*, que bien puede decirse que no hacen nada. Son como enfermos que no sienten la enfermedad, y que, además no tienen fe ni en la higiene ni en la medicina. Cierto es que jamás se toma su voto en cuenta para reformarlas; en otros países, v. gr. en Francia, los Ministros consultan á sus Universidades, abren una información, se pasa un cuestionario á los claustros, en el cual se formulan las aspiraciones ó problemas sobre que es preciso que las Facultades den su opinión; los claustros se reúnen y se ven obligados así á discutir acerca de asuntos de enseñanza; aquí, á lo sumo, se consulta á la Universidad de Madrid; los Ministros tienen su opinión personal;

más sabios que los que suele disfrutar Francia, se hacen cargo inmediatamente de los situación de las cosas y obran en consecuencia. Y no sólo esto: aun en aquellas cuestiones en que las Universidades, ó mejor las juntas de sus profesores intervienen, como v. gr. en las propuestas de auxiliares, los Ministros suelen tratar á los claustros con el natural desdén del superior que no siempre sabe lo que tiene entre manos, y que es antes que nada un hombre político, es decir, un hombre lleno de compromisos personales y que acaso no se fija lo suficiente en la trascendencia de sus actos.

Pero esta actitud del poder para con las Universidades, mas los obstáculos que á su iniciativa pondría la burocracia que usufructúa la dirección de la enseñanza, sin saber cuales son sus necesidades, ni tener noción siquiera de lo que es el problema pedagógico, con más la penuria de medios con que las Universidades españolas viven, no disculpan la situación presente de las mismas. Al fin y al cabo, el Estado mantiene, pobremente sin duda, cuatrocientos y pico de profesores, distribuídos en diez centros universitarios, y de ese pequeño ejército de educadores, de sabios, de hombres que «oficialmente» se consagran á la cultura nacional, á la ciencia, á la juventud que acude á las aulas, podría esperarse algo que demostrara vida, nervio, fuerza, en suma, para levantar el decaído espíritu de la sociedad española. ¿Y qué hacemos? ¿Qué síntomas verdaderamente calificados revelan en el profesorado universitario fe en el porvenir y conciencia de la imperfección presente? ¿Dónde está la manifestación vigorosa del alma de la Universidad en los momentos de crisis por que el país ha atravesado? Si alguna ha habido, significa tan poco, que no puede tomarse como fundamento para vislumbrar un mejoramiento más ó menos remoto. Porque conviene advertir que no desconozco el mérito y el alcance de la labor, admirable en verdad, de estas ó aquellas ilustres representaciones de las Universidades; ya sé yo que hay en el profesorado español quienes se han dado plena cuenta del problema universitario

y quienes tienen un ideal hermoso para su Universidad; pero no se trata de eso ahora. Lo que aquí importaría sería la acción colectiva de todos los centros universitarios, una acción que implicase que el soplo del espíritu moderno había agitado, si no á la mayoría, á lo menos á una minoría numerosa y fuerte del profesorado, la cual se cuidaría de arrastrar tras de sí á los indiferentes y de anular á los adversarios, que los hay en gran número, aunque parezca mentira, de todo mejoramiento y renovación de la vida universitaria.

Ahora bien; esas manifestaciones de la acción corporativa de las Universidades, ó no las hay, ó las hay en medida tan escasa, que no modifican los términos angustiosos del problema.

En suma: el pesimismo á que antes me refería, encuentra su plena justificación, lo mismo en la falta absoluta de las condiciones todas de una política pedagógica, en la dirección de la enseñanza superior, que en la pobreza de nuestra vida universitaria. *Arriba* domina la rutina, y *abajo* la apatía, la anemia y la falta de ideal.

## V

Pero, ¿es que el problema no tiene solución? No he querido decir tal cosa en lo que dejo expuesto. El alcance de mi pesimismo no es absoluto. Estimo que apenas hay los indispensables puntos de apoyo sobre que sería preciso afirmarse para iniciar con éxito una renovación pedagógica de la Universidad; pero á la vez estimo que, comparando las dificultades que la aplicación de la política pedagógica tendría que vencer en los tres grados de enseñanza, primaria, secundaria y superior ó universitaria; el grado superior es el que las ofrecería menores, no porque esté mejor que los otros, sino porque abarca un campo de acción más limitado, y entraña una menor complejidad de estructura, por lo que exige, naturalmente, una

suma menor de esfuerzos económicos y de todo género. ¿Qué es más fácil, obtener treinta millones de pesetas que exigiría, como hemos visto, la reforma económica de la primera enseñanza, sobre los que hoy se gastan, ó distribuir de mejor manera el escaso crédito destinado á la Universidad, y aumentar en unos centenares de miles de pesetas las cantidades ridículas del material científico? Con una calculada y meditada reducción del excesivo número de profesores universitarios, acumulando cátedras y aumentando la tarea obligatoria del personal todo de la enseñanza superior, podría resolverse, así, como suena, resolverse todo el lado económico del problema universitario.

Por otra parte, ¿qué es más fácil, reorganizar todos los Institutos de segunda enseñanza, ó reorganizar *diez* Universidades? Y si pasamos á la cuestión capital, lo mismo en las Escuelas, que en los Institutos, que en las Universidades, esto es, á la cuestión de la *formación del personal nuevo y mejoramiento del existente*, ¿qué exige mayores esfuerzos, formar miles de maestros y mejorar otros miles, ó bien formar y mejorar el numerosísimo personal de la segunda enseñanza, ó formar y mejorar el personal universitario, convenientemente reducido, acaso á la mitad del que hoy existe?

Realmente, el problema universitario es el menos difícil de acometer de los problemas que entraña la obra patriótica de crear una educación nacional; por lo menos, es aquel en que es más fácil señalar una orientación fecunda á la política pedagógica, determinar los derroteros que inmediatamente debería seguir y fijar los apoyos indispensables en que tendría que descansar, para que no resultase toda la labor estéril é inútil.

¿Será imposible—¡á tal punto llegará nuestra desgracia!—tropezar alguna vez con un hombre político, de acción, que rompiendo con toda rutina, se deje de *planear* en la *Gaceta*, y empiece por edificar en vivo la Universidad, enviando al extranjero, sin reparar en el gasto, unos cuantos profesores ac-

tuales para que se enteren de lo que por esos mundos hacen las Universidades como escuelas de la juventud y como centros de cultura social? ¿Será cosa tan difícil encontrar un hombre político que se haga cargo de esto tan sólo: que el maestro es preciso hacerlo, y que el que quiera profesorado tiene que formarlo, y una vez convencido de esta especie de *perogrullada*, se decida á obrar en consecuencia, es decir, á *crear* la escuela del futuro profesorado universitario? Y cuenta que la cosa no es tan difícil de intentar; bastaría para iniciarla tener energías suficientes para reorganizar los actuales doctores de las Facultades, *llevando á ellos lo mejor* de lo que tenemos dentro y fuera de la Universidad, y proporcionándoles luego todos los elementos necesarios. Más aún: si para ciertas enseñanzas no tuviéramos aquí especialistas verdaderos, una de dos, ó prescindir de tales enseñanzas, ó buscar el especialista en el extranjero.

En rigor, reducida al *mínimum* la reforma universitaria que una política pedagógica debería acometer, podría su iniciativa limitarse á esa transformación del personal docente. Claro es que no es esto todo el problema universitario: queda aún mucho que hacer para cambiar el aspecto burocrático y rutinario de nuestra enseñanza superior; el régimen de los exámenes, el aumento del material científico, la autonomía universitaria en la esfera económica y en la dirección científica, la transformación radical del personal directivo del Ministerio, etc., etc.; pero todo esto es, en mi concepto, secundario al lado de la cuestión señalada en primer término y relativa á la *mejora del personal docente actual y á la formación del personal nuevo*.

Por de contado, todo cuanto se hiciese en el desarrollo de una política pedagógica universitaria, tendría un éxito muy poco lisonjero si no se contase con la simpatía y apoyo de las Universidades mismas: no cabe aquí acentuar separaciones que jamás debieron existir. La política pedagógica exige un impulso vigoroso en quien la dirige; pero el director no puede menos de contar con el apoyo de las Universidades: es obliga-



ción del que la inicia el contar con ellas; pero aún es mayor la obligación que las Universidades tienen de hacerse las indispensables en todo intento serio de renovación educativa de la enseñanza superior. ¡Qué más! Si las Universidades tuvieran en las filas de su personal activo un número suficiente de gentes entusiastas y penetradas del deber social que la Universidad tiene, si las Universidades se hicieran presentes en todos los momentos, si se las viera trabajar con alma y vida, procurando romper con la rutina y deshacer los moldes estrechos de su tipo burocrático y mezquino, ¿quién se atrevería á tocar en la enseñanza superior, quién iniciaría una política pedagógica á espaldas de la Universidad?

Realmente, cuando los profesores nos atrevemos á levantar la voz y á quejarnos del abandono del Estado, de la escasez de medios con que contamos, del poco empeño que los gobernantes ponen en mejorar la condición de la Universidad, podría preguntarse:—Y ustedes, caballeros, ¿qué hacen? ¿Creen que cumplen con su deber con asistir á su cátedra diaria ó alterna, examinar en Junio y en Setiembre, leer un discurso de apertura — aunque sea bueno — formar parte alguna que otra vez de un tribunal de oposiciones, y publicar un libro de texto, por excelente y desinteresado que sea? Cumplirían á lo sumo con el reglamento; pero el reglamento es como un Código penal, y no basta eludir el Código penal para ser un ciudadano verdaderamente útil y moral en toda la extensión de la palabra. Un conjunto de profesores que cumplen con sus deberes reglamentarios, no forman una Universidad. Hagan algo, algo personal, algo que revele que ponen el alma en su profesión; convénczannos de que han intentado alguna obra trascendental, y que ésta ha fracasado por causa del Estado, y entonces hablaremos; mientras tanto, las fuerzas que gastan en quejarse, mejor las emplearían en hacer algo positivo, en reformarse á sí propios, obra ésta que no puede acometerse de real orden, ni mediante decisiones solemnes del Poder legislativo. ¿Necesitan ustedes, v. gr., que

un reglamento les diga que conviene educar al alumno en el trabajo personal, para crear por propia y desinteresada iniciativa seminarios ó escuelas prácticas en el tipo de las alemanas? Ciertamente, cuando un profesor tiene en su cátedra ciento o más alumnos, no puede convertirla en laboratorio verdadero; pero ¿es imposible escoger entre esos centenares de jóvenes una docena de alumnos verdaderamente entusiastas, y reunirse con ellos una vez á la semana para hablar de los problemas científicos que interesen? ¿Es necesario que el Ministro decreta que los claustros deben preocuparse con las cuestiones de la enseñanza, para que sus miembros las estudien y se comuniquen sus ideas é impresiones, y traten de llevar á la práctica procedimientos educativos nuevos, ó experimentados en otros países? Desde luego admitimos que el profesorado está mal retribuído; sus sueldos son demasiado miserables comparados con los que disfrutaban otros funcionarios del Estado de análoga categoría; pero el país es pobre, y para legitimar hoy una mejora en la condición económica del profesorado, es preciso demostrar prácticamente que se merece; hay que trabajar mucho, pero mucho más de lo que se trabaja. Sin duda son irrisorias las consignaciones de material científico; pero aun con las que hay, se puede hacer algo, enseñar algo, lo mismo en los estudios experimentales que en los puramente doctrinales y literarios. Y ¿á qué esperar que un Ministro bien aconsejado recuerde el deber — ¡un deber *moral* si queréis! — que la Universidad tiene de difundir y vulgarizar la ciencia? Para trabajar con ahinco y con fe en la Extensión universitaria, ¿será preciso esperar que se declare el servicio como mérito especial en la carrera, v. gr., para obtener una cátedra en Madrid ó cualquiera de esas «canongías» que llaman categorías honoríficas de ascenso ó de término?....

Pero no digo más. Con lo expuesto basta para que el lector atento pueda ver de qué manera comprendemos el complejo *problema universitario*.

ADOLFO POSADA.

# VIAJE DE LA EMBAJADA ESPAÑOLA

## Á LA CORTE DEL SULTÁN DE MARRUECOS

---

Durante el tiempo que desempeñé las funciones de Secretario de la Legación de S. M. Católica en Tánger, acaricié la idea de acompañar alguna misión que visitase el interior de la Mauritania y la corte suntuosa y fantástica de los Emperadores de Marruecos, Sultanes de Fez, Tarudant y Tafílete. Comprendía la conveniencia de realizar un acto que acrecentara nuestro prestigio cerca de la nación vecina; y ya que nuestros recientes desastres habían demorado indefinidamente su ejecución, esperaba que una vez terminados tan desgraciados asuntos, se verificaría el proyectado viaje. En efecto, todo se hallaba dispuesto; los regalos que los monarcas españoles ofrecerían, según antigua costumbre, al descendiente del Profeta, se encontraban depositados en la Legación de España en Tánger, el personal se hallaba nombrado y sólo faltaba la orden de partir.

Las medidas económicas dictadas el año pasado por el Gobierno, modificaron las plantillas del Cuerpo diplomático, y el puesto de tercer Secretario en la Legación de Tánger fue suprimido. No he de discutir la justicia de esta medida, que me dejó en situación de excedente, perjudicándome bastante; y ya que no fui de los afortunados que pudieron evitar el rigor de semejante disposición, sólo me queda la satisfacción de haber sido sacrificado en beneficio del Erario público.

Dejé á Tánger con gran sentimiento. Aquel país me encantaba, interesándome sobremanera, y hubiera deseado poderlo estudiar por completo; pero desgraciadamente razones que á nadie, sino á mí, interesan, me obligaban á regresar á España. No obstante, me prometía volver á Marruecos en cuanto me fuera posible; así que apenas recibí una cariñosa y galante invitación de mi antiguo jefe el Sr. D. Emilio de Ojeda, Ministro de España en Tánger, para que pasase en su compañía una temporada, me apresuré á ponerme en camino.

Al poco tiempo de llegar, supe que la proyectada Embajada iba á ser un hecho, y que todo se disponía para su realización en la próxima primavera. Naturalmente, mi antiguo deseo de visitar el interior de Marruecos se acrecentó, y convenientemente autorizado por mi jefe, me decidí á aprovechar la ocasión que se me presentaba, y emprendí las gestiones necesarias para obtener mi nombramiento, ofreciéndome á acompañar la misión sin sueldo ni gratificación de ninguna clase. El Sr. Ministro de Estado, atendiendo á las indicaciones del señor de Ojeda, y teniendo en cuenta que había sido el último tercer Secretario que había estado en aquella Cancillería, accedió á mi petición, y se dignó extender mi nombramiento para formar parte del personal de la Embajada.

Recibí la noticia con inmensa alegría, pues no sólo iba á realizar uno de mis mayores deseos, sino que tenía la certeza de que la misión que debía acompañar sería sumamente importante. En efecto, esta Embajada era la primera que visitaría la corte del Sultán, después de los grandes reveses sufridos, y á ella estaba encomendado aumentar nuestro prestigio y fomentar nuestras relaciones con el Imperio marroquí. Durante el siglo XIX, cuatro veces con esta han enviado los monarcas españoles sus representantes á visitar los Emperadores Magrebinos en la ciudad de Marruecos ó Marrakesh, como la denominan los árabes, una de las tres capitales del imperio de Al-Magreb. Fue la primera, la que en 1863 desempeñó el difunto Conde de Benomar, á raíz de la gloriosa guerra de Africa; si -

guiéronla en 1883 la del Sr. Diosdado, y diez años después la del ilustre general Martínez Campos, que puso término á los lamentables sucesos de Melilla.

Esta cuarta Embajada, tiene por objeto principal presentar las cartas credenciales del Ministro Plenipotenciario señor Ojeda al nuevo Sultán Muley Abdul-Azis, y al mismo tiempo reclamar el cumplimiento de algunas cláusulas del Tratado de Wad-Ras de 1860 y del Convenio de Marrakesh de 1893, aún pendientes de ejecución. Según declaración del Sr. Ministro de Estado en la Cámara de Diputados, uno de los asuntos principales sería la reclamación de los territorios para establecer pesquerías, concedidos á España en el art. 8.º del ya citado Tratado de Wad-Ras, en las cercanías de Santa Cruz de Mar Pequeña, reclamación que nunca había sido atendida, por más que se hubiera formulado repetidas veces. Sabidas son las sutilezas y argucias empleadas por la diplomacia marroquí para esquivar el cumplimiento de lo pactado, por cuya causa suponía, que dada la habilidad reconocida del Sr. Ojeda, las negociaciones deberían resultar en extremo interesantes. Unase á esto la curiosidad de un viaje tan extraño como curioso, y se comprenderá fácilmente lo satisfecho que me hallaría de formar parte de la expedición, cuyo personal era el siguiente:

El Excmo. Sr. D. Emilio de Ojeda, Ministro plenipotenciario de S. M. C. en Tánger, á quien acompañan su señora, hija é hijo D. Jaime, Agregado diplomático.

El Ilmo. Padre Fray Pascual Cervera, Prefecto apostólico de Marruecos y Prior de la Misión Franciscana de Tánger, y Fray Domingo García, lego de la misma Orden.

El Teniente córonel de Estado Mayor D. Eduardo Alvarez Ardanoy, jefe de la misión topográfica española en Marruecos, y los Sres. D. Francisco Javier Ayensa, capitán, y don Manuel Benítez, teniente del Cuerpo de Artillería, encargados de entregar al Sultán las armas, construídas en las fábricas nacionales de Toledo y Oviedo, que le regala S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

D. Alfonso Cerdeyra, Médico naval, Agregado á la expedición.

El primer intérprete D. Manuel Saavedra y el joven de lenguas D. Reginaldo Ruiz; sin contar el que estas líneas suscribe, Secretario de Embajada.

Hay que añadir á la lista, un maestro y un tirador de la fábrica de armas de Oviedo, que deberán practicar las pruebas de las carabinas y fusiles Maüsser, modelo español, ante Su Majestad Sheriffiana, y los numerosos criados que hacen falta para desempeñar las funciones que exige la vida civilizada durante un viaje tan largo como pesado.

Desde que supe que debía formar parte de la Embajada pensé tomar apuntes y notas del viaje, y así lo hice, lisa y llanamente, sin pretender escribir ni una descripción del Imperio marroquí, ni una guía del viajero, ni un estudio político y sociológico, sino un simple diario en que he ido anotando, *cálamo corriente*, mis impresiones y el resultado de mis estudios en un país tan extraño como desconocido, tan interesante como curioso, en el extremo Occidente de los orientales, en el *Magreb-el-Aksa*.

## I

### DE TÁNGER Á MAZAGÁN

*Campamento de Mazagán 15 y 16 de Abril de 1900.*

Las campanas de la iglesia de la misión franciscana tocaban á gloria. Era el Sábado Santo, 14 de Abril del año de gracia de 1900, y en semejante día, una vez vencidos los obstáculos que la inclemencia del tiempo había suscitado, y cumplidos nuestros deberes de cristianos, debíamos embarcar á bordo del hermoso buque de guerra *Carlos V* para emprender nuestra expedición y visitar en nombre de España al Emperador de Marruecos. El poderoso crucero nos aguardaba hacía

ya varios días en la bahía de Tánger; casi durante una semana vimos ondear el pabellón nacional, y aunque todos deseábamos comenzar el viaje cuanto antes, el mal tiempo reinante, que hacía sumamente peligrosa la navegación por la temible costa Oeste de Marruecos, y las grandes festividades de la Semana Mayor, nos habían detenido. Grande fue, pues, nuestra alegría cuando al levantarnos el Sábado de Gloria pudimos apreciar que reinaba un fuerte viento de Levante que, si bien dificultaría nuestro embarque, apenas hubiéramos doblado el Cabo Espartel y salido del estrecho de Gibraltar nos aseguraba una excelente travesía. Dispúsose al momento nuestra marcha, y como la mayor parte de la impedimenta se hallaba ya á bordo, no hubo más que dividir en grupos el numeroso personal de la Embajada y la servidumbre, lo mismo mora que cristiana, que debía acompañarnos, para que fueran embarcando paulatinamente.

Según costumbre establecida, todo el personal diplomático residente en Tánger bajó al muelle á despedir al Enviado de España. Yo, soñando con el momento de emprender un viaje por mí tan deseado, me había embarcado un poco antes. y desde la cubierta del *Carlos V*, armado de unos buenos gemelos, presenciaba la cordial despedida que nuestros colegas Representantes de las distintas Potencias de Europa, acreditados cerca de S. M. Sheriffiana, la colonia española y las autoridades marroquíes, dispensaban al Ministro plenipotenciario de S. M. Católica. Una lancha ostentando la bandera española se separó del muelle, y comenzaron los saludos de ordenanza. El fuerte de Tánger disparó sus cañones, siendo contestado por los disparos del *Carlos V* y del cañonero *Pinzón*, anclado entonces en la bahía. El momento era solemne y verdaderamente grandioso; en él comenzaba un viaje de alta significación política, que á raíz de las degracias que habían caído sobre nuestra querida patria podría muy bien señalar el comienzo de una era de prosperidad, y hasta quién sabe si de engrandecimiento.

A la una en punto zarpaba el *Carlos V* de la bahía de Tánger. La ciudad, que tan pintoresco aspecto presenta desde el mar, fue alejándose poco á poco. Desde la cubierta presenciábamos el espléndido espectáculo. Aquellas casas blancas como la nieve, rodeadas de un círculo de suaves montañas, cobijadas por un cielo purísimo, encerradas en un paisaje radiante de luz y de alegría; que se extienden sobre pintorescas colinas que se deslizan hasta el mar, como pretendiendo sus caricias, y sobre las cuales se alzan algunas palmeras esbeltas y elegantes, las torres de las mezquitas cubiertas de mosaicos verdes, y dominándolo todo la *Kasba*, rodeada de sus murallas almenadas, forman un conjunto que encanta y fascina. Es la impresión soñada de Oriente. Es la realización de algo que conocíamos y deseábamos de antemano por habérselo imaginado en esos momentos de entusiasmo en que, dando rienda suelta á nuestra fantasía, la dejamos correr y vagar á su antojo. El buque parece acercarse por un momento á la costa española, y con una sola mirada abrazamos la extensa zona que se extiende desde Gibraltar hasta el Cabo de Trafalgar, que allá muy lejos se oculta entre las brumas. Pronto cambiamos de rumbo, y nos dirigimos francamente hacia el Sudoeste. El tiempo es hermosísimo, y desde la cubierta del poderoso acorazado vemos desaparecer lentamente la colina del Marshan con sus preciosos hotelitos, el monte con sus huertas de vegetación espléndida, y más allá el faro del Cabo Espartel, erguido sobre el Atlántico y desafiando la inmensidad.

Marchamos hacia lo desconocido, volvemos la espalda á la vieja Europa, y vamos en busca de civilizaciones extrañas, de mundos casi ignorados. ¡*Marrakesh!* Mi fantasía excitada por esta palabra, empieza á soñar. Dicho nombre despierta en mí vagos ensueños de poesía romántica, y los patios de la Alhambra y los jardines del Generalife, los gallardos héroes musulmes y las huríes del profeta, los misterios del harem y las luchas de los guerreros, las venganzas terribles y misteriosas, los dramas sangrientos, los artificios políticos, las sutilezas



del ingenio, en una palabra, todos los recuerdos de la historia y de la leyenda se presentan á mi memoria confusamente, prometiéndome un mundo de emociones nuevas y extraordinarias.

La costa, de la que no nos hemos alejado mucho, una vez pasado el cabo Espartel, se muestra abrupta, salvaje y deshabitada. El continente misterioso realiza su objetivo. No deja vislumbrar nada de lo que encierra. A la caída de la tarde, ya bien entrado el crepúsculo, pudimos divisar un momento las luces de Larache, el *huerto de los placeres* de los árabes, el *jardín de las hespérides* de los antiguos, pero la visión lejana y confusa se pierde en las sombras de la noche. Pronto la luna llena lo inunda todo de luz clarísima, el mar está tranquilo, y el barco, caminando rápidamente, se desliza por el Atlántico dejando tras él una estela de plata. Gozamos de una noche deliciosa, y todos nos atardamos sobre cubierta con la imaginación llena de ilusiones y de proyectos, el corazón henchido de esperanza, y soñando con que un viaje comenzado bajo tan buenos auspicios, termine favorablemente por todos conceptos.

Al levantarnos la mañana siguiente, nos encontramos frente á Mazagán, la antigua posesión portuguesa de *Castello Reale*, fundada en 1506, durante el reinado del famoso Don Manuel, desde donde debíamos emprender la marcha hacia el interior. Como sucede en toda la costa Oeste de Marruecos, la rada de Mazagán no ofrece ningún amparo para los buques, y sí grandes dificultades para el desembarco. Por el primer motivo, el *Carlos V* hubo de permanecer á respetable distancia de tierra, y el segundo, nos obligó á esperar la hora de la *pleamar* para que nos fuera posible abordar sin dificultad al muelle de la primitiva plaza fuerte lusitana. Desde el buque veíamos perfectamente el campamento enviado por Su Majestad Sheriffiana para servirnos de hospedería durante las jornadas del viaje. Se levantaba en una playa vecina á la ciudad, y presentaba un aspecto en extremo pintoresco.

En tanto llegaba la hora oportuna para desembarcar, y á fin de celebrar dignamente la solemnidad del día, domingo de Pascua de Resurrección, oímos misa en la capilla del buque. La ceremonia, tan sencilla, resultó imponente y majestuosa, conmoviéndonos profundamente el momento en que el sacerdote elevó el Cuerpo sagrado del Redentor, allí en medio de la inmensidad del Océano; y ante su presencia augusta, las tropas presentaron armas, las trompetas y tambores tocaron el himno nacional, y todos nos postramos impetrando del Todopoderoso el éxito de nuestra misión para honra y gloria de la madre patria.

Sobre medio día comenzaron las lanchas y barcazas á transportar á tierra la formidable impedimenta que nos acompañaba, y cerca de las dos de la tarde arribaban al muelle las canoas que nos conducían. Esperaban á la Embajada las Autoridades marroquíes, el *Basha* (Gobernador) de Mazagán; el *Kaid er Rha*, jefe de la escolta que debía acompañarnos; el *Amin*; el Cónsul de España, señor Cabanilles, los notables de la colonia, y el pueblo en masa, que había acudido á presenciar nuestra llegada, que resultó en extremo interesante. La visión fantástica comenzaba, y su primer cuadro era una maravilla de luz, de animación y colorido. A las salvas del *Carlos V*, respondían los cañones del fuerte de Mazagán haciendo los disparos de ordenanza, mientras que el enviado de España, rodeado de su acompañamiento, ingresaba en la ciudad, por medio de las tropas imperiales, que presentaban armas, y de una muchedumbre que saludaba con entusiasmo frenético. Los soldados del Sultán, vestidos de rojo y armados con fusiles de todos tiempos y sistemas, maniobraban con sin igual descuido y dejadez, los soldados sherifianos se movían con bastante desigualdad, y todos tenían un aspecto de marcado aburrimiento. Indudablemente, la disciplina no se ha hecho para ellos, acostumbrados á vagar libremente por el Imperio, y á batirse á su antojo y capricho sin esperar órdenes de nadie.

La comitiva llegó á la casa ocupada por el Consulado de España, y en tanto el Embajador recibía á los numerosos españoles residentes en Mazagán que ansiaban saludarle, yo me dirigía á visitar la ciudad, que á decir verdad bien poco tiene de morisca, habiendo sido fundada á principios del siglo XVI por el Almirante D. Manuel Jorge de Mello, noble magnate portugués, á once kilómetros al Oeste de Azimur, y en el lugar de la torre de *Xeij Alboreja*, á la sazón abandonada. En poco tiempo, los portugueses crearon en aquel lugar una plaza fuerte, inexpugnable para la época, construyendo al efecto un soberbio cuadrilátero de murallas almenadas, en cada uno de cuyos ángulos se levantaba una fuerte torre, y al que rodeaba un foso que fácilmente podían inundar las aguas del mar, convirtiendo la fortaleza en una especie de islote. Todas estas obras se mantienen hoy día perfectamente, distinguiéndose en el fuerte central, al Este, la vieja torre de *Alboreja*, y en los otros puntos cardinales, las llamadas *Segonha*, *Cadea*, y *Rebate*. Esta última domina las campiñas en una extensión de veinticinco kilómetros, y servía de atalaya, desde la cual, un vigia señalaba los movimientos de los árabes que pretendieran atacar por tierra la ciudad. Fue el primer Gobernador de la plaza el propio hijo del fundador, D. Martín Alfonso de Mello, á quien el Rey entregó el mando de cien infantes y de veinticinco jinetes.

No hemos de extendernos en relatar la historia por demás curiosa de Mazagán, que el estudioso podrá hallar fácilmente en numerosos trabajos eruditos (1). Bástenos decir que de allí partió en 1513 el infante Don Jaime de Braganza para conquistar á Azimur, y que al volver triunfante á Lisboa habló al Rey Don Manuel con tanto entusiasmo de las grandes condiciones de la fortaleza, que el soberano envió inmediatamente

---

(1) Vide entre ellos: Luis María de Couto de Alburquerque: *Memorias para à historia da praça de Mazagao*, Lisboa, 1864, y *Discurso da Jornada de D. Gonzalo Coutinho*, ambos libros muy interesantes.

á Juan del Castillo, con la comisión de edificar la ciudad, concediéndole al mismo efecto los obreros y materiales que hubiera de menester, cien piezas de artillería y hasta dos morteros que se colocaron en los baluartes de *San Antonio* y del *Serráo*. Con todo esto Mazagán llegó á adquirir bastante importancia, tanto que el número de sus habitantes pasaba de cuatro mil y el régimen de la ciudad nada dejaba que desear. Representaba al monarca portugués un Gobernador, á quien los sultanes *Magrebinos* llamaban *Alcaide de Alboreja*. Desde los primeros tiempos se confió la educación literaria y religiosa á los frailes Franciscanos, y la munificencia real costeaba dos profesores encargados de las primeras letras y de la música, con el fin de completar la instrucción de los moradores de la nueva ciudad. La noticia concerniente á los profesores de música tiene gran interés, y sería muy conveniente para aclarar la historia de la música portuguesa, tan íntimamente ligada á la historia de la música española, llegar á conocer los nombres de aquellos ignorados maestros que en los primeros años de la décimasexta centuria difundieron las enseñanzas del divino arte en aquel lejano rincón de Africa.

Por aquellos tiempos imperaba en Marruecos el Sultán Muley Abdallah, hombre de gran energía, que celoso de la preponderancia que los portugueses adquirirían en las costas de sus dominios, se propuso conquistar á Mazagán, la plaza más fuerte ocupada por el enemigo. Al efecto, preparó un formidable ejército, cuyo mando fue confiado á su propio hijo Muley Mohammed el Negro, uno de los príncipes que perecieron en la famosa batalla de Alcázar Quebir, luchando al lado del desgraciado Don Sebastián, contra su tío el Moluco. En los primeros meses de 1562 Mazagán sufrió un sitio que resistió valerosamente, consiguiendo la pequeña guarnición portuguesa que allí se hallaba que los sitiadores se retirasen vencidos y maltrechos. Después del desastre de Alcázar Quebir, al ser proclamado Rey de Portugal nuestro gran Felipe II, la ciudad marroquí pasó á ser del dominio de España. Creyendo

el Sultán que las cosas habían cambiado y que Mazagán jamás sería suya por la fuerza de las armas, propuso al ilustre monarca español cangeársela por la plaza de Larache. Pero las negociaciones no dieron ningún resultado y el cambio no llegó á efectuarse. Durante la dominación española, Mazagán sufrió un nuevo asalto de sus constantes enemigos, y quizás hubiera caído en poder de los musulmanes si la esposa del Gobernador Don Blas Téllez de Meneses, Doña Catalina de Caro, verdadera heroína, no hubiese mandado armar á las mujeres, y vestidas de soldados, repartirlas por la muralla para que acudiesen en auxilio de los diezmados defensores. Tan inauditos esfuerzos hallaron su conveniente recompensa, y los moros se vieron precisados á levantar el sitio y á retirarse después de haber sufrido grandes pérdidas.

En 1663 reconoció España la independendencia de Portugal, volviendo Mazagán al poder de sus fundadores, que gozaron pacíficamente de su posesión durante más de un siglo. Pero al fin, al terminar el año de 1768 el Sultán Muley Mohammed, al frente de un ejército de 100.000 hombres, puso cerco á la ciudad. Las escasas fuerzas que guarnecían la fortaleza, dirigidas por su Gobernador D. Dionisio Gregorio de Mello y Castro, se defendieron con denuedo, esperando un pronto y eficaz auxilio. Mas el Gobierno portugués pensaba de distinto modo. El Rey D. José I, aconsejado por su famoso Ministro el Marqués de Pombal, ordenó que se embarcasen todos los moradores de Mazagán y que se entregase la plaza, lo que se ejecutó en Mayo de 1769, terminando con la rendición de esta fortaleza el poderío portugués en el imperio de Marruecos.

Los desgraciados habitantes de Mazagán antes de retirarse destruyeron las iglesias que en la ciudad había, que, según cuentan los historiadores, eran numerosas; quemaron sus bienes muebles, y minaron los baluartes de la fortaleza. Al llegar á Lisboa fueron muy mal acogidos por el Gobierno, y tan mal tratados, que muchos perecieron en los almacenes del convento de los Jerónimos de Belem, donde fueron alojados, y

los pocos que sobrellevaron tan duras pruebas emigraron al Brasil, donde fundaron una colonia que llamaron *Villa Nova de Mazagao*, en recuerdo de la ciudad que perdieron.

Muley Mohammed, al entrar en la plaza conquistada, no halló, á excepción hecha de la fortaleza y de las murallas, más que un montón de ruinas, por lo que mandó reedificarla nuevamente. A esta causa debe Mazagán el nombre de *Yedi-da*—la nueva—con que la designan los árabes.

Recordábamos todos estos episodios mientras recorriamos las murallas antiguas, que se conservan en bastante buen estado, y que son, sin género alguno de duda, las mejores y más fuertes de las obras de defensa que existen en el Imperio. En ellas tienen los árabes bastantes cañones, entre los que se encuentran todavía algunas culebrinas que ostentan las armas lusitanas. Pueden verse también, al transitar por las calles de la ciudad, ciertos restos de edificios que se remontan á los primitivos fundadores, como algunas fachadas de iglesias y capillas. En uno de los baluartes que dan al mar se levanta un curioso edificio, especie de pequeño palacio, al que generalmente llaman la *Inquisición*, sin que se pueda comprender el origen ó fundamento de semejante aserto, puesto que ninguno de los autores que tan minuciosamente han escrito acerca de Mazagán, y sabido es que han sido numerosos, suministra el menor indicio que pueda hacer creer que esta construcción perteneciera nunca al Santo Oficio; lo más verosímil es que semejante edificio, de forma elegante y sencilla y con sus pretensiones arquitectónicas, sirviera de residencia al Gobernador de la plaza ó al Alcaide de la fortaleza.

En el presente, Mazagán tiene unos 4.000 habitantes próximamente, esto sin contar los árabes que viven en los aduares inmediatos. Su clima es apacible y templado, y bajo el punto de vista comercial, es uno de los puntos más importantes de la costa. Si el Sultán permitiese la exportación de ciertos productos, y más especialmente del grano, adquiriría aún mayor incremento, pues sería la salida natural de las

inmensas riquezas agrícolas de la fertilísima provincia de *Dukala*, á ella colindante. Gracias á la munificencia del Gobierno español, existe en Mazagán una preciosa iglesia católica, recientemente construída, confiada á la guarda de los misioneros franciscanos.

Habíamos oído hablar mucho de la grandiosa cisterna que los portugueses construyeron para abastecer de agua á su famosa plaza fuerte. Según se cuenta, esta construcción, que ocupa el espacio comprendido entre las cuatro torres de la fortaleza, consta de seis arcos de siete metros de anchura en cada uno de sus cuatro lados, pudiéndose pasear en ella embarcado como por un amplio estanque. No pudimos comprobar la veracidad de semejante descripción, pues lo único que hoy puede verse de la cisterna en cuestión es el brocal, que se encuentra cuidadosamente tapado. Lo mismo ocurre con la escalera que conducía al interior. La incuria de los cristianos, que de esto no podemos culpar á los moros, ha permitido que aquéllo, que había de ser tan beneficioso para la población en un país donde tan precioso elemento de vida como es el agua escasea tanto, dejando de llover casi la mitad del año, se convierta en un sumidero de inmundicia, que es un verdadero foco de infección.

El aspecto general de la ciudad es poco interesante, pues siendo de construcción reciente y europeo su origen, tiene escaso carácter oriental. Las casas están edificadas conforme á nuestros usos y costumbres, con ventanas y balcones; las calles son regulares, y únicamente en el *soko* ó mercado y en los *duares* de los alrededores se encuentra algún color local. En el *soko*, situado fuera de las puertas del recinto amurallado, nos detenemos largo rato para contemplar el animado cuadro que presenta. La hora de las transacciones comerciales ha pasado, y los indígenas allí congregados forman corros, escuchando á los poetas ambulantes narrarles historias maravillosas ó admirando los trabajos de los volatineros. En el centro de uno de aquellos grupos, dos muchachotes altos

esbeltos, musculosos y de tez cobriza, se entregan á la esgrima de palo, y es de ver la agilidad con que se mueven, describiendo círculos y eses, irguiéndose y agachándose, dando quiebros con sin igual soltura, estirándose, encogiéndose, acurrucándose, rebulléndose, moviéndose en todas direcciones, ya en el suelo, ya en el aire, y atizándose, enmedio de tanto lujo de gestos, fuertes palos, que provocaban la alegría de la concurrencia. Más bien que seres humanos parecían demonos: tal era la flexibilidad de sus cuerpos y la viveza de sus movimientos.

Una hora basta y sobra para visitar todo Mazagán; así que, cuando regresamos al Consulado de España, nos encontramos con que aún no había terminado la recepción de la colonia española, que, como sucede en todas las ciudades del Imperio del Magreb, es la más numerosa de las extranjeras que en él residen, habiendo conseguido con esto que en casi todo Marruecos se hable el castellano, y que sean muchos los árabes, moros y hebreos, que conozcan algunas palabras, por lo menos, del idioma de Cervantes. Una vez que hubimos descansado, nos dirigimos al campamento que nos había enviado el Sultán, y en el que debemos habitar los días que dure nuestro viaje hacia la capital. Ha sido levantado en la playa, como á una milla de distancia de la ciudad, y lo componen ocho tiendas de forma circular ó elíptica, de lona blanca, ornamentada con dibujos azules.

Nuestras nuevas habitaciones son anchas, espaciosas y cómodas en lo posible. A ellas añadimos tres tiendas de las enviadas por el Gobierno español, destinadas á residencia de las señoras, á comedor y cocina. El campamento queda constituido definitivamente, formando un cuadrilátero, tres de cuyos lados ocupan las tiendas. En el fondo el comedor, y á cierta distancia, tras él, la cocina; después, en dos líneas paralelas, cuatro tiendas á cada lado, quedando la cuarta línea desocupada. El mismo orden se seguirá durante todas las jornadas. La tienda destinada al Embajador tiene en su remate una



bola de cobre, señal de mando; su interior está forrado de paño rojo, y ante ella se levanta un mástil, en el que tremola la bandera española.

Mientras se organiza todo esto, y cada uno toma posesión del domicilio que le ha sido designado, pasan largas horas. La instalación es difícil y pesada, pues hay que desembalar innumerables chirimbolos para amueblar las residencias y tener una cama en que dormir y reposar. Atender á semejante número de personas es tarea por demás difícil y complicada; pero con buena voluntad se vencen todas las dificultades, y, aunque ya bien entrada la noche, al fin nos reunimos para comer, y poco después cada cual se retira á su tienda. Todos hemos ganado el derecho de descansar. La *Hostería del aire libre*, el *Hotel de la luna*, nombres que damos al campamento, ha quedado establecido y funciona á las mil maravillas. En el día de mañana se acabará de arreglar lo todo, para que inmediatamente podamos comenzar el viaje.

La noche se pasa admirablemente, y por más que las camas de campaña resultan un tanto duras y estrechas, no nos percatamos de ello, y nos despertamos alegres y dispuestos á todo. Aunque los alrededores de Mazagán ofrecen excursiones interesantes, como *Azimur*, ciudad árabe sumamente pintoresca, construída en la desembocadura del río Morbea y rodeada de jardines, que la embellecen sobremanera; y las ruinas de Tit, Tait ó Tayel, antiquísima población, cuya fundación se atribuye al emperador Tito, no faltando quien pretenda que fuera el cartaginés Hannon; son tantos y tan variados los detalles que tenemos que ultimar, que es punto menos que imposible alejarse del campamento.

Vecino al nuestro, se levanta el que ocupan las tropas enviadas por el Sultán para escoltarnos durante el viaje. Manda dichas fuerzas un *Kaid er Rha*, especie de coronel, hombre sumamente simpático y agradable. Un poco más allá se encuentra acampada la numerosa servidumbre, compuesta de mozos de caballos y mulas, camelleros encargados de las tien-

das y demás. Habrá en todo unos ochenta ó cien hombres. Aumentan la animación del espectáculo veinticinco ó treinta caballos, sesenta ó setenta mulas y otros tantos camellos, animales que han de transportar el personal de la Embajada, suservidumbre y la formidable impedimenta que componen nuestros equipajes y los regalos destinados á S. M. Sheriffiana, á la capital marroquí.

El día se pasa rápidamente probando los caballos que hemos de montar, animales que no se distinguen por su belleza y bizarría; distribuyendo en cargas proporcionales los infinitos bultos y cajones que nos acompañan, é instalándonos lo mejor posible. Con tantas ocupaciones se viene la noche tranquilamente encima, y como la partida ha sido fijada para la madrugada próxima, todos ansiamos descansar y nos recogemos temprano.

## II

### DIARIO DEL VIAJE

*17 de Abril de 1900.—Campamento de El Kel-Lali.*

Por más que se había decidido salir de madrugada de Mazagán, y aunque á las cuatro se tocó diana y poco después todo el mundo se hallaba dispuesto, fue imposible emprender la marcha antes de las ocho de la mañana; tales dificultades surgieron y hubo que vencer para organizar el régimen de una caravana tan numerosa y heterogénea, seguida de una impedimenta formidable, cerca de cien cajones de todos tamaños y dimensiones. Preciso es confesar que en los primeros momentos reinó una confusión soberana, aumentada por las continuas idas y venidas de los árabes de la escolta, que gritando desaforadamente y gesticulando con exceso acudían á todas partes sin llevar á cabo ninguna de las comisiones que se les

encargaban. Inútil resultaba ordenarles terminantemente que cargasen esto ó aquello, no hacían caso ninguno; llegaban al lugar indicado, donde se hallaba dispuesto el cargamento, contemplaban breves momentos los bultos, hablaban entre sí con acaloramiento, chillaban y gesticulaban como enérgimos, y cuando después de haber ejercitado luengamente la paciencia esperaba uno que al fin y al cabo iba á ver realizado su objeto, los hijos de Mahoma se alejaban tranquilamente para repetir la misma escena algunos pasos más allá.

Sólo á fuerza de constancia y paciencia se consiguió que todo entrase en caja. Poco á poco fueron batiendo tiendas, los camellos avanzaron con sus cargas, y les siguieron las mulas que llevaban los equipajes de mano. Causaban extraordinario efecto los aparatos que sostenían algunas cajas de gran tamaño y peso, como las dos que contenían el filtro y un espléndido reloj de péndulo de más de dos metros de altura, regalo destinado al Gran Visir, que se balanceaban solemnemente sostenidas por fuertes maderos cuyos extremos se hallaban suspendidos del lomo de dos poderosos camellos.

Se había decidido que la parte de impedimenta que no había de utilizarse en el camino se enviase directamente á Marrakesh, y así se hizo saber al *Kaid er Rha*, jefe de la escolta. En tanto habían acudido al campamento las autoridades de Mazagán, el Cónsul, señor Cabanilles, y su esposa, los notables de la colonia española, y algún curioso indiscreto que, armado de su correspondiente aparato fotográfico, intentó sacar varios grupos de los expedicionarios. Nuestro cocinero, que ya se había aprestado á marchar, montó en un soberbio caballo enjaezado á la morisca con paños verdes y encarnados, y queriendo sin duda dejar fijada su estampa en tan solemne instante, se dejó retratar tres ó cuatro veces. Pudimos observar que había abandonado la cocina en el preciso momento que se procedía á su embalaje, y como su presencia era allí indispensable, le hicimos volver á sus ocupaciones. Entre tanto, uno de los mozos se apoderó del animal. Grave conflicto.

El cocinero, indignado al verse arrebatado el caballo en que pretendía lucirse, protestó enérgicamente, y hubo necesidad de intervenir para zanjar la cuestión. Reintegrado en la posesión de la codiciada bestia, el cocinero, más ancho que largo, se alejó camino de Marrakesh. ¡La Magdalena lo guíe!

A las ocho en punto, conforme dije anteriormente, nos pusimos en marcha. Tocaron pífanos y tambores, sonó una corneta desentonada, el Kaid formó la escolta, y un moro sucio y mal vestido que empuñaba una lanza mohosa, de la que pendía un harapo rojo, desteñido y mugriento, que no era otra cosa sino la gloriosa y vencedora enseña de los Sultanes de Marruecos, se adelantó indicando el camino, ó, por mejor decir, el rumbo que debíamos seguir á través de las campiñas, puesto que en camino propiamente dicho era inútil pensar. Siguiéronle los *Mejaznias*, guardias árabes á caballo, que llevan como distintivo el *tarbús*, ó gorro cónico encarnado, y por armas un sable y la espingarda, envuelta en su funda, y terciada sobre la silla. Vino después el *Bashador* rodeado de su numeroso séquito, en el que se mezclaban moros y cristianos á más y mejor.

Pasamos junto á un campamento de *askaris* (infantería del Sultán), que nos hizo los honores de ordenanza, y tomamos decididamente el camino de la capital. Hasta dos leguas más allá de la ciudad nos acompañaron el Cónsul de España en Mazagán, las autoridades marroquíes, y muchos de los notables de la colonia. Se despidieron de nosotros en el caserío de *Dar-el-Abbás*, y desde aquel momento quedamos solos el personal de la expedición y su correspondiente escolta. El aspecto de la caravana era por demás variado y pintoresco. Imagínense setenta ú ochenta jinetes, ya en caballos, ya en mulas; unos vestidos con los airosos trajes moriscos y envueltos en blancos albornoces ó en azules chilabas; otros con una indumentaria más ó menos caprichosa de *turistas* extravagantes. Cascos ingleses al lado de capuchas y turbantes, paveros y boinas, uniformes militares y harapientos jaiques, hábitos

franciscanos entre vestiduras moriscas, caballos enjaezados á lo marroquí y á la inglesa; en fin, una confusión de trajes y matices imposible de describir, que formaba un cuadro maravilloso de luz y colorido.

¡Luz! Deslumbrante, cegadora, que reverbera en un cielo purísimo, en el que no se nota ni una sola nube, como amenazando dejar ciego al que pretenda penetrar sus maravillosos secretos. ¡Sol! Espléndido, brillante, abrasador, desplomando sus ardientes rayos sobre nuestras cabezas como para castigarnos de nuestra audacia al intentar penetrar en sus dominios. ¡Paisaje! Casi nulo. Ni un árbol, ni un accidente de terreno, campos de trigo peor ó mejor cultivados, hasta perderse de vista, y en lontananza algún *duar*, mancha gris y tétrica en el horizonte, y alguna *Kubba* blanqueada, sombreada por una palmera solitaria y triste. ¡Camino! Ni soñarlo. Un mal sendero trazado por el paso continuo del viajero, que describe curvas y diseños inverosímiles. Algún caserío que blanquea á lo lejos, chozas oscuras y lóbregas, mucho silencio en la inmensa llanura, mucho sol y mucha luz en el horizonte, un cielo purísimo, y sólo la caravana circulando por el largo, interminable sendero, desarrollando su enorme cola de impedimenta, y derramando á su paso la animación y la alegría por aquel paisaje *inerte*, si se me permite la palabra.

Un momento entrevemos en lontananza un pueblecito llamado *El Fhaz*, que según nos dicen, fue rico en otro tiempo. Hoy es un montón de ruinas en que sólo se ven algunas casas construídas á la morisca y una pequeña *Kubba*. Los edificios, blanqueados por completo, sólo presentan ángulos rectos, y tienen sus tejados planos en forma de terraza, según la costumbre preestablecida. Dejando á un lado este único aspecto un tanto pintoresco del paisaje, proseguimos atravesando los infinitos sembrados de trigo por la misma interminable vereda. El terreno es ondulado, aunque las elevaciones son pequeñas.

El único incidente que viene á turbar la monotonía del

viaje es el cambio de *Kaid* ó Gobernador, ceremonia que se repite innumerables veces durante la expedición, y que se reduce al cange de saludos más ó menos afectuosos entre el Representante de España y la primera autoridad del distrito. Según parece, las demostraciones de simpatía hacia el Enviado de la madre patria, son cordialísimas y altamente expresivas. Los árabes observan siempre una conducta esmerada, y es casi siempre imposible ganarles en zalamería y fineza.

Acampamos en un lugar llamado *El-Kel Lali*, por el nombre del Gobernador del distrito que en su vecindad habita, que no tiene nada de particular. Un llano inmenso, quemado por el sol, y sin más vegetación que algunas gramíneas agostadas, que suspiran por un poco de agua. Hace un calor insoportable que nos molesta en extremo, y aunque la jornada sólo ha durado dos horas y cuarenta y cinco minutos, resultamos cansados.

Por la tarde traen la *muna* ó regalo que ofrecen las kabilas en nombre del Emperador á sus huéspedes. Consiste el obsequio en comestibles de diversas clases: carneros, gallinas, huevos, dátiles, nueces, té verde, pilones de azúcar (fabricados en Bélgica) y velas (procedentes de Inglaterra), todo ello en gran abundancia. La *muna* se distribuye entre el séquito de la Embajada después que ésta ha separado lo necesario para su subsistencia. Es de ver el cuadro animado que presenta el campamento á la hora del reparto. Los soldados de la escolta y la servidumbre mora, acuden con premura, ansiosos de recoger la parte que les corresponde para pasarse la noche en alegre comilona, á costa de su poderoso y respetado señor, el descendiente del Profeta. Para ellos una Embajada es una verdadera fiesta en la que no paran un momento de comer y divertirse.

18 de Abril.—*Campamento de Sock el Arbáa.*

A las cinco de la mañana se abatieron tiendas, y á las seis menos veinte minutos, todo listo y preparado, emprendimos la

caminata. Hemos continuado por la misma interminable llanura de ayer. El camino (y daremos por brevedad este nombre que resulta sobradamente ampuloso, al mal sendero que recorreremos) no presenta ninguna particularidad. De trecho en trecho, pasamos junto á algún pozo, y hemos de tener gran cuidado para que ninguna de nuestras caballerías tropiece y caiga en una de las numerosas cavernas abiertas en el suelo, que los árabes denominan *mamóra* y utilizan para conservar el grano.

Cambiamos de Kaid y disfrutamos del espléndido espectáculo de ver correr la pólvora. Nada más bello, elegante y original que este noble y viril ejercicio, que revela toda la natural altivez y gallardía de la raza árabe. A veces corren la pólvora hasta trece jinetes de frente; otras uno solo. No he de ocultar que más de una vez admiré sinceramente, y hasta sentí envidia de no ser alguno de aquellos soberbios personajes que, caballeros en espléndidos corceles, y envueltos en los pliegues de finísimos jaiques, se alejaban un instante de la caravana para precipitarse luego, con un galope desenfrenado, sobre el costado de la comitiva, disparando al paso sus espingardas. El momento en que tan airoas figuras aparecen circundadas por el humo de la pólvora, que á veces se confunde con la gasa transparente de sus blancos albornoces, que flotan al aire, es admirable, y hace creer en una visión fantástica de caballeros apocalípticos. Todos ellos manejan sus briosos caballos con sin igual elegancia, y sus movimientos resultan de una distinción natural inimitable. Sorprende y fascina tan valiente ejercicio, propio de una raza fuerte, que derrocha sus energías en manifestaciones de gallarda gentileza y apostura.

Algunas veces, unas pobres moras de los *duares* por cuyas cercanías pasamos, siguiendo las costumbres patriarcales que aún practican, se aproximan á nosotros para ofrecernos leche, que se beben con júbilo los *fraiguía*, *ruá* y *hamala* del acompañamiento. Los primeros, gente alegre que siempre camina á la carrera y cantando alegremente, son los encargados de

las tiendas; los segundos cuidan los caballos, y los terceros se ocupan de las mulas y equipajes.

Después de cuatro horas y cuarto de jornada, levantamos el campamento en un pequeño valle, rodeado de colinas de escasa elevación, en cuyo fondo se encuentran algunas lagunas saladas. En este lugar se celebra un mercado todos los miércoles, de aquí su nombre *Sock el Arbáa*, mercado del cuarto día, pues los árabes comienzan á contar la semana desde el domingo. Dado el aislamiento en que viven los miserables habitantes de los *duares* esparcidos por el territorio del Imperio, es natural que se reúnan en parajes determinados, á donde acuden los comerciantes de las ciudades para proveerse de cuanto necesitan. Cada día de la semana se constituye el mercado en un lugar diferente, y allí se reproducen escenas características altamente interesantes.

La coincidencia de ser hoy precisamente miércoles, el día designado, la *cuarta feria* musulmana, nos permite presenciar tan curioso espectáculo. Apenas acampamos fuimos á visitar el mercado en cuestión. Reuníanse allí hasta doscientas personas, todas pobres y miserables. Había tiendas de tablajeros, herreros, perfumistas y drogueros; fraguas ambulantes y primitivas, barberos al aire libre y, para que nada faltase, curanderos y charlatanes de profesión. Hemos visto á algunos de éstos curar las insolaciones por medio de ventosas, especies de pipas de hoja de lata aplicadas á la nuca del paciente, y por cuyos conductos el oficiante aspira la sangre á manera de los vampiros de las leyendas. Sobre un hueso de camello, y con un clavo, hemos visto fabricar dientes de sierra á una hoz, que así trabajada llegaba á alcanzar el fabuloso precio de un real. En una palabra: mucha barbarie, mucha miseria y mucha suciedad.

Pretendo sacar algunas fotografías, y los circunstantes se alarman; el intérprete que me acompaña les dice que no se trata más que de un aparato para aumentar la visión, pues yo padezco gravemente de la vista. Cuando me traduce la res-



puesta que ha dado á los moros, sigo su juego y sustituyo mi *photojumelle* por unos gemelos, brindando á los que nos rodean á que miren por el aparato. Al principio no se atreven ni á acercarse, pero á poco se aproximan, y uno de ellos, muchachuelo de diez y seis ó diez y siete años, más valiente que los demás, coge decididamente el instrumento, y manteniéndolo á respetable distancia, trata de mirar á través de los conductos. Naturalmente, nada ve, y todos me contemplan con extrañeza. Entonces yo me aproximo al muchacho y le acerco los gemelos á los ojos, indicándole que dirija su mirada á la tumba de *Sidi Ben Abou*, que se divisa en lontananza, y tranquilamente regulo el tornillo graduador hasta ajustar las lentes á su vista. Cuando el pobre árabe llega á contemplar tan próximo un edificio que en realidad está muy lejos, prorrumpe en gritos de entusiasmo y comienza á hacer cabriolas como un chico. Todo el grupo que nos rodea pretende también ver, y no sé cuántas manos se adelantan pidiendo el *meraia el Hind*, el *espejo de las indias*, nombre que dan al maravilloso aparato. Gran trabajo nos cuesta separarnos de aquellos infelices, que, como niños, quieren contemplar, siquiera sea un solo instante, un espectáculo tan extraordinario y nuevo para ellos.

En las cercanías de *Sock-el-Ardáa* existen dos tumbas de santos muy venerados en Marruecos. Una situada á cierta distancia, y de la que anteriormente hablé, es una *kubba* cuadrada y cubierta por un casquete esférico, según la forma consagrada por la tradición para esta especie de santuarios. Todo el edificio está blanqueado y dedicado á *Sidi Ben Abou*, venerable morabito. La otra consiste en un pequeño circuito de piedras con cuatro remates en cada uno de sus extremos, que pretenden asemejarse á columnas toscamente labradas; en ella reposa el último sueño el ilustre *Sidi Bucknadil*. Es infinito el número de santuarios análogos que existen en el Imperio, demostrando de este modo la innumerable cantidad de santos ó de locos, que entre los musulmanes es lo mismo, que han florecido en el imperio de Al-Magreb.

A decir verdad, el calor no se ha dejado sentir mucho y hemos disfrutado de una temperatura bastante agradable. En los alrededores del campamento, y entre las piedras, hemos entrevisto bastantes escorpiones y serpientes; por la tarde oímos en lontananza los ásperos y estridentes maullidos de los chacales. No en balde estamos en África.

19 de Abril.—*Campamento de Sock-el-Telata.*

Con niebla y frío comenzamos la etapa de hoy, á la misma hora de ayer. El camino ha sido más pintoresco y variado; atravesamos las fértiles llanuras de la provincia de Dukala. Todo este territorio es riquísimo, y á mediados de Abril ya está cosechada la cebada, y el trigo completamente dorado. Si un año se obtiene el cuarenta por uno de producto, se juzga la cosecha como mala; es verdad que generalmente se alcanza un setenta y cinco por uno. Y todo esto casi, casi, sin cultivar la tierra. ¡Qué no serían estos territorios bien labrados con los progresos de la agricultura moderna! Hubo un día en que la Mauritania fue el granero de Roma, y en aquellos tiempos Roma quería decir el mundo.

La caravana se detiene un momento para tomar pequeño refrigerio junto á la casa de un protegido español, el *Hach Ismäel*, y *El Hilali Buisi*, en el sitio denominado *Bir Hilal*, y mientras tanto los maravillosos jinetes de Dukala, de las kabilas de Vlad-Bufaraix y Vlad-Bu-Sarrara, se entregan al admirable ejercicio de correr la pólvora. Como la provincia es muy rica, y hasta ahora ha sido administrada con equidad, los árabes que han salido á nuestro encuentro visten con elegancia y riqueza, y montan soberbios caballos. El espectáculo es fascinador y sorprendente. Según me dicen, el Sultán, ansioso de disminuir el poderío de esta floreciente tribu de Dukala, la ha dividido en tres Gobiernos, y los nuevos *kaides* cumplirán seguramente al pie de la letra la gráfica frase ma-

arroquí, y se comerán en nombre de su Señor, es decir, esquilmarán á los ricos propietarios de estas regiones.

Durante todo el camino los jinetes que nos rodean no paran un solo instante de correr la pólvora, y como continuamente salen á saludarnos nuevos destacamentos, llegamos al campamento rodeados de más de trescientos caballos, lujosamente enjaezados y cubiertos de mantas de infinitos colores, montados por gallardos caballeros espléndidamente ataviados, presentando el conjunto un golpe de vista maravilloso.

La jornada ha sido de cuatro horas y quince minutos.

*Sock-el-Telata*, ó sea el lugar del Mercado de los Martes, uno de los más importantes de la provincia de Dukala, donde acampamos, es una planicie en la que se encuentra un *duar* vecino á la tumba de *Sidi Ben Nur*, santuario muy venerado en el Imperio y cuya reciente reparación del interior ha costado más de ocho mil duros, según me aseguran. Lo que podemos ver del edificio nada presenta de particular, y el exterior es bien pobre y miserable: dos cuadrados unidos, uno mayor que otro, y ambos construídos de ladrillos. El primero, que es el más grande, sirve de pórtico al segundo, que constituye el verdadero lugar consagrado; viene á ser una especie de patio rodeado de columnas (según podemos vislumbrar desde la puerta). El cuadrado posterior está cubierto de tejas ordinarias, y entre ellas anidan innumerables *cernicalos* y otras aves de rapiña. Damos la vuelta á la construcción, que contra la costumbre moruna no está blanqueada, conservando el color rojizo del ladrillo, y por una de las ventanas, por la cual penetra indiscretamente un rayo del sol poniente, entre vemos deliciosos alicatados é inscripciones arábigas, pero la visión dura un solo instante, pues el rubicundo astro del día, avergonzado sin duda por la indiscrección cometida, se oculta modestamente tras una nube.

Al regresar al campamento atravesamos el *duar* que rodea la tumba de *Sidi Ben Nur*. No puede imaginarse nada más miserable que aquellas viviendas, verdaderos tugurios lóbregos

y tristes, construídas en forma de tienda de campaña, que hasta en esto se dejan sentir las costumbres de la vida nómal tan querida de los árabes, con pelo de camello, paja y cañas comunes. Estas chozas, de color pardo obscuro, están rodeadas de un círculo, especie de parapeto de defensa en que se recogen los animales domésticos, construído de espinos secos de un tono gris cenizoso que les da un aspecto sumamente tétrico. De esta forma circular adoptada para sus edificaciones proviene el nombre de *Duar*, que precisamente quiere decir círculo. Los habitantes de aquella pobrísima aldea se acercan á nosotros con demostraciones de simpatía. No son huraños, ni ariscos; nos consideran como cosas raras y nada más. Vienen en demanda del *tebib*, el médico, pues ya saben que ningún *Bashador* viaja sin el suyo. Puedo observar que las mujeres, casi todas feas y envejecidas por la mala vida y las duras faenas á que se dedican, tienen la cara revestida de una capa de pintura negruzca, que las hace horrorosas, debida á cierta yerba llamada *argazul* que utilizan para librarse de las quemaduras del sol africano.

Los hombres, y entre ellos dos ancianos venerables, se aproximan á nuestro grupo, y con sin igual desfachatez se quejan de que *tienen frío* y reclaman los auxilios de la ciencia médica para recobrar el vigor y fortaleza de la juventud gastada. Nuestro doctor les escucha atento y se abstiene de contestarles, no queriendo sin duda alguna prejuzgar de los designios de Allah y anticipar á aquellos buenos musulmanes los goces del paraíso de Mahoma. Juzgarán seguramente muy mal de la ciencia europea y es de esperar que algún curandero les devuelva por medio de sus malas artes el bien perdido.

Mientras tanto el sol trasponía lentamente por el horizonte, revistiéndolo todo de suavísimas tintas rosadas; sus rayos dorados difumaban los edificios y tiendas que nos rodeaban, dándonos no sé qué extraña diafanidad, y el cielo purísimo, de un azul intenso, nos invitaba al recogimiento y á la meditación. El silencio profundo, abrumador de aquella naturaleza muer-

ta, turbaba singularmente mi espíritu, y no sé qué vaga y misteriosa sensación de terror se apoderó de mí. Parecíame que la muerte era la soberana absoluta de aquellas regiones y que también pretendía imponerme su yugo y envolverme en la mortal inercia que reinaba en sus dominios. Creía que no me sería dado salir jamás de allí, que el misterio africano me cogía en sus sombras y que poco á poco el sepulcral silencio que todo lo avasallaba penetraba hasta el fondo de mis huesos, obligándome á confundirme, á compenetrarme en aquel *no ser* absoluto y universal. Aumentaban la impresión de silencio los disparos de las espingardas de algunos árabes que en torno al campamento corrían la pólvora. Aquellas detonaciones rápidas que resonaban un instante para apagarse en seguida, apenas conseguían turbar el silencio ambiente; y el sordo rumor del galope de los caballos que se alejaban en vertiginosa carrera, llevando en sus espaldas una sombra envuelta en blanco alquicel y en nubes de pólvora, suscitaba el deseo de huir, de huir también de aquel antro de la muerte, del silencio y del misterio.

El sol se había ocultado por completo. La luz crepuscular lo envolvía todo en vaga penumbra; los árabes ya no corrían la pólvora; el campamento reposaba, y el silencio, profundo y misterioso, aumentaba cada vez más. De pronto, como para acrecer la agudeza de la sensación dolorosa, las notas de un *guembri* resonaron á lo lejos, y una voz apagada, casi diría silenciosa, entonó una canturia triste y melancólica. Era la última protesta de la vida; era como el último suspiro de un alma moribunda antes de confundirse en el silencio augusto del *no ser*. Pero la voz también calló, y la última nota del instrumento se perdió en el aire, y el profundo reposo de la muerte, muerte de una naturaleza y de una raza, dominó tranquilo y sosegado en aquel rincón solitario y tétrico del Africa tenebrosa.

20 de Abril.—*Campamento de Guerando.*

Emprendimos la jornada á las cinco y media de la madrugada, enmedio de la niebla y con un frío bastante desagradable, al que el sol, levantándose poco á poco en el horizonte, no tardó en poner término. El camino es algo más pintoresco que el hasta aquí recorrido, gracias á la vegetación, algo más variada. Pasamos junto á algunas huertas y viñedos, cercados de chumberas, que en cierto modo recuerdan los paisajes de Andalucía. Puedo observar que las vides están dispuestas en la misma forma que en España; esta reminiscencia del país natal destruye en un instante todas las impresiones de tristeza. Desgraciadamente, todo esto dura muy poco, y volvemos á caer en la misma monotonía de los días anteriores, en la misma inmensa, interminable llanura, en que no crecen más que algunas que otras gramíneas agostadas, que parecen suspirar por una gota de agua que las refresque.

Después de dos horas de marcha, en que no hemos hecho más que anhelar llegar á ciertas montañas que se divisaban en el extremo horizonte, arribamos junto al *duar* de *Mtal*, erigido en los contornos de la *kubba* de *Sidi Embareck*. No nos es dado observar nada nuevo. Las mismas *xaimas* ó chozas pardas, los mismos círculos de espinos secos de un gris cenizo y la misma miseria y lobreguez. Aunque se celebra un *soko* ó mercado, no nos detenemos, pues los habitantes de este *duar* son *shorfes*, es decir, descendientes de *Sherifes*, y por este concepto, á más de brillar por su fanatismo y barbarie, son independientes y apenas si respetan la autoridad del Sultán.

Nos alegramos de proseguir la marcha para llegar cuanto antes á las montañas por que suspirábamos, y que, en efecto, fueron las bienvenidas, pues á más de recrear nuestra vista con sus caprichosas ondulaciones y accidentes, nos trajeron un fresco delicioso. Entrábamos en los montes de Guerando,

estribaciones del *Gibel Laydar*, la *Montaña verde*, que allá muy lejos divisábamos, y que es considerada por los marroquíes como lugar santísimo, en el que habitan, separados del mundo, numerosos anacoretas, dedicados á la contemplación de Allah y á la vida ascética. La caravana se detuvo para el desayuno en un lugar precioso, especie de pequeño valle, rodeado de colinas de formas variadas, en cuyo fondo corre un arroyo formado por el desagüe de unos pozos, junto á los cuales crecen cinco ó seis palmeras. Un verdadero oasis. Agua y árboles: ¿qué más podíamos desear después de haber atravesado durante horas larguísimas campos desiertos y solitarios, tristes y abandonados eriales? Nadie pudiera imaginar que unos cuantos árboles y un poco de agua corriente y murmuradora causaran una impresión tan dulce y apacible, dieran tanto descanso al espíritu, atormentado por el misterioso encanto de una Naturaleza muerta.

Y, no obstante las pocas florecillas que allí crecían parecían secas, se diría que eran de papel, como las siemprevivas; pero, á pesar de todo, recreaban el ánimo, pues aquel conato de vegetación representaba la vida, y con ella el movimiento y la alegría. El color rojizo de las rocas vecinas revelaba yacimientos metálicos, y es casi seguro que en aquellos montes deben existir numerosas vetas de mineral de hierro.

Proseguimos la marcha, y después de otras dos horas y cuarto de camino arribamos al campamento, situado esta vez en la falda de un monte, en cuya cumbre se conservan algunas ruinas de una antigua fortaleza, fundada, según algunos, nada menos que por los cartagineses, y según otros, siendo esta la opinión que me parece más verídica, por los portugueses en tiempos más cercanos. Cuentan ciertas tradiciones, que un caballero portugués llamado Guerando (quizás *Ferrando*) poseía en aquellos lugares, y en la época que los lusitanos dominaban en las poblaciones de la costa, unas riquísimas minas de plata, y que con objeto de defenderlas levantó un fuerte castillo, cuyos restos podíamos contemplar desde la llanura

en que nos hallábamos. Los árabes, siempre tan aficionados á todo lo sobrenatural y fantástico, aseguran que entre los restos de aquellos derruidos muros se conserva un maravilloso tesoro, custodiado celosamente por innumerables bandas de genios, duendes y trasgos, que impiden á todo curioso indiscreto acercarse á las ruinas, lanzando sobre ellos infinitos y desagradables insectos que les cierran el paso.

Por la tarde podemos comprobar la veracidad de semejante aserto, pues emprendemos la ascensión á la montaña, y en efecto, al aproximarnos á las ruinas, un formidable ejército de hormigas aladas, de aspecto repulsivo y antipático salen á nuestro encuentro; pero nosotros seguimos avanzando, y al fin y al cabo nos es dado visitar lo poco que queda de la antigua morada del caballero lusitano. Bien poco es en verdad: algunos restos de fuertes murallas construídas de sólida argamasa, y unos cuantos montones de piedras labradas por la mano del hombre. Varias aberturas dan entrada á subterráneos abiertos á fuerza de picos en la roca viva, que penetran en el fondo de la montaña. Entramos en algunos de ellos; pero á los pocos pasos los encontramos obstruidos de tal modo, por piedras y detritus vegetales y animales, que tenemos que retroceder, por más que hubiéramos deseado averiguar la certeza del dicho de algunos moros de los que nos acompañaban, de que una de dichas cavernas se prolonga hasta atravesar toda la montaña, desembocando á orillas del arroyo que atraviesa el pequeño valle vecino.

Esperábamos divisar el Atlas desde la cumbre del monte de Guerando: así lo creíamos en vista de lo que afirman algunos escritores que han hecho antes que nosotros este viaje. Vano fué nuestro deseo. Disfrutamos de un panorama hermosísimo; pero por más que miramos hacia el Mediodía, nada vislumbramos. No quiero poner en duda la veracidad de los autores en cuestión; ¡pero algunos han visto en Marruecos cosas tan extraordinarias y extrañas! ¿No háy quien asegura que la bandera del Sultán es amarilla?



Bajamos del castillo de Guerando y nos dirigimos hacia el campamento. Uno de nosotros pregunta al guía que nos acompaña, que qué sabía del caballero portugués: *Se murió*, nos repuso con la habitual indiferencia musulmana. Como yo me hubiese adelantado bastante, me detuve junto al arroyo para esperar á los compañeros rezagados. Algunos moros daban de beber á sus caballos, y uno de ellos vino á sentarse junto á mí, y con sin igual desenfado comenzó á tocar algunas prendas de mi traje y á compararlas con las suyas, indicándome con gestos y exclamaciones las grandes diferencias que encontraba. Le sorprendieron mucho mis polainas de cuero, adoptadas para combatir ciertas plantas llenas de espinas, que hacían sumamente desagradable el caminar por aquellos campos; algo menos mis calzones bombachos, que en algo se asemejaban á los suyos, lo mismo que mi chaqueta; acabando por fijarse con insistencia en los gemelos que llevaba en bandolera, pretendiendo equiparar su estuche con la bolsa que generalmente llevan los marroquíes á falta de bolsillo. Le indiqué como pude, que en nada se asemejaban, y sacando los gemelos se los hice aplicar á su vista y fijarlos en las ruinas de Guerando. Gran sorpresa y entusiasmo de mi interlocutor, que en su vida había visto cosa semejante. Al punto, lleno de alborozo llamó á sus compañeros, y éstos repitieron la misma escena que días antes había presenciado en *Sock el Arbáa*.

Al tornar al campamento nos dicen que se acaba de recibir un despacho de Marrakesh en el que el gran Visir saluda en nombre de su Señor á la embajada española. Aprovechamos el mensajero, que continuará su viaje á Mazagán, para escribir á nuestras familias, y nos recogemos pensando en la historia, que parece leyenda, de Guerando. ¿Qué habrá de cierto en todo ello? Contentémonos con la respuesta que dan los moros: ¡Sólo Allah lo sabe!

RAFAEL MITJANA.

(*Se continuará.*)

# REVISTA HISPANOAMERICANA

---

SUMARIO: El problema del Pacífico.—Las alianzas de la paz y las alianzas de la guerra.—Errores del Perú y Bolivia.—Los medios seguros de su compensación.—Misión pacífica de España en los conflictos hispanoamericanos.—La Gran Cruz del Arzobispo de Santiago de Cuba.—La recepción en su palacio y los discursos pronunciados.—Portela y Errázuriz Urmeneta.—Creciente adhesión de la América latina á la madre patria.—El Banco Hispanoamericano.—Los peregrinos de *Alfonso XIII*.—La despedida del Delegado de la Asociación Patriótica española de Buenos Aires para el Congreso iberoamericano de Madrid.—Paralelo entre este Congreso y el Panamericano para 1801.—Actitud de Chile.—El Congreso Panamericano promete fracasar en sus resultados.

Muy agitada parece, así la política interior como la política internacional, en toda la América del Sur. El Gobierno templado del General Castro era una garantía del sólido restablecimiento de la paz en Venezuela, con la que esta República, por más que la solivianten los políticos de la Yankilandia con el peligro germánico, podría consagrarse al restablecimiento de sus progresos materiales. Colombia también había cerrado las puertas de Jano, y sustituida la caduca presidencia del honrado anciano D. Manuel Antonio Sanclemente por la actividad y gallardas iniciativas del Vicepresidente D. José M. Marroquín, que goza de tantas simpatías entre los liberales de su país, que tanto contribuyeron á su elección, era de esperar que el nuevo Gabinete que ha formado con el General Quintero Calderón, en el Interior; el Doctor Martínez Silva, en los Negocios Exteriores; el General Pinzón, en Guerra; el Doctor

Gutiérrez, en Hacienda, y en Comercio y en Comunicaciones, el Doctor Molina, hiciera sentir también por un largo espacio de tiempo, cuando menos, su efecto pacificador, con que se lograsen restañar las heridas emanadas de la recién terminada lucha, que tanta sangre y tantas desolaciones amargas ha producido. Con estas dos grandes pacificaciones se conceptuaba asegurado un largo período de progreso y prosperidad, común á toda aquella parte del continente americano, pues las agitaciones con que en el Ecuador perturban siempre las vertientes del Chimborazo los rebeldes de siempre, mil veces castigados por la fortuna, no ofrecen aspecto de adelantar en sus perturbaciones, y todo lo demás no ofrecía peligros de consideraciones nuevas, serias y hondas.

A mayor abundamiento, las relaciones entre la Argentina y el Brasil, que esperaban el instante de estrecharse más en inteligencias concordes al retribuir al General Roca el Doctor Campos Salles la tantas veces prorrogada visita de armonía y vecindad, parecía estar ya á punto de llegar al momento anhelado de su realización, estando ya determinado para el próximo 7 de Octubre el embarque del Presidente del Brasil en la bahía de Río Janeiro para las orillas del Plata con la comitiva numerosa de que formarán parte los ministros del Exterior y Marina, el Mariscal Cantuaria, los Generales Costallat y Carlos Eugenio, el Almirante Julio Noronha, los Senadores Quinterio Bocavuva, Bernardino Campos y Pinheiro Machado; los Diputados Augusto Montenegro, Eduardo Ramos, Gastón Concha y Tomás Cochram y algunas otras personas de análoga significación política y social. Aunque estas representaciones son más que suficientes para hacer comprender el alto sentido que debe darse á esta visita, en la Argentina se había tratado de depurar más su significado, imprimiéndole hasta cierto carácter de familia, para lo que las damas más distinguidas de Buenos Aires firmaron una invitación á la señora del Presidente brasileño, á fin de que la acompañase á participar de los festejos que se le han preparado á su esposo. La señora de

Campos Salles ha declinado este honor; pero no por eso se atenúa el calor con que en la Argentina se ha tomado la retribución de esta visita, como si de ella pudieran brotar no sabemos qué espléndidas esperanzas.

Realmente, antes de que el Doctor Campos Salles abandone por algunos días la residencia capital de Río Janeiro, Bolivia y el Paraguay han cometido con él algunos actos de mayor significación que los ordinarios de la cortesía, del trato y de la vecindad. El Uruguay también debiera tomar su parte muy importante en todas estas manifestaciones que parece han de acercar en inteligencia común todos estos pueblos del Mediodía. Pero, desgraciadamente, en el Uruguay también empiezan á perturbarse los ejes de la tranquilidad pública. Recientemente se han descubierto trabajos del partido blanco, que han producido alguna inquietud. Las autoridades argentinas han tenido que detener algunos agitadores en el momento de embarcarse en las islas del Paraná y en el riacho Rosquete, en dirección á la boca de San Fernando, donde los esperaba un pailebot que, remolcado por una lancha de vapor, debía conducirlos á la costa uruguaya, en tanto que en el territorio de la República el partido blanco y otras agrupaciones políticas se han permitido crear organizaciones armadas en son de guerra, haciendo públicamente particulares nombramientos de cargos militares, con tal descaro, que periódicos como *La Razón* y *La Tribuna Popular* han tenido que protestar enérgicamente ante los peligros con que se amenaza el sosiego público. ¿Qué mano oculta dirige estas no disimuladas tentativas de revolución? Realmente, el Uruguay no ofrece ahora motivos para alimentar estas tendencias al trastorno, y el Presidente Cuesta indudablemente gira en la órbita de los que desean estrechar las amistades de los pueblos confinantes de la América del Sur, para uniformar el movimiento de sus adelantos comunes, para fomentar las relaciones recíprocas y para comprometer la unión de sus fuerzas para los inciertos arcanos del porvenir.

El Perú, cuyos partidos interiores, como en la solución de la última crisis de Agosto se ha demostrado, no están entre sí más concordes que en las demás Repúblicas sudamericanas, por más que el expresidente Nicolás Piérola y su hermano Carlos hagan incesantes esfuerzos por conciliar en derredor del Presidente Romaña todas las fuerzas de los demócratas y de los civilistas, en perpetuo insomnio con la actitud de Chile, su vecina y rival, en la cuestión de las provincias cautivas, vuelve á distraer la atención suprema que reclama el robustecimiento de sus elementos interiores de vida y de progreso, de prosperidad y de defensa, corroído por la angustia de la pérdida absoluta de aquellos ricos territorios que no ha tenido magnanimidad ni serenidad bastante para reclamar á Chile dentro de plausibles transacciones, tiende la mirada indecisa fuera de sus linderos, ya para conquistarse un puesto en el cónclave de las alianzas que en Buenos Aires se disciernen, ya para ponerse bajo el peligroso protectorado del gigante del Norte, que no le dispensará su gracia de resultados problemáticos sin hacerle pagar caro la cuenta de gastos y derechos. Dimitido el Doctor Riva Agüero bajo el peso de inesperadas censuras, cuando creía haber logrado trazar con aplauso de la opinión pública el rumbo de una política exterior de dignidad sin jactancias y de defensa de los derechos nacionales sin imprudencia, el Presidente Romaña, apoyado por D. Carlos Piérola, como jefe del partido demócrata, y por D. Manuel Candamo, como jefe del partido civilista, trató de descartar de sí la responsabilidad que pueda caberle en el curso de los sucesos, por haber provocado la retirada de un hombre que hasta el mismo representante de Tacná había declarado que obtenía con su política la aprobación de las provincias cautivas, sustituyendo el poder caído con una condensación de fuerzas políticas representadas por una coalición demócrata-civilista que constituyera todo el elemento verdaderamente vital del país. Pero consultado á Chile, donde representa al Perú, D. Cesáreo Chacaltana, declinó la honra que se le ofre-

cía. Designado para regir la Hacienda el Dr. Eliodoro Romero, se excusó del mismo modo. Otro tanto hizo el Contralmirante D. Bernabé Carrasco, á quien se ofrecía la dirección de la Guerra y de la Marina; y habiéndose propuesto Romaña incluir en su nuevo Gabinete tres demócratas y tres civilistas, contrariado por la resistencia de todos á admitir la herencia de Riva Agüero, en cuya gestión los hombres de moderación y prudencia de todos los partidos habían fundado muchas esperanzas, fracasadas todas sus combinaciones se vió compelido á salir de la crisis por medio de un Ministerio de neutros, pues aunque afiliados en el partido demócrata los seis ministros en quien ha delegado el poder ministerial, Enrique Zegarra, Carlos Olaechea, Felipe Osma, Pedro Canseco, Vicente Larrabure y el diputado Rojas, ni aun los de esta fracción política los consideran como su legítima representación.

No se hace la felicidad de los pueblos alimentando sus odios, aunque éstos tengan por base heridas tan profundas como las que el Perú recibió de Chile en su guerra de resultados siniestros y en el vejatorio tratado de Ancon. La calenturienta discusión á que se han lanzado muchos de sus publicistas, preconizando los derechos del Perú á la reversión de las provincias cautivas, será en sus resultados tan estéril, como esas locas manifestaciones populares y esos discursos tribunicios con que se ha tratado de sellar un pacto, más que de alianza mutua, de sangre, contra Chile, de parte del Perú con la Argentina, en la que Bolivia también ha pedido su parte. La Argentina, que no ha podido excusar esas vibraciones del patriotismo peruano, aun reconociendo que no va bien dirigido, apenas extinguido el último relumbrón de tantos juegos artificiales, sólo se ha brindado al papel de mediador entre Perú y Chile para dirimir la contienda en que el Perú lleva la peor parte, puesto que es la que se queja en la impotencia, mientras que Chile es la que retiene la prenda ambicionada con su indisputable poderío. Ni aun en esta mediación Chile consiente, teniendo en cuenta que el pleito no se ha de zanjar sino entre su Go-

bierno y el del Perú; y apenas penetrado de que el Perú, que ha ido á mendigar los auxilios de la Yankilandia, podía descansar en alguna promesa de la Casablanca con motivo de la próxima reunión del Congreso panamericano en Méjico, no sólo amenazó con no concurrir á este acto y aun con hacer que no concurrieran á él otras Repúblicas cercanas, como la del Uruguay y el Paraguay, sino que ha obligado al Ministerio de Relaciones Extranjeras de Washington á darle todo género de satisfacciones en las explicaciones que el Sr. Vicuña Morla le ha pedido, sin que estas explicaciones públicas y solemnes, por satisfactorias que parezcan, le hayan compelido hasta ahora á salir de las reservas en que se mantiene y se mantendrá encerrada, aunque concorra con su presencia en Octubre del año que viene á la conferencia internacional de la capital mejicana.

La Argentina, cualesquiera que sean los pactos que firme con el Perú y Bolivia, no quemará un cartucho en pro de sus hermanas de las cumbres del Andes y del menguado litoral del Pacífico para arremeter contra Chile, cuyo poder naval contrapesa. Los que en el mismo Chile se prevalen de la dolorosa enfermedad que aqueja á su ilustre Presidente D. Federico Errázuriz, el amigo personal y político del General Roca, para pedir la declaración de su incapacidad y para apresurar con esto el momento de que se le reemplace en su elevada magistratura, creyendo que el sucesor de Errázuriz seguirá contra la Argentina la política de hostilidad que precipite á los dos países en una guerra que á uno y otro los devore, padecen una lamentable equivocación. Lo mismo Chile que la Argentina tienen la conciencia profunda del valor que alcanza en el equilibrio universal americano la fuerza ofensiva y de defensa con que la casualidad ó la Providencia les han hecho que se armen. No la arrojarán por la ventana empleándola en destruirse á sí propias, cuando la situación preponderante en que se han colocado en los dos mares y en todo el mundo americano de sangre ibérica las compele á obligaciones tan severas, como

grandiosos los destinos á que las empujan. Toda probabilidad de discordia armada entre las dos Repúblicas extremas del Continente del Sur, completamente ha desaparecido desde las entrevistas de Punta Arenas. Los sucesores de Roca y de Errázuriz mantendrán en propio interés la mayor fidelidad á aquellos pactos. La única cuestión que por espacio de tantos años las ha traído en perpetua amenaza y en constante animadversión, puede decirse que está resuelta; pues entregada á la sentencia de un poder tercero, erigido en árbitro de sus derechos alegados, cualquiera que sea el laudo que se dicte, será cumplido por una y otra parte con entera sinceridad y con absoluta resignación. Fuera de esta cuestión capital, no existe ninguna otra entre Chile y la Argentina que no pueda ser resuelta satisfactoriamente para ambas y en el más breve plazo de tiempo posible, en un cambio de notas de sus respectivas cancillerías, en una breve aclaración telegráfica ó en una carta de amistad entre sus dos Presidentes.

El problema del Pacífico no puede ser verdadero problema sino cuando los malos consejos de los Gobiernos del Presidente Romaña y del General Pando hicieran intervenir en aquellos mares un poder superior y ominoso, que haría pagar harto caro al mismo Perú y á Bolivia su apelación á él, ó cuando la ceguedad de una política de amor propio mal pensado y mal dirigido volviera á provocar las hostilidades con Chile. No busque el Perú aliados para semejante eventualidad, que no ha de venir; no los busque Bolivia. Una y otra Repúblicas deben entregarse á los sentimientos fraternales de Chile, seguras de que una inteligencia concorde podrá conducir á todos á soluciones lisonjeras, ya en la realización de algunos de los deseos que alimentan, ya en compensación de un interés equivalente. Bolivia, por el camino de la negociación leal, tal vez pueda hallar el puerto que ambiciona en el Pacífico. El Perú bien podría ser recompensado de la pérdida definitiva de sus provincias de Tacna y Arica, hallando compensaciones aún más ubérrimas en esos territorios del Acre, hoy en poder de



aventureros, á los cuales, sin embargo, será á Bolivia difícil de someter. ¡Caminos pacíficos y conciliatorios, y no pactos de sangre, son los que exigen los problemas americanos! No busquen el Perú y Bolivia alianzas guerreras. Desistan, sobre todo, de intervenciones extrañas y no den ingerencia en sus negocios íntimos á rivales poderosos, que no hacen más que celar por dónde pueden meterle mano á la integridad de la América del Sur.

\*  
\* \*

El mismo día que en Buenos Aires se daban ostentosos banquetes para brindar por la solidaridad de los intereses argentino-peruanos, queriendo significar esta solidaridad un conato de alianza ofensiva y defensiva entre la Argentina, el Perú y Bolivia contra Chile, en la capital de esta última República se verificaba otro acto, no de tanta esplendidez y resonancia, pero sí de resultados más eficaces para la paz y los intereses de los pueblos sudamericanos. El Ministro de Su Majestad Católica acreditado en Santiago, D. Salvador López Guijarro, estaba encargado por la Reina Regente Doña María Cristina de investir con la gran cruz de Isabel la Católica al Arzobispo de aquella diócesis, señor Casanova. Para solemnizar este acto, el ilustre Prelado había preparado en su residencia pastoral una recepción suntuosa. La invitación no era numerosa, pero sí de representaciones singularmente significativas. El Gobierno del Presidente Errázuriz estaba representado por el Ministro de Relaciones Extranjeras, Dr. Rafael Errázuriz Urmeneta. Los países confinantes y amigos por los Ministros de la Argentina, el Perú, el Brasil y Bolivia. Los demás invitados eran miembros de las Cámaras, individuos de la alta Administración y de las milicias de mar y tierra y algunas distinguidas personalidades de la aristocrática sociedad que forma el nervio directivo de la República de Chile.

El acto de la investidura fue brevísimo, y á él siguió un es-

E. M.—*Octubre 1900.*

pléndido almuerzo. Al destaparse el Champagne, el señor Castellano brindó por la Reina Regente de España. A este brindis contestó el señor López Guijarro, nuestro Ministro, agradeciendo los votos que se hacían por nuestra Nación, y brindando á la vez por la prosperidad de Chile. Cuando el señor López Guijarro terminó, volvióse á levantar el señor Arzobispo, pronunciando otro caluroso brindis en honor del General Julio Argentino Roca, Presidente de la República Argentina; y exaltando la amistad de los buenos chilenos hacia él, manifestó que le consideraba como uno de los más sinceros y leales amigos de la paz sudamericana, por lo que hacía votos para que el lema de su escudo *Pax multa* fuera también el de las naciones de nuestro origen en América. A este discurso contestó el señor Portela, Ministro argentino, con otra alocución verdaderamente efusiva y entusiasta. Brindó por el Presidente de Chile, D. Federico de Errázuriz, el fiel amigo del General Roca, y expresó que ardientemente deseaba el cumplimiento de los votos pacíficos que acababa de pronunciar la palabra sagrada del ilustre jerarca de la iglesia de Chile, y en cuyos ingenuos sentimientos abundaban el Presidente de la Argentina, su Gobierno y las clases directivas de aquella República. Después de estas manifestaciones, habló el Ministro de Relaciones Extranjeras Errázuriz Urmeneta. Brindó por la floreciente y rica República del Plata y por su Presidente, el General Roca, y en frases llenas de emoción y elocuencia, unió sus votos á los del Sr. Portela para que nada perturbe la paz, la armonía, la fraternal amistad de las dos Repúblicas hermanas, en quienes la América de sangre ibérica tiene cifradas las esperanzas de su integridad, de su progreso y de su prosperidad.

El Sr. Errázuriz Urmeneta tuvo en su discurso palabras muy elocuentes para hacer extensivos estos afectos al Perú, al Brasil y á Bolivia, con cuyo motivo el Ministro del Perú se levantó á agradecer las palabras dirigidas á su persona y á su país, siendo esta una de las notas más importantes de aquel

acto, que parecía confederar en un sentimiento común de unión y fraternidad todos los jóvenes pueblos que deben acercarse entre sí, no para negociar pactos vengadores de resentimientos recíprocos, sino para estrechar las alianzas del mutuo interés y de su total conservación.

Sin intentarlo siquiera, y en presencia del Ministro de España, el Arzobispo de Santiago de Chile realizaba en aquel momento en su palacio un acto que era la contradicción de los banquetes, que tal vez á la misma hora se celebraban en Buenos Aires entre argentinos y peruanos. El discurso del Ministro de la Argentina en Chile, Sr. Portela, mereció los aplausos y los comentarios de los periódicos más importantes de las dos capitales, y *El Mercurio*, de Valparaíso, después de consignar que los sentimientos que el Sr. Portela y el Sr. Errázuriz Urmeneta habían expresado eran la expresión de la verdad, así en la Argentina como en Chile, añadió:— «En una y otra nación los Gobiernos y las clases dirigentes no anhelan otra cosa que estrechar las relaciones de amistad entre los dos países, ni divisan tampoco motivo alguno para que sus buenas relaciones se perturben, desde que entre Chile y la Argentina no hay más cuestión que la de límites, y ésta está sometida definitivamente y de una manera absoluta al fallo de S. M. B. Los únicos que piensan que entre las dos naciones hay intereses rivales que fatalmente tienen que arrastrarlas algún día á un rompimiento, son los elementos exaltados y los inconscientes de uno y otro país, y son esos mismos elementos los que propalan en la Argentina que hay solidaridad entre los intereses peruanos y bolivianos y los de aquella República, y que, por consiguiente, tiene esa nación que hacer causa común con el Perú y Bolivia contra Chile. Se comprende que los que nada tienen que perder en las peligrosas complicaciones diplomáticas y mucho que ganar en mantener constantemente á la nación en estado de excitación sensacional, vivan día por día preocupados en allegar combustibles peligrosos para hacer difíciles las relaciones entre Chile y la Argentina; pero los Gobiernos sobre quienes

pesa toda la responsabilidad y las tremendas consecuencias, y las clases dirigentes, que ven con toda evidencia el abismo á donde ellas y el país pueden ir á parar, no pueden considerar sino como una demencia todo acto que tienda á provocar irritaciones entre Chile y la Argentina, y á crear peligros entre dos naciones, á quienes felizmente no las divide ninguna clase de intereses rivales y que tienen como garantía segura de paz el sostenimiento de la cuestión de límites al arbitraje.»

Con estos elogios á la actitud y á las palabras del Ministro argentino, como eco fiel de los sentimientos de su Gobierno, la prensa argentina y chilena han hecho justicia á los sentimientos del Ministro español, que en Chile, como en los demás países independientes de América, tan noblemente trabajan por la paz y la fraternidad de todos los hispanoamericanos.

Esta misión recomendable y plausible de España en el seno de todos los pueblos americanos, recibe en recompensa, no sólo los éxitos de su eficacia, sino la creciente estimación que se siente en todas partes por la antigua metrópoli y la predilección que se dispensa á cuanto de ella procede ó en cuanto ella influye. La corriente de la simpatía en la Argentina ha tenido en estos últimos meses numerosas ocasiones con que demostrarse en toda su amable realidad. La creación del *Banco Hispanoamericano* y su instalación en Madrid y en Buenos Aires, cuya vasta esfera de acción se extenderá á toda la América latina, y muy especialmente al Río de la Plata, ha producido mayor entusiasmo que cuando con capitales españoles y mejicanos se fundó el prosperísimo *Banco Hispanomejicano*. Todos confían en que esta institución, llamada á influir poderosamente en la actual anormalidad de los cambios, ha de facilitar á españoles y americanos las transacciones recíprocas en toda clase de negocios é intereses entre aquellas Repúblicas y España. Las líneas de navegación que España sostiene, como se había anunciado, son ya las predilectas sobre las que proceden de otros países, y la *Trasatlántica Es-*

*pañola* acaba de recibir un elocuente testimonio de esta preferencia en el transporte á Cádiz, Barcelona y Civitavecchia de la colosal peregrinación argentina que á bordo del *Alfonso XIII* ha llegado ya á Europa con dirección á Roma.

Navega el crucero *Río de la Plata* por las aguas del Pacífico, siendo objeto constante de los agasajos, no sólo de los pueblos ribereños del Perú y del Ecuador, por donde anda y á donde ha tocado, sino de las aclamaciones de los pueblos y de las atenciones más obsequiosas de los Gobiernos y de los jefes de Estado. Al tocar en Guayaquil, los periódicos de aquella ciudad escribían: «¡Gracias á Dios que vemos la bandera militar de la madre española! ¡Desde que en 1866 nos visitó el *Buenaventura*, no la habíamos vuelto á ver flotar con sus colores brillantes reflejando en nuestras aguas!» En cuanto á los marinos argentinos de la *Sarmiento*, que llegan en estos instantes al término de la expedición que emprendieron hace dos años, después de su feliz viaje de circunvalación, su madre España no se les cae del recuerdo. *La Nación*, de Buenos Aires, órgano del General veterano D. Bartolomé Mitre, acaba de publicar las impresiones de su cronista á bordo. He aquí lo que dice:

«Hoy, después de cuatro meses que han pasado desde nuestro arribo á los puertos españoles, y que podemos apreciar desde lejos las consecuencias inmediatas de esa visita, podría decirse que el viaje de la *Sarmiento* hubiera estado justificado, aunque no hubiera tenido otro objetivo que estrechar los vínculos que nos unen con la madre patria, que estaban un tanto laxos por causas que nadie se explica. Vínculos que serán tanto más fuertes y duraderos cuando á los sentimientos amistosos se aunen mayores sumas de intereses comerciales entre ambos países.

»Esta es la aspiración que se ha hecho pública en los discursos pronunciados en Madrid, Barcelona y Buenos Aires; por ellos hemos sabido muchas cosas, que sorprende hayan permanecido ocultas tanto tiempo hasta que la iniciativa de

los centros de Comercio é Industrias han gestionado su modificación; así es como los Presidentes de esas Corporaciones, comerciantes ellos mismos, han dado en el banquete que tuvo lugar á bordo la cifra de los millones de nuestros productos, cueros, lana y sebo, que ellos deben comprarlos en Burdeos ó Dunkerque, y los mil artículos españoles que llegan á nuestro país por la vía de Marsella ó Londres. ¿Por qué ese intercambio no se hace directamente? He aquí la pregunta formulada por esos señores á nuestro representante y á las autoridades españolas que asistían esa noche al banquete.

»Algo semejante hemos oído á consignatarios de esta que conocimos en Madrid y en Barcelona, y que, comisionados por comerciantes de su gremio, han venido á gestionar, con el apoyo de las Cámaras de Comercio españolas, modificaciones á las tarifas aduaneras en lo que se refiere á los cueros secos y salados.

»Es necesario que estas iniciativas particulares las apoyen y aun sustituyan las de las personas que están llamadas á intervenir en estas cosas, que si hasta ahora habían permanecido descuidadas al parecer, probablemente ha sido debido á un cándido desconocimiento del desarrollo de nuestro país, de su progresivo movimiento de adelanto y perfeccionamiento en todas las modalidades de nuestra vida; de sus aspiraciones y del lugar que está llamado á ocupar en el mundo por su poderosa vitalidad é innumerables riquezas.

»La repercusión que en nuestro país ha tenido la visita de la *Sarmiento* á España es el mejor galardón que pudiera recibir la Marina de guerra, que puede ostentar con justo orgullo el título de que, por medio de uno de sus elementos, ha prestado reales servicios al país, ofreciéndole una de las más preciosas victorias: la que asegura la amistad de las dos naciones.»

Otro episodio de estos entusiasmos que, en medio de sus desgracias, España ha sabido despertar en el alma americana de los pueblos que le deben su origen y su civilización, es la despedida que en Buenos Aires se ha hecho al Sr. D. Rafael

Calzada, fundador de *El Correo Español*, al embarcarse en las aguas del Plata para venir á asistir al Congreso iberoamericano que se ha de efectuar en Madrid en el próximo mes de Noviembre.

La demostración de simpatía que se hizo á este distinguido escritor se verificó por medio de un gran banquete celebrado en Buenos Aires el sábado 18 de Agosto, en el Club Español. La mesa fue presidida por el Ministro de España, Sr. Arellano y Arrózpide, y los comensales pasaron de 200. Hubo una verdadera borrachera de patriotismo en medio de una verdadera borrachera de discursos. Fueron los oradores D. Francisco Cobos; el Ministro de España, Sr. Arellano; D. Gonzalo de Segovia; D. Jenaro Luis Osorio; el obsequiado, D. Rafael Calzado, delegado de la Asociación Patriótica Española de Buenos Aires en el Congreso de Madrid; D. Carlos Gómez Palacios; D. Arsenio Gramajo; D. Luis Toro Guesalaga; la señora Eva Canel; D. César Goudra; D. Luis Sansón y de León; don Florencio Madero; el General D. Nicolás Lallave; D. Alfonso Ezquerdo; D. Manuel González Llamazares; D. Calixto Oyuela; D. Victoriano de la Riega; el Doctor Atienza; D. Ricardo A. Nieto; Monseñor F. Villanova y Sanz, y D. Laureano Carvalleda. En suma: veintiún discursos, ninguno más breve de quince minutos, habiéndose invertido en pronunciarlos cerca de cinco horas y media en aquel derroche de ingenio, de entusiasmo y de elocuencia.

\*  
\* \*

¿Despierta los mismos entusiasmos la celebración del Congreso Panamericano, que el Gobierno de la Yankilandia ha discurrido para que se verifique en Méjico en Octubre de 1901?

Acercas de los Congresos ibero y panamericanos, nada los define con mayor exactitud que el artículo que con este tema ha aparecido en *La Época* del 11 de Setiembre, en el cual se dice que los Estados Unidos, desde que se hizo público el pen-

samiento del convocado en Madrid, le atribuyó tanta trascendencia é importancia, que se dieron gran prisa en anunciar en el último Mensaje anual del Presidente Mac-Kinley la necesidad de reunir el segundo panamericano, á pesar del verdadero fracaso que en todos sus resultados tuvo el primero que congregó Blaine en 1889. *La Época* cree, y cree bien, que los éxitos de estos Congresos que se deben á la iniciativa de las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Casa Blanca serán siempre problemáticos, porque jamás los jóvenes pueblos de sangre española del Norte, del Centro y del Sur, se dejarán coger en la cubierta emboscada que los Congresos panamericanos tienden contra su independencia, según la coordinación de los pactos y acuerdos á que con su reconocida astucia los Estados Unidos de la Yankilandia quieren empujarlos. «La diferencia esencial—dice *La Época*—que existe entre los móviles que impulsan los movimientos de concentración de fuerzas étnicas homogéneas que envuelven los programas de los Congresos iberoamericanos y los de carácter absorbente y exclusivo á que compelen los Estados Unidos en los Congresos panamericanos, á sus hermanos menores de sangre latina, no sólo se destacan á la simple vista, sino son los que inspiran las simpatías que en toda América de origen ibérico despierta la celebración del Congreso de Madrid, á la vez que la especie de terror, la reserva y la abierta impugnación que, como en Chile se hace, se siente, aunque no se confiese, hacia el Congreso panamericano, por más que para dorar la píldora, la astucia yanqui haya querido dar á su vecina Méjico una dedada de miel, designando su capital como asiento de la conferencia que se ha de reunir el 22 de Octubre de 1901. No nos cuesta trabajo reconocer que la coordinación de los temas de lo que se ha de tratar en el Congreso panamericano del año venidero está redactada con un estudio más hondo de las cuestiones que abraza, que el programa del Congreso social y literario de Madrid. Con todo, en el nuestro sólo se piden soluciones y acuerdos para estrechar la raza en los dos mundos,



para deducir de su unión una fuerza moral que sea la base de la material problemática que algún día pudieran demandar las necesidades de la conservación de la integridad é independencia de aquellas numerosas, opulentas y codiciadas entidades políticas, y dejar en toda situación el campo abierto, no á las conquistas del Viejo Mundo sobre el Nuevo, sino á la libre, continua y recíproca relación de sus intereses generales con todas las naciones del planeta.»

«Bajo este concepto, el Congreso de Madrid tácitamente incubaba un principio más extenso que el que los marinos de la *Sarmiento*, después de las entrevistas de Punta Arenas, formularon en las aguas de Valparaíso, brindando en cordial banquete con los marinos chilenos. «*En Washington se dice:—decía el Sr. Betbeder—América para los americanos. Sí; la América del Norte que los yankis poseen, para los americanos del Norte. Pero nosotros decimos: la América del Sur para los americanos del Sur.*» El pensamiento tácito de los Congresos iberoamericanos de nuestra sangre da á esta idea mayor extensión. «*La América ibérica para los americanos de sangre ibérica*, en cuanto al dominio soberano de los inmensos territorios por donde se extiende; pero en lo moral, en lo económico, en lo comercial, en lo político, en lo social, en lo internacional, no hay más voz que la de Isabel la Católica y Colón, que sacaron aquellos hemisferios del aislamiento del olvido á la luz de la civilización cristiana: *América para la humanidad.*»

El programa del Congreso panamericano se formula visiblemente en los exclusivismos de una escuela errónea, que poco á poco ha de ir desapareciendo, y enmascaradamente, en una tendencia de absorción indeclinable que tiende á las Repúblicas de sangre ibérica las asechanzas peligrosas de que en sus últimas conferencias contra el Congreso panamericano ha hablado en el Ateneo de Santiago de Chile el ilustre hombre de Estado de aquel país, Gonzalo Bulnes, ante una gran concurrencia de las personas que en Chile llevan la dirección de la política y de la inteligencia. Fuera de la adopción del ar-

bitraje como principio de derecho positivo en el profundo caos del derecho internacional, y fuera de la constitución de un tribunal internacional de reclamaciones que pueda poner en práctica las bases de esta nueva jurisprudencia, todas las bases restantes del programa reproducido del primer Congreso panamericano, más las adiciones que se han hecho para la próxima reunión del de Méjico, forman para la libertad futura de las jóvenes nacionalidades iberoamericanas un verdadero precipicio, en que se ha de estrellar en breve plazo su independencia, de no proceder con tanta resolución como cautela.

Por medio del Congreso panamericano, los Estados Unidos proponen la formación de una unión aduanera americana que concentre en Washington la clase comercial de toda la América latina. Quieren, además, establecer una red de comunicaciones mercantiles, así terrestres como marítimas, que ponga el movimiento de la producción y del tráfico á merced exclusivamente de los sindicatos y monopolios con que el sagaz yanqui se adueñe de todas las riquezas de los demás países. No sólo impone un sistema de pesas y medidas uniforme para toda América, sino, lo que es más grave, la circulación de una moneda única y común de plata, de curso forzoso, para las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América. Con estas y otras proposiciones semejantes, sólo falta que al Congreso panamericano se le compela á aceptar un solo Ejército y una sola Marina para toda América y una sola representación diplomática en el mundo internacional, para que pueda considerarse en vías de ejecución la anexión pacífica que los Estados Unidos de la Yankilandia elaboran mañsamemente en todo aquel vasto continente (1).

---

(1) He aquí en qué terminos el Secretario de Estado Mr. Hay, en la sesión que celebraron los representantes de los países que componen en Washington la *Unión Internacional de Repúblicas americanas*, el día 23 de Mayo último, presentó el programa en que había intervenido la *Comisión ejecutiva* de esta asociación:

Aunque los diplomáticos que asistieron el 14 de Abril y el 23 de Mayo últimos á las reuniones convocadas en las oficinas del Ministerio de Mr. Hay se abstuvieron de prestar su aprobación al programa que será remitido al Congreso de Méjico

«La Comisión ejecutiva opina que la nueva conferencia elija, entre los asuntos que considera la anterior, aquello que en la actualidad tenga mayor importancia y que estudie los nuevos que se le sometan, y propone por su parte el siguiente

#### PROGRAMA

- 1.º Puntos estudiados por la conferencia anterior, que la nueva conferencia decida reconsiderar.
- 2.º Arbitramento.
- 3.º Tribunal internacional de reclamaciones.
- 4.º Medios de protección á la industria, agricultura y comercio. Desarrollo de las comunicaciones entre los países de la Unión. Reglamentos consulares, de puertos y Aduanas. Estadísticas.
- 5.º Reorganización de la oficina internacional de las Repúblicas americanas.

Con el objeto de facilitar el estudio de este asunto, se acompaña el programa de la primera conferencia, la nómina de las comisiones en que se dividió el trabajo, y una minuta de las resoluciones adoptadas por aquella Asamblea.

*Washington,* 22 de Mayo de 1900.

#### PROGRAMA DE LA PRIMERA CONFERENCIA

Primero. Medidas que tiendan á conservar la paz y á fomentar la prosperidad de los diversos Estados americanos.

Segundo. Medidas encaminadas á la formación de una unión aduanera americana que fomente, en cuanto sea posible y provechoso, el comercio recíproco entre las naciones americanas.

Tercero. El establecimiento de comunicaciones frecuentes y regulares entre los puertos de los diferentes Estados americanos.

Cuarto. La adopción por cada uno de los Estados independientes de América de un sistema uniforme de disposiciones aduaneras que deben observarse para la importación y exportación de mercaderías y para el pago de los derechos é impuestos de puerto, estableciendo método igual en todos los países para la clasificación y avalúo de las mercaderías, y para la forma en que deben hacerse las facturas, así como también idénticos preceptos en materias de sanidad y cuarentena.

de Octubre del año venidero, por no tener instrucciones de sus Gobiernos respectivos para otorgar ninguna clase de asentimientos á tales proposiciones, desde luego se nombraron las diez y ocho comisiones que han de estudiar, entender é informar sobre cada uno de los temas propuestos, admitiendo una extensa minuta de recomendaciones, redactadas en la Oficina internacional de Repúblicas americanas, sobre cada una de las cuestiones que se habrán de debatir (1).

(1) Las Comisiones á que se alude son: I. La Comisión ejecutiva. II. La Comisión de Unión Aduanera.—III. Comisión de Comunicaciones por el Atlántico.—IV. Comisión de Comunicaciones por el Pacífico.—V. Comisión de Comunicaciones por el Golfo de México y el Mar Caribe.—VI. Comisión de Comunicaciones por Ferrocarril.—VII. Comisión de Reglamentos de Aduana.—VIII. Comisión de derechos de Puerto.—IX. Comisión de Pesas y Medidas.—X. Comisión de Reglamentos Sanitarios.—XI. Comisión de Patentes y Marcas Comerciales.—XII. Comisión de Extradición.—XIII. Comisión de Convención Monetaria.—XIV. Comisión de Bancos.—XV.—Comisión de Derecho Internacional.—XVI. Comisión de Bienestar General.—XVII. Comisión de Reglamento.—XVIII. Comisión de Credenciales.

He aquí, además, la minuta de las resoluciones:

*Recomendación 1.<sup>a</sup>* La Comisión de Pesas y Medidas emitió dictamen favorable, y la conferencia recomendó la adopción del sistema métrico-decimal á las naciones representadas en ella que no lo hubiesen adoptado ya.

*Recomendación 2.<sup>a</sup>* La Comisión de Comunicaciones por ferrocarril recomendó y la Conferencia expresó opinión favorable á la construcción de un ferrocarril intercontinental, y á que la vía se declare neutral á perpetuidad.

*Recomendación 3.<sup>a</sup>* La Comisión de Unión Aduanera emitió dos dictámenes: el de la mayoría, en que se recomienda la negociación de tratados parciales de reciprocidad comercial con una ó más de las naciones americanas con quienes les conviniere concluirlos, bajo las bases que fueren aceptables en cada caso, con el objeto de promover su bienestar común; y el de la minoría, en que se propuso un acuerdo rechazando el proyecto de una liga Aduanera entre las naciones de América.

*Recomendación 4.<sup>a</sup>* La Comisión de Comunicaciones en el Atlántico propuso el establecimiento de una ó más líneas de navegación á vapor

Contra toda la tendencia general del futuro Congreso Panamericano, sólo se ha levantado robustamente hasta ahora la voz de Chile, cuyas reservas oficiales han sido consignadas en

---

entre los puertos de los Estados Unidos y los del Brasil y Río de la Plata, y la Conferencia aceptó por unanimidad la resolución presentada.

*Recomendación 5.<sup>a</sup>* La Comisión de Comunicaciones en el Pacífico propuso, y la Conferencia acordó recomendar á los países interesados, que fomenten entre sí, sobre bases que se indican, las comunicaciones marítimas, telegráficas y postales por dicho Océano.

*Recomendación 6.<sup>a</sup>* La Comisión de Comunicaciones en el golfo de Méjico y en el mar Caribe propuso, y la Conferencia adoptó una resolución, en que recomienda á los Gobiernos respectivos que ayuden al establecimiento de un servicio de primera clase por buques á vapor, sobre los diversos puertos del golfo y mar indicados.

*Recomendación 7.<sup>a</sup>* La Comisión de Reglamentos de Aduana dió informe favorable sobre una proposición del señor Delegado de Méjico, Don Matías Romero, para la adopción de una nomenclatura común en orden alfabético de mercaderías extranjeras que se importen; y la Conferencia adoptó por unanimidad la proposición.

El trabajo de compilación de esta nomenclatura se llevó á efecto por la oficina de las Repúblicas Americanas, y se imprimió en inglés, español y portugués. En las Aduanas de los Estados Unidos está adoptada para el servicio esta nomenclatura.

*Recomendación 8.<sup>a</sup>* Para la clasificación, examen y avalúo de las mercancías, forma de los manifiestos, recibo, declaraciones é imposición de derechos de aduana, la comisión propuso, y la Conferencia acordó recomendar que se adopten métodos fáciles, expeditos y uniformes, haciendo á estos respectos indicaciones tanto de fondo como de forma; y de igual manera acerca de los avisos y prácticas en los casos en que se presenten enfermedades contagiosas.

*Recomendación 9.<sup>a</sup>* La oficina de las Repúblicas Americanas fue creada por un acuerdo de la conferencia, con vista del informe favorable de la misma comisión de Reglamentos de aduana.

*Recomendación 10.* La Comisión de Derechos de Puerto presentó un informe que fue extensamente discutido, llegando finalmente la conferencia á un acuerdo en que se recomienda que los derechos de puerto se comprendan en uno solo, y que éste sea el derecho de tonelaje en la forma, aplicación y excepciones que se indican.

Relativamente á derechos consulares, la Comisión propuso y la Con-

la nota del ministro Errázuriz Urm eneta, pasada al Ministro de los Estados Unidos en Santiago, con fecha de 21 de Mayo último. El movimiento de la opinión se ha manifestado además

ferencia acordó recomendar que se adopte una clasificación uniforme de los actos en que pueden intervenir los agentes consulares, y se fije el máximo de los derechos respectivos, especialmente de los que se refieren á la navegación y al comercio.

*Recomendación 11.* La Comisión de Reglamentos Sanitarios dió informe favorable y la conferencia acordó recomendar que se adopten las disposiciones de la Convención Sanitaria Internaciodal de Río Janeiro de 1887, ó las del proyecto de Convención Sanitario del Congreso de Lima de 1888.

*Recomendación 12.* La Comisión de patentes y marcas de fábrica propuso y fue adoptado por la Conferencia, que se recomiende la adhesión á los tratados sobre propiedad literaria y artística, sobre patente de invención y sobre marcas de comercio y de fábrica celebrados por el Congreso sudamericano de Montevideo.

*Recomendación 13.* La Comisión de extradición indicó, y la Conferencia acordó recomendar, el tratado de Derecho Penal Internacional ajustado por el Congreso sudamericano de Montevideo, y que los países que no hubieren celebrado tratados de extradición con los Estados Unidos de América, que los celebren.

*Recomendación 14.* La Comisión de Convención Monetaria internacional americana sometió á la Conferencia dos dictámenes: uno de la mayoría, en que se recomienda que se establezca una Unión Monetaria internacional americana; que como base de esta Unión, se acuñe una moneda internacional de plata, de curso legal, en los países respectivos, y que para dar cumplimiento á esta recomendación se reuna una Comisión monetaria en Washington, compuesta de un Delegado por cada nación, para determinar la cantidad, valor, proporción y relación, con respecto al oro de dicha moneda. En el dictamen de la minoría se recomienda que en vez de acuñar una moneda internacional de plata, Méjico y los Estados Unidos de Centro y Sudamérica, remitan á la Tesorería de los Estados Unidos, en depósito, la plata en barras, y que por el valor en oro de este metal reciban billetes emitidos por el Gobierno de Washington. La Conferencia acordó consignar una opinión análoga á la propuesta en el dictamen de la mayoría, pero sustituyendo la moneda de plata por «una ó más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, y que puedan usarse en todos los países representados en la Conferencia.»

en los discursos en Bulnes y en los artículos de *La Ley*, *El Ferrocarril*, *El Mercurio* en Valparaíso y otros periódicos, muchos de cuyos artículos llevan al pie las más respetables firmas.

La Comisión monetaria recomendada en esta resolución de la Conferencia, se reunió en Washington en el mes de Enero de 1891; pero sus trabajos no alcanzaron otro resultado que la expresión del deseo de que se reuna otra Comisión monetaria que pueda llegar á un acuerdo para uniformar el sistema monetario de las naciones americanas con provecho de todas y cada una de ellas.

*Recomendación 15.* La Comisión de Bancos presentó dos dictámenes, y en consecuencia, recomendó dos distintas resoluciones, á saber:

La propuesta por la mayoría, que dice: La Conferencia recomienda á los Gobiernos en ella representados, otorguen concesiones favorables al desarrollo de operaciones bancarias interamericanas, y muy especialmente las que sean conducentes al establecimiento de un Banco Internacional Americano con facultad de establecer sucursales ó agencias en los demás países representados en esta Conferencia.

Y la propuesta por la minoría para que «se recomiende á los Gobiernos representados en la Conferencia que estimulen los cambios de productos entre sus respectivos países, acordando al comercio todas las facilidades conducentes á ese fin y obviando las dificultades que embaracen las operaciones de las instituciones de crédito destinadas á servirlo».

La Conferencia adoptó la resolución propuesta por la mayoría.

*Recomendación 16.* La Comisión de Derecho internacional propuso, y la conferencia resolvió, que se recomiende á los Gobiernos representados en ella que no hayan adoptado todavía los tratados de Derecho internacional privado, civil, comercial y procesal del Congreso de Montevideo, de 1888, que expresen si se adhieren á ellos en el término de un año; é igualmente que se recomiende la adopción del principio de que la legalización de los documentos se considere hecha en debida forma cuando se practique con arreglo á las leyes del país de la procedencia, y estén autenticados por agente diplomático y consular que en dicho país tenga acreditados al Gobierno, en cuyo territorio han de surtir sus efectos.

*Recomendación 17.* Acerca de reclamaciones é intervención diplomática, la Comisión estuvo dividida. En el dictamen de la mayoría se recomienda que se reconozcan como principios de Derecho internacional americano los siguientes:

*La Ley* ha declarado que Chile sostendrá que el Congreso, ni en sus proposiciones ni en sus resoluciones, pueda tener más alcance que el puramente económico y comercial, hasta donde lo limite el interés privado de cada entidad in-

1.º Los extranjeros gozan de todos los derechos civiles de que gozan los nacionales y pueden hacer uso de ellos en el fondo, la forma ó procedimiento y en los recursos á que den lugar, absolutamente en los mismos términos que dichos nacionales.

2.º La nación no tiene ni reconoce á favor de los extranjeros ningunas otras obligaciones ó responsabilidades que las que á favor de los nacionales se hallen establecidas en igual caso por la Constitución y las leyes.

El dictamen de la minoría mantiene que no se debe disminuir el derecho ó la facultad de una nación para proteger por medio de una reclamación diplomática, los derechos é intereses de los ciudadanos.

La resolución de la mayoría fue adoptada por todas las Delegaciones, con excepción de la de los Estados Unidos, que votó por la negativa, y la de Haiti, que se abstuvo de votar.

*Recomendación 18.* Sobre el asunto de la navegación de los ríos, hubo también división de opiniones. En el dictamen de la mayoría se recomendó declarar:

1.º Que los ríos que sepan diversos Estados ó corren por sus territorios, quedan abiertos á la libre navegación de las naciones ribereñas.

2.º Que esta declaración no afecta el dominio ni la soberanía de cada una de las naciones ribereñas, así en tiempo de paz como de guerra.

En el de la minoría, suscrito por Mr. Trescot, delegado de los Estados Unidos, se recomienda que se deje á la prudencia de las potencias ribereñas efectuar arreglos sabios ó amistosos de las diferencias que pudieran surgir, considerando esto preferible á establecer principios generales.

Con excepción de la de Venezuela, que se abstuvo de votar, todas las Delegaciones latinoamericanas votaron en favor de las recomendaciones propuestas por la mayoría, exceptuando la de Nicaragua, que votó por la negativa con la de los Estados Unidos.

*Recomendación 19.*—La Comisión de Bienestar general propuso, y la Conferencia adoptó, una declaración en favor de la solución pacífica de las diferencias internacionales, y recomendó la celebración de un tratado uniforme de arbitraje sobre bases que se indican en la resolución.

Sobre arbitraje con potencias europeas, la Conferencia confirmó el dictamen de la Comisión, en un acuerdo en que también recomienda el



dependiente de las que concurren á aquella Asamblea, que es la manera de que quede descartada toda posible intromisión política de la República del Norte de América en los asuntos de los demás Estados, lo que sería una coacción sobre su soberanía. En Washington se cree que el Uruguay y el Paraguay hacen causa común con Chile, y aun se teme que tomen el mismo rumbo El Ecuador, Colombia y alguna de las Repúblicas del Centro, y aunque sin cesar se trabaja en las Oficinas de las Relaciones Extranjeras de la Casa Blanca, por llevar el año venidero á Méjico, convenidas y superadas ya las resoluciones concordadas, el primero en dudar del éxito del segundo Congreso Panamericano, es Mr. Hay.

Iob.

---

arbitraje para la decisión de las disputas entre las Repúblicas de América y las naciones de Europa.

Relativamente al derecho de conquista, la Comisión de Bienestar general propuso una resolución en la cual se encarece á los Gobiernos representados en la Conferencia, que adopten las siguientes declaraciones:

1.<sup>a</sup> El principio de conquista queda eliminado del derecho público americano, durante el tiempo que esté en vigor el Tratado de arbitraje.

2.<sup>a</sup> Las cesiones de territorio que se hicieron durante el tiempo que subsista el Tratado de arbitraje, serán nulas si se hubieren verificado bajo la amenaza de la guerra ó la presión de la fuerza armada.

3.<sup>a</sup> La nación que hubiere hecho tales cesiones, tendrá derecho para exigir que se decida por arbitramento acerca de la validez de ellas.

4.<sup>a</sup> La renuncia del derecho de recurrir al arbitraje, hecha en las condiciones del art. 2.<sup>o</sup>, carecerá de valor y eficacia.

## CRÓNICA LITERARIA

---

La novela ¿QUO VADIS? de Enrique Sienkiewicz.

La famosa novela de Sienkiewicz *Quo Vadis* está en camino de hacerse popularísima en España. Se han publicado ya tres traducciones castellanas de esta obra. Se anuncian otras dos, y á más de divulgarla todas estas ediciones, de las cuales, las tres ya impresas son económicas, y tendrán, por lo tanto, más lectores que si no lo fueran, los periódicos empiezan á publicarla en sus folletines.

Contadísimas serán las obras recreativas, españolas ó extranjeras, que hayan conseguido tan rápida difusión, tantos lectores, tan numerosas ediciones, casi al mismo tiempo publicadas. Hasta es dudoso que modernamente haya habido alguna otra novela cuyo buen éxito pueda compararse con el de *¿Quo Vadis?* Las mismas novelas últimas de Zola, siendo obras de autor de fama universal, que contaba con la colosal propaganda de los centenares de miles de volúmenes de sus novelas anteriores, no han conseguido tantas ediciones casi simultáneas en tantas lenguas diferentes. *¿Quo Vadis?* es obra de un escritor ignorado hasta ahora, ó poco menos, en la Europa meridional, y cuyo idioma propio no es de los que *universalizan* fácilmente á un autor, como el francés. Bien es verdad que desde el momento en que Sienkiewicz fue traducido en París, como Ibsen, Björnson y otros escritores del Norte,

tuvo segura la notoriedad universal. Para una gran parte del mundo, Francia es todavía el intermediario que la pone en comunicación con las literaturas, las filosofías y las artes exóticas. Es seguro que todas las traducciones españolas de Sienkiewicz son traducciones..... de la traducción francesa.

Citaré otro ejemplo para mostrar lo extraordinario del triunfo editorial, ó sea del buen éxito traducido en número de ejemplares, que representa *¿Quo Vadis? Los Miserables*, como sabe todo el mundo, es una de las novelas más famosas de Víctor Hugo y una de las de mayor sensación y de las más discutidas por la índole de su asunto y su tesis. Pues, sin embargo, *Los Miserables*, cuyo número de ediciones es también muy crecido, no tuvo tantas como *¿Quo Vadis?* ha tenido en tan poco tiempo. Porque lo que ha ocurrido aquí en España, ha sucedido también en mayor escala en los principales países de Europa y de América. En la *Revista de Ambos Mundos* he leído en cierto artículo referente á otra novela de Sienkiewicz, que *¿Quo Vadis?* ha sido traducida á veintitantos idiomas. Desde luego podía afirmarse *à priori*, que cuando en España, donde la afición á la lectura es escasa, van publicadas ya tres traducciones de este afortunado libro, serían muchas más las impresas en otros pueblos, donde la literatura tiene públicos inmensos.

Es posible que haya facilitado la publicación de tan grande número de ediciones alguna razón industrial. El hecho de que tres editores españoles (y catalanes por añadidura) se hayan apresurado á publicar casi simultáneamente traducciones de *¿Quo vadis?* me hace creer que, por falta de tratados acaso, esta obra es de las que pueden traducirse sin pagar derechos, de las que son consideradas como bienes mostrencos; pero esto no quita nada al triunfo y al renombre adquirido por Sienkiewicz con su novela. Porque, ¿á qué se debe sino á ese triunfo la multiplicación de las ediciones?

\*  
\* \*

*¿Quo vadis?* es una excelente novela, muy digna de ser leída y nada peligrosa en el sentido de que pueda temerse de ella una influencia inmoral en el ánimo del lector. Pero, con todo, al comparar su universal resonancia con la suerte de otros libros no inferiores en belleza literaria, se siente la tentación de pensar que su triunfo y su fama han sido superiores á su mérito. Sin menospreciar la obra de Sienkiewicz, puede afirmarse que no supera en ejecución literaria á otras novelas históricas como *Los últimos días de Pompeya*, de sir Enrique Bulwer Lytton, ó *Salambó*, de Gustavo Flaubert; mas, ¡cuánto no ha sobrepujado su rápido triunfo al de estas obras que, al cabo de muchos años de haber visto la luz, no superan, ni siquiera igualan en difusión á *¿Quo vadis?*! Y eso que este ejemplo se refiere á obras y autores celeberrimos, pues la diferencia sería mucho más marcada, si, como término de comparación, eligiésemos otros libros que, por pertenecer á literaturas más estrictamente *nacionales* y menos *universalizadas* que la francesa y la inglesa, no han salido, á pesar de su valor, de un círculo muy limitado. De las obras del portugués Eça de Queiroz, de que hablé en la Crónica anterior, dos por lo menos, *A Reliquia* y *Os Maias* son superiores á *¿Quo vadis?* como obras literarias. Entre las dos no habrán tenido ni la vigésima parte de lectores que la celebrada novela de Sienkiewicz.

Grande es el mérito de ésta. Sin él no hubiera sido posible que tantos y tan diferentes públicos acogieran con aplauso la obra, ni que ésta encontrase admiradores en Nueva York como en Roma, en Londres como en Madrid. Pero á su fortuna han ayudado, sin duda, otros factores. Acaso lo gastados que están otros géneros novelescos, la balumba inmensa de novelas naturalistas, psicológicas, novelescas, hace que la novela histórica, que se ha prodigado menos, resulte para el público una relativa novedad. La afición actual de los franceses á las literaturas del Norte, también habrá ayudado algo, pues París sigue siendo, para una parte del mundo, el *elegantiae arbiter*,

como el Petronio de la novela, el juez del gusto y de la fama, el definidor de las modas artísticas y literarias. Pero más que estas razones de segundo orden habrá contribuído, sin duda, al grande éxito de *¿Quo vadis?* la universalidad é interés de su asunto.

Los críticos extranjeros que han hablado de las obras de Sienkiewicz con motivo de esta de que venimos tratando, dicen que *¿Quo vadis?* no es la mejor, y que donde la personalidad literaria de su autor se manifiesta con mayor relieve y llega á más altura es en sus novelas polacas, y en particular en las de carácter histórico, como *Los caballeros de la cruz* y *Por el hierro y el fuego*. Pero ninguna de estas novelas ha alcanzado un triunfo como el de *¿Quo vadis?*, ni lograría acaso interesar, según la opinión de Wyzewa, á un público extranjero, en la medida que interesan y cautivan al público polaco, que ve en ellas como una resurrección de su accidentada historia. Les falta esa universalidad del asunto que á mi parecer ha entrado por mucho en la extraordinaria difusión de *¿Quo vadis?*

Las escenas y los personajes que en esta obra nos presenta el novelista son de un interés inagotable, eterno, en cuanto puede hablarse de eternidad dentro de los horizontes de una civilización. La Roma de los Césares, Nerón, los mártires cristianos, ejercen sobre el espíritu de todo hombre no ajeno á la cultura una poderosa sugestión. La tradición clásica y la tradición cristiana continúan siendo la base de la civilización moderna, á pesar de todos los cambios superficiales, de todas las revoluciones y de todas las negaciones con que en el curso de los tiempos han ido cubriéndose esos dos grandes y profundos estratos. Grecia y Roma en lo profano, el cristianismo en lo religioso y lo moral, siguen gobernando el pensamiento y la conducta de las generaciones actuales, al través de la innumerable serie de las generaciones muertas. Y esto ocurre en todo el mundo que se llama civilizado: en Europa, en América, donde quiera que llegan las ramificaciones de la civilización europea, basada en el humanismo y en el cristianismo. Quizás

• uno de los más poderosos motivos de la uniformidad fundamental que se observa en el espíritu de todos los pueblos que participan de la civilización occidental (en oposición á la civilización ó á las civilizaciones orientales, desarrolladas en otro sentido, con otra tradición y otros ideales) consiste en ese vínculo común de la herencia clásica y la herencia cristiana.

De ahí el prestigio inagotable del asunto en que ha inspirado Sienkiewicz su novela, prestigio que no es arbitrario, pues aunque no ocuparan el lugar que ocupan en la historia y en la educación de los pueblos modernos los recuerdos de la Roma imperial y de los primeros tiempos del cristianismo, tendrían de suyo un elevado valor intrínseco desde el punto de vista estético y ofrecerían á la poesía y á las Bellas Artes caudalosa fuente de inspiraciones.

La fantasía, al contemplar desde la prosa de los tiempos actuales aquel magnífico espectáculo del mundo antiguo, parece transportada al reino maravilloso del ensueño. Los principios de la obscura secta que había de dominar al mundo y poner á sus pontífices en el solio de los Césares, la orgía de la Roma imperial, el inmenso poder romano extendido sobre todas las tierras y todas las naciones conocidas, la misma magnitud de los crímenes y los vicios, son cosas que parecen sobrehumanas, superiores en sus proporciones á la talla actual de los hombres. Nerón mismo ¿qué es sino una encarnación monstruosa del *Uebermensch* de Nietzsche, ó el *único* de Stirner? ¡Extraña alma de histrión, no exenta de sentimiento artístico! Encarnada en un liberto hubiera hecho acaso un buen *mimo*, un regular poeta, un buen cochero de circo; en un individuo de la familia de los Césares, llamado á la púrpura, fue uno de los mayores monstruos que ha padecido la humanidad.

\* \* \*

*¿Quo vadis?* es la mejor vindicación que podía hacerse de la novela histórica, desdeñada por muchos, considerada por

unos como un género falso é híbrido, y por otros como una venerable antigualla. Sería un contrasentido que en una época en que tanto favor alcanzan y tan general afición despiertan los estudios históricos, la novela histórica hubiese estado proscripta del campo de las letras ó postergada en él. No ha sido así. Aunque menos que los otros géneros novelescos, no ha dejado de cultivarse éste. Y aparte de la novela histórica propiamente dicha, muchas de las novelas realistas ¿qué son en cierto sentido ámplio de lo histórico sino novela histórica contemporánea? Recuérdense, por ejemplo, algunas obras de la serie de los *Rougon Macquart*, varias de las de Galdós, *La educación sentimental*, de Flaubert, etc.

Pero prescindiendo de esto, la novela propiamente histórica, que es de la que aquí se trata, es un género que, lejos de desmerecer al lado de aquellos con que tiene más próximo parentesco, posee circunstancias y recursos especiales para despertar el interés del público y producir elevadas manifestaciones estéticas. En un sentido amplio puede decirse que es la epopeya moderna, ó, al menos, la forma de poesía contemporánea (poesía en prosa, por supuesto) que más se acerca á lo épico. La historia es siempre *referencia*, nos da una visión siempre incompleta de las cosas, y las más de las veces no llegará darnos una visión, sino un relato. Sólo el arte, en sus genuinas manifestaciones, desligadas de fines útiles, tiene el poder de crear y de evocar. Y esto es lo que hace la novela histórica: evocar los muertos, con las mágicas fórmulas del arte. Gracias á ella, y en general á las representaciones artísticas de lo histórico (pero principalmente gracias á las representaciones literarias) vemos resucitados los tiempos y los pueblos que fueron, vivimos un momento en ellos, contemplamos de cerca los personajes y los sucesos de que nos da noticia la Historia, y los vemos no como sombras sino como seres reales, dotados de todos los atributos y accidentes que se observan en la vida, y que con frecuencia no pasan á la posteridad. La historia es siempre incompleta, por lo mismo que tiene que atenerse á fuen-

tes fidedignas y exactas; el historiador nos presenta sólo una parte de lo pasado, lo demás queda en la sombra, y aún en lo mismo que nos comunica hay á veces mucho de incierto, de dudoso, de enigmático, numerosas lagunas que sólo puede llenar la fantasía.

El mismo Nerón (ya que de él se trata en la novela de Sienkiewicz), personaje tan universalmente conocido, ¿no tiene algo de enigma? Tenemos de su vida testimonios tan minuciosos como el de Tácito, pinturas tan enérgicas como la de Suetonio; la tradición ha amontonado luego sus datos; la erudición ha compilado las noticias sueltas que dejaron otros escritores, pero hasta nosotros no han llegado los escritos de los panegiristas de L. Domicio Enobarbo, y los aficionados á enmendar y rectificar la Historia pueden preguntarse, como lo hace Latour St. Ivars, por ejemplo, si no son recusables los testimonios históricos conocidos, procedentes todos de clientes y hechuras de los Flavios, interesados en hacer aborrecible la memoria del último César; si, como dice Flavio Josefo y el mismo Tácito confiesa al principio de sus Anales, el odio no fue uno de los más activos colaboradores de la historia de Nerón. El hecho es que el pueblo romano amó al monstruo y conservó por mucho tiempo su recuerdo y la esperanza de que volviese á aparecer. Como los aldeanos alemanes de la Edad Media esperaban la vuelta de Federico Barbarroja, y los portugueses del siglo XVI la de D. Sebastián, los romanos creyeron por mucho tiempo que Nerón no había muerto y que volvería á reclamar la púrpura. Durante veinte años después de su muerte aparecen tres falsos Neronés y hallan acogida en el Imperio ó entre los Partos.

Rara vez se rectifican con fundamento, al cabo de siglos, los veredictos de la historia, entre otras razones, porque faltan generalmente materiales para ello; pero las exageraciones pueden atenuarse. Figurémonos que de Felipe II no nos quedaran otros testimonios ni otro retrato que los emanados de los protestantes. Pues este es el caso de Nerón. Fue sin



duda un monstruo, pero sólo conocemos de él el retrato trazado por sus enemigos; la historia escrita por los clientes de los Flavios, por Tácito, Suetonio, los Plinios, ó por los historiadores cristianos que veían en el primer perseguidor la imagen del Anticristo. Todavía en el siglo XI se exorcisa el Pincio para ahuyentar la sombra de Nerón, y se levanta allí la iglesia de Santa María del Pueblo, con lo cual terminan los prodigios que las gentes supersticiosas atribuían al espíritu del César.

\*  
\* \*

Sienkiewicz se atiene rigurosamente á la historia en su novela. Principalmente Tácito es su guía; Nerón, Poppea, Tigelino, aparecen tales como nos lo muestra el gran historiador romano. Como ejemplo de la fidelidad con que sigue al historiador el novelista, pueden citarse los pasajes de los *Anales* concernientes á Petronio, que es uno de los personajes principales de la novela.

«Tenía por costumbre—dice Tácito (1)—dormir de día y salir de noche á sus negocios y gustos; y así como los otros ganan reputación con su industria, así la había alcanzado éste con su negligencia: y no le tenían por perdido como á muchos que consumen sus bienes, sino por persona que sabía gastar con artificio, y todos sus hechos y dichos, cuanto eran más sencillos y como de quien venía al descuido, tanto eran más agradables por su llaneza. Con todo eso, siendo Procónsul de Bitinia y luego Cónsul, mostró que era hombre de valor y suficiencia. Después, volviendo á darse á los vicios, ó imitándolos, fue admitido entre los privados de Nerón, para ser juez de sus deleites, porque en aquella grande abundancia de cosas, ninguna le daba gusto ni contento si no lo aprobaba Petronio, de donde nació la envidia de Tigelino, como contra su émulo y de mayor crédito en las cosas de gusto, y así acometió la crueldad del Príncipe, á la cual reconocían ventaja

---

(1) Traducción de Sueyro.

todas sus inclinaciones, imputando á Petronio la amistad de Scevino, y sobornó también á uno de sus esclavos para que le acusase, y le quitó los medios con que se había de defender, mandando prender á toda su familia. Acaso había ido en aquellos días César á Campania, y Petronio, habiendo llegado hasta Cumas, fue allí detenido y no sufrió más las dilaciones del temor y de la esperanza, y tampoco quiso morir aceleradamente, porque haciéndose cortar y atar las venas, para tornarlas á abrir cuando quisiese, estaba discurriendo con sus amigos, no de cosas graves con que pudiese ganar fama de hombre constante, ni de la inmortalidad del alma ó de las opiniones de los sabios, porque oía de mejor gana algunas canciones livianas y agradables. Dió dinero á algunos de sus esclavos y á otros mandó azotar. Salió á pasearse, recostóse á dormir, para que, siendo (como era) la muerte violenta, no lo pareciese, y en su codicilo no aduló (como hacían la mayor parte de los condenados) á Nerón, ó Tigelino, ó alguno de los privados, pero con nombre de mozos deshonestos ó de mujeres, escribió en él todas las maldades del Príncipe, refiriendo particularmente sus estupros extraños, y después de sellado le envió á Nerón y rompió el anillo porque no se sirviesen de él para hacer mal á otros.» (*Anales XVI*, 18 y 19.)

Hasta muchos de los personajes secundarios son realmente históricos y no de invención del novelista. Lo es, por ejemplo, Pomponia Grecina, citada también por Tácito; «Pomponia Grecina, mujer ilustre, casada con Plautio, el que volvió de la Bretaña con el Triunfo de Ovación, siendo *acusada de cierta superstición extraña*, fue remitida al juicio de su marido, el cual, según las órdenes de los antiguos, en presencia de sus deudos vió esta causa, de que dependían la vida y la honra de su mujer, á quien dió por inocente. Esta Pomponia vivió largo tiempo y en continua tristeza, porque después que mataron á Julia, hija de Druso, por la maldad de Mesalina, por espacio de cuarenta años se vistió siempre de luto, sin mostrar jamás contento, y habiéndosele permitido mientras imperó

Claudio, alcanzó después por esto gran gloria.» (Anales XIII, 32).

Claro es que *¿Quo vadis?* no es una mera glosa de los historiadores clásicos, ni un mosaico formado con textos de escritores latinos. La fantasía tiene allí la gran participación que en toda obra poética le corresponde, cualesquiera que sean sus materiales objetivos. Pero lo histórico en la novela de Sienkiewicz no es mero aderezo, no es simplemente el marco de una ficción novelesca en la cual fuesen completamente accidentales las circunstancias de tiempo y de lugar.

Lo histórico, en realidad, es lo principal. En *¿Quo vadis?* está perfectamente entendido lo que debe ser la novela histórica. Desde el punto de vista de la composición y de la factura literaria, es un modelo de obras de este género. Como en la novela histórica, para que merezca realmente este nombre, debe predominar lo épico, lo colectivo, sobre lo individual, que por el contrario llega á sobreponerse en absoluto en la novela psicológica, haciéndola próxima pariente de la lírica, la pintura de la corte de Nerón y de la vida de las comunidades cristianas es lo principal en la obra. Descuellan, sobre todo, en ella, las descripciones, los cuadros de conjunto, las escenas del anfiteatro, el viaje de Nerón á Ancio, el incendio de Roma, los suplicios de los cristianos, las orgías del César y su corte.

Tampoco falta el elemento dramático. Los amores de Ligia y Vinicio, amenazados por las pasiones de Popea y las intrigas de Tigelino inspiran páginas de verdadera intensidad trágica. El poder sin límites del César se alza ante ellos como una encarnación del *Fatum*, del Destino implacable, contra el cual no es posible luchar. Y al cabo, cuando se realiza el prodigio de la salvación de Ligia, expuesta ya en el anfiteatro, parece aquella escena el símbolo del triunfo de la fe cristiana, sobre el Destino antiguo.

Si en los personajes verdaderamente históricos es de notar la fidelidad con que están interpretados en la novela y lo conforme que es con lo que de ellos nos refiere la Historia, la

representación que de los mismos nos da el novelista, entre los que son por completo obra de la fantasía, hay algunos que son verdaderas creaciones artísticas, como el sofista Chilón y el cristiano Crispulo. La escena en que éste, clavado en la cruz, increpa á Nerón, es de las más dramáticas de la novela.

El título *¿Quo vadis?* no es muy propio. La escena á que en él se alude, tomada de las tradiciones cristianas, es en la novela un mero episodio aislado. La obra, por otra parte, trata más de Nerón y de la sociedad pagana que de los cristianos.

\*  
\* \*

En cuanto á las tres traducciones castellanas publicadas hasta ahora es mejor no hablar. En una de ellas aparece la obra mutilada de modo tan escandaloso, que quizás resulte reducida en una tercera parte de su texto; párrafos enteros han desaparecido y el lector de esta versión no se formará más que una remota idea del libro de Sienkiewicz; leerá sólo una especie de extracto. El lenguaje es en todas incorrectísimo, y á cada paso se topa con construcciones viciosas y galicismos de los que no tienen excusa alguna. Los que han ejecutado estas traducciones, más que traductores han sido verdaderos *traditores* y aun verdugos. El hecho no es nuevo, desgraciadamente, pues esta clase de trabajos está en gran decadencia y las traducciones que se publican, con contadas excepciones honrosas, van siendo cada día peores. Se ha convertido en industria, mal pagada, lo que debía ser un ejercicio literario, y los frutos son los que corresponden á esta degeneración.

Es lástima que no haya alguna traducción española esmerada y correcta de obra tan notable. Más que tantas traducciones malas, habría valido una sola que fuese al menos gramatical. Como todavía hay anunciadas versiones nuevas, esperemos que al cabo podrá leerse *¿Quo vadis?* en castellano.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—BELLAS ARTES: La pintura y la escultura francesas en el siglo XIX.—FILOSOFÍA SOCIOLOGICA: El tolstoismo y el anarquismo.—BIOGRAFÍA: Una mujer de historia.—Lady Gladstone.—PSICO-FÍSICA: La doctrina de la sugestibilidad y sus consecuencias.—MEDICINA: La cuestión de la tuberculosis.—IMPRESIONES Y NOTAS: La reforma de la ortografía francesa.—Ejercicios, juegos y sports.—Cinismo inglés.—Bismarck pintado por Olivier.—Las guardillas Feret.—La máquina telegráfica de escribir.—Los empleos en tiempo de Mazarino. Pecados de la escuela y del fisco.

## BELLAS ARTES

LA PINTURA Y LA ESCULTURA FRANCESAS EN EL SIGLO XIX.—Este estudio—dice en la *Revue Bleue* Camilo Mauclair—no tiene más pretensión que la de definir con claridad las evoluciones del ideal moderno en sus cuatro grandes movimientos: el *clasicismo*, descendiendo hasta el mero simbolismo; el *romanticismo*, degenerando hasta el estarcido de Academia; el *realismo*, gradualmente ceñido al arte de la intimidad y luego á la escena de género y á la ilustración, y el *impresionismo*, en fin, convertido en arte decorativo y musical.

David, en el dintel del siglo, impone á la vez espléndidamente su pomposo clasicismo de *La Coronación* y su realismo de *La muerte de Marat*, llenando de admiración sin conmovér. Ingres, naturaleza vigorosa, se ciñe, como David, á la estética creada por su espíritu, inferior á su temperamento, siendo á

la vez el amoroso pintor de las bañistas desnudas, y el penetrante retratista de Bertin, y el antipático autor de la *Apotheosis de Homero*. En torno suyo se agitan Gérard y Girodet, siguiendo Flandrin bastardeado. Ary Scheffer, asombrosamente pobre de medios, seduce, sin embargo, por cierto sentimiento de ascetismo, como Couture con sus hermosos retratos y nobles figuras académicas es el último sostén de sus ideas retrógradas, antes de que Cabanel, y luego Gerome, Bouguereau, Lefevre y el mismo Bonnat consagren la definitiva decadencia de aquella viciosa corrupción, anudando las dos tendencias, clásica y realista, en una especie de idealismo ecléctico.

El romanticismo estalla como una charanga, y, sin embargo, su primer genio pictórico es un genio sombrío y misterioso. Delacroix, colorista exaltado bajo la supremacía apasionada de un gran sueño pesimista y trágico, emparentado con los grandes maestros del siglo xvi, permanece exento del abuso orgiástico de la hermosa carne, recogiendo tan sólo en el incendio del goce sensual del Veronés y de Rubens, algunos tizones humeantes para iluminar con ellos los rostros de sus meditabundas figuras, de finas y elegantes siluetas, siendo el hombre que á principios del siglo presagia su fin. Junto á él se imponen Gros y Géricault, decorador notable el uno, con la ciencia de los vastos conjuntos, y pintor de trozos el otro, con el sentido de las siluetas dramáticas. Tras ellos brota la admirable escuela de los paisajistas románticos Teodoro Rousseau, Daubigny, Troyon, Díaz, herederos de Ruysdael y de Carlos Lorrain, con el nuevo sentimiento de la vibración del color royendo las siluetas sin limitarlas; este grupo de hombres, intermediario entre el romanticismo y el realismo, canta la Naturaleza por sí misma con un sentimiento lírico que interpreta el paisaje, no como la decoración que sirve para dar relieve á los personajes, sino como el asunto mismo del esfuerzo del artista. De estos maestros brotará la primera escuela de paisajistas de Europa, elevada con Corot á la altura del espiri-

tualismo lamartínico, vigorosamente materialista en Barbizon y exaltada con el impresionismo hasta el genio sinfónico en Claudio Monet.

A todas estas raíces de la florecencia del siglo hay que añadir otras varias aisladas, pero no menos admirables. Proudhon, suave y misterioso; Corot, en ciertas partes de su obra; Puvis de Chavannes, desde cierto particular punto de vista; Gustavo Ricard y Eugenio Carrière. Y he aquí la estirpe de los realistas románticos, inaugurada por el orientalista Decamps, á quien siguen Marilhat y el delicado Fromentin, el magistral colorista Daumier y, por último, Courbet y Manet en su primer período.

Así se prepara á principios del siglo el desarrollo de los grandes movimientos de la pintura, con desigual vitalidad de estas diversas tendencias: el clasicismo, cuyo precursor ha sido David siendo Ingres el San Pablo, morirá sin belleza en los talleres Julián, después de haber languidecido tras Couture; el romanticismo realista, glorioso, se detendrá en Manet, que le orientará en la dirección de la observación sensitiva de la vida moderna; el romanticismo de Delacroix, un tanto aclasificado y dirigido hacia el arcaísmo, la leyenda y el misticismo, brillará de pronto con Teodoro Chasseriau, y sobre todo en el genio singular de Gustavo Moreau, pero se desviará hasta los errores simbolistas y la indigencia técnica de nuestros recientes Rose-Croix. Los espiritualistas, aislados, indefinibles, paralelos á estas tendencias diversas, producirán un retratista maravilloso en Gustavo Ricard, un genio suave en Corot y un genio decorativo inclasificable, tan literario como pictórico, en Puvis de Chavannes; y estos maestros que llegan á su apogeo cuando la música sinfónica se vulgariza creando una revolución nerviosa, llevan suavemente el arte de la visión coloreada á una musicalidad, donde por caminos diferentes llegarán los grandes cultivadores del impresionismo, Monticelli, Besnard, Renourd y Monet.

Todos se conciliarán así en la visión del porvenir armónico

de su arte, mientras el *modernismo*, nacido del antiguo pintoresco, del japonismo y de la iconografía documental, absorbe ciertos artistas excepcionales, Rops, Degas, Chéret y nuestros actuales dibujantes.

Paralelamente la escultura, amable y muda desde Houdon, se transfigura de un golpe tras el gusto pretencioso del imperio, en el que sólo brilla el último reflejo del alma exquisita de Clodion y de Dupré. Rude parece ser la única expresión artística del genio napoleónico, tan refractario á todo arte, y es la expresión espléndida de la estatuaria vibrante y lírica que impone al rayar el siglo el principio de la deformación metódica de los modelos en razón de la intensidad de la luz ambiente, principio que, setenta años después, recogerá Rodin en la plena madurez de su inspiración.

El florecimiento de los románticos se prolonga hasta después del medio siglo: Delacroix, en plena posesión de su genio, ve á Teodoro Chasseriau inspirarse en su orientalismo y crear los frescos del Tribunal de Cuentas, y á Gustavo Moreau empezar á exponer las primeras obras de su prodigiosa serie; hay que llegar en nuestros tiempos á un pintor erudito, apasionado, vibrante, alma dotada de la belleza trágica, Rochegrosse, para ver la tradición de Delacroix, Chasseriau y Moreau, lanzar su último resplandor antes de morir.

Corot aparece, sin embargo, como fenómeno de la escuela del paisaje romántico, que interpreta y alegoriza la naturaleza por el sacrificio de la verdad material en aras del sentimiento que inspira, logrando efectos que seguirá obteniendo Lépine, y tras él Augusto Pointelin y Simón Bussy. Otro aislado que también ha de ejercer seria influencia es Millet; no es el hombre del dibujo é ignora la alegría del pintar; pero realiza con silenciosa violencia obras en que palpita sombrío y severo panteísmo, siendo el revelador de las siluetas trágicas de los doloridos cavadores; cuando quiere ser poético, como lo será más tarde Julio Bretón, comete errores de vulgaridad, como el demasiado alabado *Angelus*; toda la escuela de Bas-



tien-Lepage creará descender de él cuando no ha hecho más que llevar su ideal á la decadencia.

Gustavo Courbet modifica simultáneamente la dirección del arte romántico con todas las cualidades de un jefe de partido; simplista, violento y robusto, que impone sus páginas de áspera realidad con sus antros y sus rocas, sus fuentes y ramajes. Seguido por Vollon, por Teodulo Ribot y por Bonvin, Courbet es el prefacio de Manet, que le domina como un inspirado á un aficionado, siendo el continuador de Ribera y de Goya, y pintando *El torero muerto*, *El guitarrero*, *Lola la valenciana* y *El bebedor de ajeno*. Manet, como dice sutilmente Degas, «pintaba misterioso en lo claro». Las investigaciones armónicas de su amigo Claudio Monet, revelado como el promotor del paisaje fundado en la vibratilidad de la luz ambiente, le dan la idea de aplicar al rostro la observación rigurosa de las fragmentaciones del espectro solar al aire libre, y cuando Monet con sus *Impresiones* crea el impresionismo en el salón de los desechados de 1867, ya Manet había limpiado la paleta de todos los adobos para no dejar vibrar en ella más que las suficientes combinaciones de los siete colores del prisma, transformando el realismo romántico en la intensa visión de la vida moderna, pintando la *Barricada* y la *Ejecución de Maximiliano* y siendo el creador del modernismo.

Entre sus amigos, unos le siguen, y otros se enfrascan con Claudio Monet en el estudio de las luminosidades. El más importante de los primeros es Degas, que realiza en su serie de *Bailarinas* y *Mujeres en el tocador*, maravillas de observación de las actitudes modernas y de interpretación del desnudo; de Degas proceden Forain y Hellen; Renoir es á la vez un modernista y un armonista del color por sí mismo, un Boucher de espléndido colorido; la llorada Berta Morisot deja una serie de acuarelas de encantadora vivacidad en un modo intermedio entre el de Monet y el de Renoir. En cuanto á Claudio Monet, crea una técnica renovada de Lorrain y Watteau y se

relaciona también con Turner por el carácter violento y exuberante de su visión deslumbradora, por su afición á los efectos de claro sobre claro; entre él y sus maestros hay que colocar á Monticelli, genio romántico y exaltado hasta la demasía, pero genio maravilloso de colorista; en torno de Manet interpretan la naturaleza con visión armónica, casi musical de la coloración, Sisley, Pissarro, Lebourg y Raffaelli.

Alfonso Legros y Fantin Latour, son dos disidentes del programa primitivo; pero el impresionismo invade victoriosamente los salones y Alberto Besnard aplica originalmente sus innovaciones á un conjunto de nobles ideas decorativas, á una fecunda serie de retratos y pasteles, á los que ha añadido el estudio especialísimo de los reflejos y contrastes entre los tonos fríos y los cálidos, siendo con Wisthler el pintor más seguido de la nueva generación.

Cazin, armonista melancólico, y Eugenio Carrière, claro-obscurista de admirables *maternidades*, son inclasificables, como no se les llame espiritualistas; junto á ellos se puede colocar á Renato Menard, los Duhem, Sidaner y Martín. Aman Jean y Antonio de la Gándara se dejan influir por Wisthler, y Blanche se inspira en Gainsborough. En el grupo de los novo-realistas figuran Luciano Simón, Andrés Dauchez, Prinnet, y sobre todo, Carlos Cottet, y los discípulos de Moreau presentan en Eugenio Martel, Besson, Braut y Milcendeau, serios artistas de porvenir. Es la crema de la futura escuela francesa, á la vez modernista y soñadora, á la que el espíritu oficial y clásico nada puede oponer, como no sea Carolus Duran, Henner, Dagnan-Bouveret, Benjamin Constant y Laurens.

Entre los dibujantes inspirados desde 1860 por el arte japonés, merecen citarse Constantino Guys, Feliciano Rops, creador de un desnudo inolvidable de la mujer contemporánea; Gavarni, iniciador de las ilustraciones; Bracquemont, maestro del agua fuerte, Redon, maestro litógrafo; Gustavo Doré, colorista romántico de pintoresca intensidad en el blanco y ne-

gro, y nuestros modernos Villette, Lautrec y Forain. El admirable Julio Cheret, pastelista audaz, litógrafo experto, cartelista que ha elevado el despreciado anuncio á las alturas del arte grande, no tiene puesto fijo en ninguna clasificación con su talento desbordante.

Y para concluir, he aquí á Puvis de Chavannes, inclasificable también, y á la vez que clásico sin ser ingresco, realista por su sentido del gesto natural y del desnudo, sin estética preconcebida, virgiliano por su gusto por el paisaje verdaderamente rústico, alegorista sin hieratismo, simbolista sin dejar de ser concreto, é impresionista por sus armonizaciones. En resumen: Delacroix, Manet y Puvis de Chavannes, tres genios sintéticos de tres grandes fases; Rousseau, Corot y Claudio Monet, tres grandes paisajistas; Ingres, Renoir y Degas, tres pintores de la mujer; Gustavo Moreau, un poeta excepcional. Estos diez hombres, y otros muchos grandes talentos, Decamps, Courbet, Millet, Besnard, Ricard; tal es el balance pictórico del siglo XIX.

Por lo que hace á la escultura, son raros los genios que desde Rude surgen. Antonio Barge se impone como animalista; Pradier por su gracia y elegancia, y Clesinger por su virilidad; pero el verdadero maestro es Carpeaux, que eleva el arte de David de Angers á la altura de la pura intelectualidad con su *Danza* del frontón de la Opera, su *Flora* del pabellón de las Tullerías, su *Pescador napolitano*, su fuente del Observatorio y tantas otras obras. Entre los escultores de la tercera república, Falguière, delicadamente expresivo; Dalou, potente y profundo; Mercier é Injalbert, declamatorios; Dubois, noble y fino, y Fremiet, enérgico, se destaca Augusto Rodin como el tercer genio escultural del siglo, completando á Rude y á Carpeaux, con obras admirables, en las que se percibe un poder inaudito de expresión del movimiento y de una serie de sensaciones que parecían reservadas á la literatura. Tras él camina Pedro Roche, inventor ceramista y grabador al par que estatuario; Alejandro Charpentier, innovador del arte

aplicado al mobiliario; Bartolomé, el conmovedor autor del *Monumento á los muertos*; la señorita Claudel, enérgica y original, y Emilio Boardelle. Todos se entusiasman por el gran genio que trabaja hace veinte años en las *Puertas del Infierno*, amontonando figuras extraordinarias y realizando la melodía continua del alma en la Naturaleza.

## FILOSOFIA SOCIOLOGICA

EL TOLSTOÍSMO Y EL ANARQUISMO.—El grupo de «Estudiantes socialistas revolucionarios-internacionalistas» de París ha presentado al «Congreso obrero revolucionario internacional» un informe sobre el tolstoísmo en sus relaciones con el anarquismo, que reproduce *L'Humanité Nouvelle*, y que merece ser conocido.

En Francia Tolstoi pasa casi como un pensador anarquista, ó cuando menos de ideas extremadamente avanzadas; en Inglaterra se forman colonias donde los «anarquistas cristianos» tratan de ajustar su vida á los principios del tolstoísmo, sucediendo otro tanto en Holanda, donde este movimiento reviste carácter religioso y recluta numerosos adeptos; en Rusia, por el momento, en que Tolstoi ha dado á luz su programa, ha conquistado gran parte de la juventud, que en otro caso se hubiera consagrado al socialismo y á la revolución en lugar de entregarse al perfeccionamiento individual.

Tolstoi goza de gran estimación entre los partidos extremos, principalmente por su crítica de la sociedad actual, de la Iglesia, del Estado, del militarismo, de las clases dominantes y de su parasitismo. Pero, aparte de esto, ¿tiene Tolstoi un ideal social? ¿Cuál es? ¿Coincide con el revolucionario?

El problema de la vida, al que con tanta angustia ha buscado Tolstoi una solución, es el origen y la razón de ser de todo su sistema. Para todo hombre vivir es buscar la dicha; pero la dicha de cada uno está ligada con la dicha de todos los

demás y amenazada constantemente por los dolores y la muerte. ¿Qué dicha encontrar en una existencia que no es más que una muerte lenta? Tolstoi buscó en todas las ciencias la solución y no la encontró: «la ciencia y la filosofía—dice—se ocupan de todo lo que se quiera, menos de lo que el hombre tiene que hacer para ser mejor y vivir mejor». Abandonando entonces la ciencia, buscó la solución del problema en la vida misma, y encontró «cuatro salidas á esta horrible situación en que todos nos hallamos:» la de la ignorancia, que consiste en no saber que la vida es un mal; la epicurea, que se aprovecha de los goces que se nos presentan; la de la fuerza y la energía, que es el suicidio, y la de la debilidad, que consiste en arrastrar su vida, aun comprendiendo lo mala y contradictoria que es. En este punto de la evolución de su pensamiento, Tolstoi vió que miles de seres volvían sus ojos á la fe y encontraban en ella una solución. Tolstoi se dirigió á la fe; pero como ésta le pedía el sacrificio de la razón, Tolstoi no podía consentirlo, y estudiando las religiones en busca de una creencia razonable, tuvo que abandonar con dolor aquel camino, porque los creyentes se conducían peor que los incrédulos. Dejando el trato de los sacerdotes y los teólogos, se acercó á los creyentes del pueblo, peregrinos y aldeanos, y entonces descubre la solución del problema en el amor, en la caridad, y todo se aclara y se ilumina con esta luz. Tolstoi se crea así una religión: «la doctrina de Cristo restablecida en toda su pureza,» en la que la idea de Dios se confunde con la de la vida misma, y que es la religión de la caridad.

De los cinco mandamientos en que se encierra, los más importantes son el primero (no desprecies á nadie ni te irrites contra nadie; vive en paz con todos sin considerar jamás la cólera como legítima); y el cuarto (si te pegan, aguántate; si te hacen trabajar, trabaja). La médula del sistema está en la frase «no resistas al malo»; no es posible amar á su prójimo y hacerle daño; la violencia es mala en principio por ser contraria al amor. «El fin de la vida—dice—es la salvación del hom-

bre; para lograrla hay que vivir en Dios, y para vivir en Dios hay que renunciar á todos los goces de la vida, trabajar, humillarse, sufrir y ser caritativo.» Jesús y sus discípulos practicaron esta moral, entre cuyas reglas principales figura la ley del trabajo: hay que trabajar y prohibirse explotar el trabajo ajeno.

Nosotros—dicen los estudiantes revolucionarios—creemos con Tolstoi que el individuo sin amor es un ser mutilado; que el egoísta existe en un grado de existencia muy inferior al altruísta, y que su vida no es vida; creemos que el individuo debe sacrificar, si es cuerdo, tal ó cual dicha particular á lo que es la fuente de la mayor de sus dichas; pero también creemos que el amor no tiene razón de ser si no se hace ningún caso de la dicha individual. Si yo estimo que la felicidad del individuo no es nada, ¿por qué he de querer por amor asegurar la felicidad de los demás? ¿Por qué he de hacer un trabajo manual en provecho de mis semejantes si no saco yo mismo provecho del bienestar que así les proporciono? ¿Por qué la simpatía me ha de impedir abofetear á mi vecino si el mal físico no me parece un daño y la muerte me es indiferente?

El más grave de todos los errores de Tolstoi es la doctrina de la no resistencia al mal por la violencia. «No se engendra el bien—dice—por el mal, sino por el bien.» El mal, en efecto, no produce el bien, ni el castigo repara el crimen. Pero hay violencias que no se pueden condenar, porque tienen por objeto evitar otras violencias que no podrían evitarse de otro modo; á veces no se puede realizar el bien, y hay que elegir entre dos males: hacer ó sufrir una violencia. ¿Por qué ha de ser mejor sufrirla que ejecutarla? Si la existencia de una persona querida está amenazada, y para salvarla hay que sacrificar la persona que la amenaza, no hay nada que pueda impedir la elección del menor de estos daños. Si unos hombres persiguen á otros para matarlos y no hay tiempo de convertirlos á la religión del amor, no puede negarse el derecho de elegir entre la vida de los perseguidores y la de los perseguidos. Claro

es que al obrar así no se realiza una obra profundamente moralizadora, pero de dos hechos que debían producirse, se favorece el menos inmoral. Tolstoi objetaría, sin duda, que la violencia empleada para defenderse es de efecto desmoralizador; lo tendría si, como el juez ó el patriota, se la proclamara buena y necesaria, pero no eligiéndola por ser el menor de dos males necesarios.

Es, por otra parte, muy difícil trazar un límite entre la acción pacífica, la resistencia pasiva y la acción violenta. Un propagandista que combate tal tendencia ó tal institución que le parece nociva, no puede nunca responder de que no haya entre los secuaces que le escuchan algunos que no quieran limitarse á la propaganda pacífica. ¿Deberá abstenerse de propagar sus ideas so pretexto de que pueden impulsar á alguien á realizar actos de violencia? Para ser completamente consecuente había que abstenerse de toda crítica sufriendo todos los males; pero ¿no se cometería entonces la mayor inmoralidad, dejando que el mal se desarrolle impunemente? ¿No sería esa moral causa efficacísima de la más profunda desmoralización?

¿Cómo se explica que Tolstoi prefiera sufrir la violencia á revolversse contra ella? Porque el acto de amor y de paz le parece bueno por sí mismo, y no quiere ocuparse de la dicha individual; porque el sufrimiento le parece bueno cuando es aceptado en nombre del universal amor, aunque no aproveche á nadie. De aquí el absurdo de que el amor pueda producir la desgracia del individuo. (1)

Como Tolstoi, los anarquistas quieren fundar su sociedad en el amor mutuo de los hombres, pero no basan su ideal en

---

(1) ¿Y qué importa esa desgracia del individuo—respondería seguramente Tolstoi,—si con ella se moraliza la sociedad? El sacrificio del individuo es en sí mismo hermoso y bueno; como tal es también ejemplar, y por consiguiente útil á la colectividad. ¿Por qué no aceptarlo y recomendarlo?

la muerte del individuo, sino que quieren asegurar al individuo la mayor dicha posible, pues sin esto la sociedad no tendrá razón de ser. La busca de la dicha individual es un lazo que une á los hombres y si estos se asocian no es para huir de esa dicha, sino para asegurarla y aumentarla; el trabajo común crea el bienestar común, y este bienestar es un lazo entre los hombres.

Tolstoi da con razón gran importancia al trabajo manual; pero el Evangelio dice: «¡Bienaventurados los simples de espíritu!», y Tolstoi es hostil al trabajo intelectual. Es injusto y malo que unos hombres se dediquen exclusivamente al trabajo intelectual y otros al manual, pero Tolstoi exagera cuando niega todo valor al trabajo del espíritu; es verdad que admite el trabajo intelectual siempre que vaya precedido por la religión del amor; pero cree que para comprender y poseer esa religión hay que ponerse en el estado del niño y del simple de espíritu. Tolstoi quiere llegar al amor por la disminución del individuo y no ve la contradicción en que incurre: rechaza la vida animal y los placeres del cuerpo en nombre de la vida intelectual, y luego reniega de la inteligencia.

Bien se ve—dicen los revolucionarios,—que Tolstoi está bastante lejos de nosotros: no busca la sociedad más feliz posible, sino la que mejor se acomoda á los preceptos de Cristo. Nosotros creemos que la división del trabajo es útil y que el maquinismo tiene un gran porvenir social: Tolstoi es enemigo de todo eso, queriendo volvernos á todos á la vida de los campos y á las sociedades de pastores, y esa sociedad amorfa es hoy irrealizable. Tolstoi quiere formar una sociedad sin autoridad ni ley, pero quiere lograrlo por la disminución del individuo, haciendo á todos resignados, simples, humildes y sufridos, en lugar de afirmar al individuo haciendo á todos fuertes, inteligentes y felices. Tolstoi puede acercarse á Schopenhauer: para éste la voluntad, hecha consciente, se suicida por amor. Nosotros nos acercaríamos más á Guyau, que dice que la vida hecha consciente, se intensifica [por el amor.



Tolstoi será muy útil contra los reaccionarios que fundan sus convicciones en la mal llamada moral cristiana, pudiendo hacer reflexionar á los creyentes sobre la legitimidad de nuestras instituciones, servicio militar, justicia, Estado ó Iglesia; será muy útil también contra los que, desembarazados de los principios religiosos, defienden el actual estado de cosas en nombre de la lucha por la existencia y de la razón del más fuerte, mostrándoles que el egoísta no existe realmente, porque su vida, en oposición con la de todo el Universo, no tiene ninguna significación. En suma—concluyen los estudiantes,—la propaganda de Tolstoi es de utilidad teórica indispensable, pero presenta también grandes peligros porque, careciendo de ideal social, puede apartar los espíritus del movimiento social y de todo lo que constituye el socialismo.

### BIOGRAFIA

UNA MUJER DE HISTORIA.—La sobrina del gran Pitt, lady Ester Stanhope—dice Pariset,—ocupa entre las mujeres extraordinarias de este siglo preeminente puesto, habiendo constituido por sí sola durante cuarenta años un poder político con el que reyes, sultanes y emires tuvieron que contar más de una vez.

Ester Lucía Stanhope nació en Londres el 12 de Marzo de 1776, del matrimonio de Ester Pitt, hija de lord Chatam, con el conde Carlos Stanhope. Este era un escéntrico, inventor de varias máquinas y liberal avanzado, hasta el punto de que bajo el influjo de las ideas de la revolución francesa hizo borrar los escudos de sus carruajes, y vendió por demasiado aristocráticas las tapicerías y la vajilla de plata que el Rey de España había regalado á su abuelo: sólo la plata pesaba más de 300 kilos. Sus costumbres eran muy raras: «En el rigor del invierno—dice su hija,—se acostaba con la ventana abierta y bajo doce mantas; daba risa verle; al salir de la cama, se cu-

bría con una ligera bata, metía sus piés desnudos en unas babuchas y se iba á un rincon donde no había alfombra á tomar su té con un pedazo de pan moreno.»

La madre de Ester era lo que se llama «una gran señora», amiga del boato, cuyos criados llevaban siempre traje á la francesa, pareciendo los ayos y niñeras embajadores; las lavanderas establecidas en las dependencias lavaban al mes cuatro mil piezas de ropa blanca por lo menos; el servicio de mesa exigía un buey cada ocho días y un carnero cada mañana, viéndose aparecer los días de fiesta *plumpuddings* que dos hombres llevaban con trabajo. La más escrupulosa etiqueta regía el ceremonial, y estaba prohibido á las camareras rizar-se el pelo, llevar vestidos claros y tacones que pasasen de cierta altura. Siempre que alguna pobre daba á luz en los alrededores la enviaba dos guineas de oro, una canastilla, una manta, medicamentos, dos botellas de vino y todo lo que su hijo pudiera necesitar.

Ester perdió á su madre á los cuatro años, y su padre contrajo segundas nupcias con Luisa Grenville, criatura sin corazón ni talento, que sólo pensaba en modas y teatros. La educación de los hijos del lord no podía menos de resentirse de esta falta de dirección, y cada uno hacía lo que se le antojaba bajo la dirección de los criados. «Nuestra institutriz—dice Ester,—nos encerraba el cuerpo entre tablas que oprimía con todas sus fuerzas para darnos talle de avispas, pero era imposible.» Ester se sublevó contra semejante sistema y se negó toda su vida á usar corsé.

La independencia de su carácter se descubría en todos sus actos desde niña. Tenía siete ú ocho años cuando el Embajador de Francia hizo una visita á su padre. Tan impresionada quedó Ester de las maneras del Embajador y de sus gentes y de la elegancia y riqueza de sus trajes, que resolvió ir á ver un país que tales maravillas producía. Pocos días después la enviaron con sus hermanas á Hastings, y en seguida aprovechó la ocasión para saltar á un bote, coger los remos y dirigirse á

alta mar, costando no poco trabajo reducirla y convencerla.

Algunos años después, su padre, en uno de sus accesos democráticos, decidió vender todos sus carruajes: nadie se atrevía á oponerse, pero su mujer estaba tan desesperada que Ester intervino: se compró unos zancos, y habiendo aprendido á manejarlos, se puso á andar con ellos en una calle muy sucia por donde su padre tenía que pasar.—¿Qué significa esto?—preguntó lord Stanhope al verla.—Papá, he querido tener zancos para andar por el lodo, ya que vos queréis vender vuestros carruajes; á mí me importa poco el lodo, papá, como habrás visto; pero esa pobre lady Stanhope ha tenido siempre costumbre de ir en coche, está delicada y no lo va á pasar bien.—¿Qué estás diciendo ahí, muchacha?—dijo el padre un tanto preocupado; después, tras una pausa, añadió:—¿Qué dirías, pequeña, si dejara un coche á lady Stanhope?—Diría, papá, que sois muy bueno.—Pues bien, ya veremos; pero ¡pardiez, nada de blasones!—Y así se hizo.

Ester no tuvo nunca gran ilustración; pero su prodigiosa memoria y su gran talento suplían los defectos de su instrucción y colmaban las lagunas de sus desordenadas y numerosas lecturas; á lo que siempre tuvo aversión fue á las Bellas Artes y á la poesía: lord Byron, que la visitó en Atenas en 1810, no era á sus ojos más que un hombre ordinario, y cuando Lamartine la visitó en Oriente, Ester pareció ignorar que hablaba con un poeta.

Ester no fue nunca bella, pero no dejaba de ser agradable; no habiendo podido casarse con su primo lord Cammelford por disputas de familia, permaneció soltera toda su vida. El objeto de su admiración era su tío Pitt, el primer Ministro. Por estar á su lado abandonó su casa, y desde 1803 le sirvió de secretario, con lo cual no sólo daba rienda suelta á sus gustos, sino que protegía á su padre, cuyo ardor revolucionario podía acarrearle serios contratiempos. Para que sus hermanos no estuvieran bajo el influjo de sus predicaciones, los

hizo robar durante una noche, y desde entonces se encargó ella misma de su educación.

La influencia de Ester fue omnipotente: encargada de la correspondencia y á veces hasta de la redacción de los proyectos y notas diplomáticas, supo cambiar frecuentemente las determinaciones de Pitt, sosteniéndole enérgicamente con sus consejos en su lucha con los wighs y los jacobinos; el Rey Jorge la declaraba «el mejor de sus hombres de Estado», y su tío la definía así: «extraña criatura á quien sienta bien la soledad, con tal de que sea profunda; el mundo, con tal de que sea un torbellino; la política, á condición de que esté embrollada.»

Fuerte con su crédito, dió libre curso á su misantropía y su desdén, criticando á todos, y creándose multitud de enemigos; para ella Wellington era un «hombre de placer que bailaba como un palurdo y bebía como un templario», habiendo ganado la batalla de Waterloo por casualidad; al Príncipe de Gales le tenía particular aversión, y á Addington y otros muchos les echaba en cara su obscuro nacimiento. La muerte imprevista de su tío Pitt, ocasionada por la noticia de la batalla de Austerlitz, fue para Ester un rayo: retiróse primero á Montagne Square, y tres años más tarde á Builth, en el país de Gales, donde pasaba el tiempo cuidando enfermos y gallinas. El Rey, escuchando los últimos deseos de Pitt, hizo que el Parlamento le votara una pensión de 1.200 libras, á las que en 1825 agregó otras 1.500 por la muerte de su hermano Jaime. Con estos recursos (67.500 francos de renta), más los suyos propios, vivió el resto de su vida, lo que no le impidió morir en la miseria.

Llevaba en Builth una existencia bastante tranquila cuando la muerte de su hermano Carlos y del general Moore, en el sitio de la Coruña, acabó de agriar su carácter, haciéndola salir en 1810 de Inglaterra para no volver jamás. Al principio se estableció en Constantinopla; pero queriendo alejarse más de la civilización, se embarcó al año siguiente para Siria,

naufragando en el golfo Main, y salvándose con gran trabajo; no hallando en tierra para vestirse más que trajes de hombre á la turca, tuvo que tomar uno; pero de tal modo quedó encantada al verse con él, que resolvió no volver á usar otros trajes de mujer.

Conociendo que en los pueblos de Oriente hay que seducir con el fausto para adquirir prestigio, procuró herir la imaginación de las gentes con su ostentación, y lo mismo en Egipto que en Jaffa, Jerusalem y las poblaciones de la Siria, deslumbraba con sus riquezas y era recibida como una divinidad. En 1813 realizó la célebre expedición á las ruinas de Palmira y en medio de un cortejo verdaderamente regio, se hizo coronar *reina de Tadmur*, título que los árabes y los drusos le conservaron hasta su muerte; las fiestas de la coronación duraron tres días, las ruinas fueron iluminadas tres noches espléndidamente, y el gasto no bajó de 30.000 duros.

Entonces se estableció en el convento abandonado de Mar-Elías, cerca de Latakié, y allí acabó de masculinizarse, fumando el narghilé y llevando una maza de armas que sabía manejar perfectamente teniendo á raya á todos, como ya en Inglaterra había sabido apalear á cinco soldados ebrios que intentaron ofenderla. Exigía castidad absoluta á las numerosas doncellas y criadas y la que faltaba á su juramento era castigada afeitándola la mitad de la cabeza y una ceja; no pudiendo guardar tanta constancia, una noche se fugaron todas las mujeres y se quedó sin servidumbre.

Este percance la apenó mucho y decidió buscar un retiro más inaccesible, escogiendo en 1818 el pico escarpado de Djihun, á ocho millas de Sidon, verdadero nido de águila donde sólo se subía por senderos impracticables, lleno de fieras en libertad. Allí reunió cuanto la fantasía puede desear, realizando un sueño de las Mil y una noches. Desde allí, invisible é inatacable, hizo tomar en serio su título de reina, reconocido por todos los emires vecinos suyos; Ester trataba de igual á igual con los más poderosos, y había tomado á su ser-

vicio un verdugo que había ya intervenido en dos mil ejecuciones, amenazando con hacer empalar por este hombre á todos los que se opusieran á su voluntad. El pachá de Acre confiscó una vez sin razón varias balas de seda á un comerciante de Smirna; una simple nota de Ester bastó para que devolvieran lo confiscado á su dueño. Mezclada en todas las intrigas y guerras civiles de aquel tiempo, su alianza era buscada y su hostilidad temida.

Para aumentar su prestigio se había entregado á la nigromancia, habiendo adquirido gran reputación de mágica. Tuvo algún tiempo la idea de fundar una religión, mezcla de judaismo, cristianismo y mahometismo, pero desistió de ello, aunque llegó á contar con una especie de precursor. Esta *sublime insensata*, como la llama Lamartine, acabó por perder la salud con sus prácticas astrológicas y sus caprichos, no consintiendo que nadie la curase, ni admitiendo más remedios que en las estrellas. Sus prodigalidades por otra parte iban minando su fortuna, y en 1826 sus deudas ascendían á 10.000 libras, y en 1838 sus acreedores eran tan numerosos que el consul Campbell la informó de que su pensión quedaba retenida. Ester protestó con dignidad, renunciando á su pensión y á su cualidad de inglesa, en carta dirigida á la Reina; pero aquel golpe, que venía cuando Ester estaba reducida á no tener materialmente que comer y había tenido que sacrificar, por mano del famoso verdugo (únicas ejecuciones que llevó á cabo mientras la sirvió), para que no murieran de hambre, los dos asnos sagrados en que ella y el Mesías iban á entrar en Jerusalem, acabó de aniquilarla, muriendo el 23 de Junio de 1839, siendo enterrada en su jardín.

\*  
\* \*

LADY GLADSTONE.—Con razón dice Giraudeau que la piedra que acaba de cubrir, junto á los de su amado esposo, los restos de la ilustre compañera del gran hombre de Estado, no

sólo ha sepultado para siempre con el cuerpo de un gran estadista el de una gran mujer de bien, sino que cierra la última página de un capítulo de la historia de Inglaterra, capítulo en el que parece acabar la buena fortuna de la Gran Bretaña, y en el que acaba positivamente su buena fama y su probidad política.

Gladstone se había constituido en convencido apóstol de la humanidad doliente y en defensor incansable del derecho y de la justicia, y su mujer prefirió el papel de hermana de la caridad de sus compatriotas á los triunfos mundanos con que su belleza y su alta posición le brindaban. Casada á los veintisiete años, no sin cierta resistencia de su madre, á quien Gladstone, que había sido ya subsecretario de Estado, parecía poco por no ser noble, ha vivido cincuenta y nueve años enteramente consagrada á velar por su marido, por sus ocho hijos y por los pobres. Gladstone no ha pronunciado ni siquiera un discurso que no haya sido oído por su esposa, y durante la formidable campaña electoral de 1830, en la que el infatigable orador estuvo hablando, por decirlo así, quince días enteros, ella era la que le preparaba la bebida con que reponía sus fuerzas. Gladstone conocía y admiraba las virtudes de su fiel compañera, á quien estimaba como su más firme sostén.

La señora de Gladstone, después de haber ensayado en Hawarden su filantropía, concibió y llevó á cabo la creación del primer asilo de noche, donde los pobres pudieron encontrar un rincón donde dormir y una sopa caliente, fundación que tanto éxito ha tenido y de que hoy no carece ninguna capital de importancia. Pero no bastaba dar á los pobres la hospitalidad del momento; era preciso sacar de la miseria á las víctimas del ocio ó de la desgracia, y la señora de Gladstone organizó al efecto la asistencia pública de Londres, anexionando á sus asilos talleres en que los miserables pudieran hallar algo de trabajo, ligeramente retribuido, mientras se les buscaba una ocupación permanente.

La dificultad del dinero no lo era para la mujer del primer

estadista de Inglaterra: una carta suya al *Times* bastaba para que los donativos afluyeran de todas partes; la reina Victoria solía suscribirse la primera con cien libras esterlinas, y tras ella iban todos, seguros del acierto con que su dinero sería empleado: sólo una suscripción que abrió para la fundación de un hospicio de convalecientes, llegó á la suma de dos millones de francos. La medida de su fervor por la caridad la da este hecho: durante la última enfermedad de Gladstone recibió una carta en la que le pedían una recomendación para que admitiesen en Woodford á una convaleciente; á pesar de sus quehaceres y preocupaciones, la señora de Gladstone halló tiempo para escribir la carta pedida, y todavía se disculpaba por no haberlo podido hacer inmediatamente.

Fuera de esta labor caritativa, la señora de Gladstone no ha consentido nunca figurar en la vida pública sino para presidir por poco tiempo la liga liberal femenina. Hubiera, sin embargo, hecho un papel brillantísimo, pues tenía condiciones de talento natural y de cultura. En su soledad de Hawarden, donde ha esperado dos años la hora de reunirse definitivamente con su esposo en el sepulcro de Westminster, ha debido evocar más de una vez la voz autorizada que tal vez hubiera podido detener á Inglaterra en su rápida carrera hacia el imperialismo.

### PSICO-FISICA

LA DOCTRINA DE LA SUGESTIBILIDAD Y SUS CONSECUENCIAS.— Tal ha sido el tema elegido por el ilustre profesor de clínica interna de Nancy, H. Bernheim, para el discurso de apertura de la sección V del IX Congreso internacional de Psicología, publicado por la *Revue des Revues*.

Las cuestiones referentes al hipnotismo y á la sugestión—dice el sabio doctor—han salido del dominio del ocultismo para entrar en el de la psicología: el antiguo *magnetismo* con sus extrañas manipulaciones, lebrillos de Mesmer, varitas de



cristal, árbol magnético de Puysegur, pases de Deleuze, etc., lo atribuía todo á la influencia de un fluido animal ó astral que comunicaba propiedades nuevas al organismo humano. El *hipnotismo* ó *braidismo* sucedió en 1847 al magnetismo: la fijación de un punto brillante obrando sobre el ojo físico y mental produce un sueño ó un estado semejante, llamado estado hipnótico, en el que pueden verificarse los mismos fenómenos que en el antiguo magnetismo; en el hipnotismo lo hace todo el sistema nervioso del sujeto influido por la retina fascinada y el pensamiento concentrado. En 1866 se abrió con Liebault un tercer período: para él no hace falta la fijación de un punto brillante, y basta dar al sujeto la idea del sueño para producirlo; todo estriba en la sugestión, y la influencia sentida no es psico-física, sino puramente psíquica.

La observación, dice Bernheim, me ha hecho dar un paso más, estableciendo definitivamente que no se necesita el sueño provocado para obtener los fenómenos llamados hipnóticos, y que todos esos fenómenos, anestesia, catalepsia, actos automáticos, obediencia pasiva, alucinaciones, efectos terapéuticos, pueden obtenerse en estado de vigilia sin maniobras previas, por la sola palabra; que todos los sujetos sugestionables mediante sueño provocado, lo son igualmente sin sueño; que lo que se había atribuído al magnetismo y al hipnotismo no es más que una propiedad normal del cerebro humano, variable en el modo y en la intensidad en cada sujeto: la *sugestibilidad*, es decir, la aptitud del cerebro para recibir una idea y transformarla en acto.

Considerado de este modo, el campo de la sugestión se ensancha extraordinariamente aplicándose á la humanidad entera, pues está en las ideas corrientes de que uno se penetra, en la imitación, en los instintos que imponen las ideas preconcebidas, en la educación, en el trato social, en la lectura, en los artículos de periódicos, en los reclamos y sobre todo en el atavismo y la ineidad, que crea el terreno psíquico del sujeto donde germinan á su modo las ideas recibidas.

Se necesita cierta dosis de infatuación ó de sencillez para admirar sin restricción la doctrina del libre albedrío y de la responsabilidad; el hombre es esclavo de su cerebro moral influido por el mundo exterior, y la humanidad entera evoluciona por la resultante de las sugerencias individuales y colectivas. Y no es esto el determinismo ni el fatalismo, porque si no podemos desprendernos de nuestro cerebro moral con sus instintos, sus tendencias innatas y sus atávicas sugerencias, ese terreno psíquico nativo puede ser fecundado, mejorado y desarrollado por la educación; la educación interviene para hacer salir el huevo del germen, para neutralizar los gérmenes viciosos, para oponer á las impulsiones nativas un contrapeso de sugerencias coercitivas, subordinando el instinto y el automatismo cerebral á la razón; y al hacer esto refuerza la libertad moral, atenuando sus trabas psíquicas nativas ó producidas por la instrucción ó por los hábitos. Y lo que hace la educación en los cerebros individuales puede hacerlo por la disciplina intelectual y moral en la humanidad colectiva, porque las multitudes tienen también su psicología.

La sugestión debe intervenir para reprimir las aberraciones instintivas colectivas. ¿Van á quedar los Gobiernos desarmados, so pretexto de libertad, frente á las predicaciones sugestivas del odio y de la violencia? ¿Van á dejarse esparcir en la atmósfera de las muchedumbres ideas malsanas y perniciosas que creen epidemias de enfermedades morales, más difíciles de curar que de prevenir? Hay una psicopatología, una psicoprofilaxis y una psicoterapia sugestivas, no sólo físicas, sino morales y sociales.

Bien conocen ese arma de doble filo, la sugestión, los que, faltos de sentido moral, quieren pervertir los individuos y las colectividades. Todo hombre honrado é inteligente importa que la maneje también con un fin saludable; y cuanto más haya estudiado y escrutado el mecanismo de la sugestibilidad humana, más habrá aprendido á conocerse á sí mismo y á los demás, y más apto será para manejarla eficazmente. La doc-

trina de la sugestión no va á parar al fatalismo, ni mucho menos. El cerebro humano puede ser educado: acciona y reacciona; la sugestión es la dinamogenia psíquica, la acción, la lucha, la vida, el hombre y la humanidad entera.

## MEDICINA

LA CUESTIÓN DE LA TUBERCULOSIS.—La tuberculosis—dice el profesor Fabricio Padula en la *Rivista Politica e Letteraria* de Roma—es el resultado de la vida de un microbio, que por su forma de bastoncito se llama *bacilo*, en los tejidos de un animal. Los bacilos son de muchas clases, unas inofensivas y otras patógenas; cada bacilo patógeno engendra una enfermedad determinada, y es, por consiguiente, el bacilo específico de la misma; el bacilo específico de la tuberculosis es el *bacilo de Koch*, llamado así por haberlo Koch descubierto.

El bacilo de Koch se multiplica con extraordinaria rapidez si vive en el cuerpo del hombre ó de un animal susceptible de ser invadido por él; fuera de los cuerpos vivos puede vivir también en el aire, en las calles y en las casas, especialmente en ambientes poco iluminados ó poco pulidos; desecado no pierde su vitalidad, sino que queda ésta latente, y al mes ó á los dos meses, hallando condiciones favorables, recobra su maléfico vigor. Afortunadamente para nosotros, el bacilo de la tuberculosis tiene á su vez terribles enemigos, pues los microbios no patógenos, más numerosos, vigorosos y prolíficos que él, lo aniquilan cuando viven en su compañía; donde hay fermentación y putrefacción, los microorganismos inocuos son más numerosos y vigorosos, y de aquí que en los lugares demasiado sucios, el bacilo de Koch queda inutilizado por los microbios no patógenos (1); la viva luz del sol, si obra duran-

(1) Esta afirmación del sabio profesor italiano explica un hecho que nos había llamado la atención. En Talavera de la Reina corren al descubierto por las calles los arroyuelos de las inmundicias de la población,

te cierto tiempo, lo mata también; y la misma temperatura ambiente, si es superior á 41 grados ó inferior á 30, que es lo más corriente, lo deja como aletargado é incapacitado para multiplicarse, sucumbiendo siempre á temperaturas superiores á 100 grados ó al contacto de ciertas substancias.

Además de estas condiciones desfavorables para los bacilos tuberculígenos y de la defensa que ofrecen la piel y las mucosas, está demostrado que, aun penetrando en nuestro organismo, los bacilos *no producen la enfermedad* si son escasos, pues los destruyen los corpúsculos blancos de la sangre que los engloban (fagocitosis), haciéndolos inofensivos. De aquí resulta: 1.º Que la policía de la persona y del ambiente es el mejor medio profiláctico contra la tuberculosis. 2.º Que la ventilación de las casas y las calles, diluyendo los microbios, los pone en condiciones de no poder atacar sino en corto número, ó ineficazmente. 3.º Que las casas bien soleadas son las más saludables y que los objetos expuestos largo tiempo á la luz del sol quedan esterilizados de bacilos tuberculosos.

Cuando, por una ú otra causa, los bacilos de Koch han penetrado en el organismo humano, se produce en el sitio atacado un proceso inflamatorio, lento ó tumultuoso según los casos, por el cual se forman pequeños nuditos semejantes á un grano de mijo, en cuya periferia viven y se multiplican los

---

saliendo de cada casa un albañal que va á verter sus aguas sucias y mal olientes en la pequeña cuneta de la calle; como Talavera es sumamente llana, la pendiente es imperceptible, el arrastre escaso, y las aguas sucias suelen estancarse al aire libre, despidiendo repugnantes emanaciones. Sorprendidos desagradablemente de semejante abandono de las más elementales reglas de higiene pública, cuando acababa precisamente de pasar la provincia de Toledo y España entera por la terrible prueba del cólera morbo, quisimos informarnos de los estragos hechos en Talavera por la epidemia, y con asombro supimos que Talavera había sido respetada, habiéndose atribuído su iumunidad á la existencia precisamente de aquel pestilente foco de putrefacción. Otro tanto sucedió en otro pueblo de análogas condiciones del partido judicial de Sequeros (Salamanca), llamado —y el nombre es por sí suficientemente expresivo—la Alberca.

bacilos; de estos nuditos ó tubérculos recibe la enfermedad el nombre de tuberculosis.

La tuberculosis *cutánea* es bastante rara, siendo su manifestación en el rostro el *lupus* tubercular; mucho más frecuente es la invasión de las mucosas, especialmente en las vías respiratorias y digestivas, teniéndose entonces laringitis, bronquitis y enteritis tuberculares; pero los microbios pueden todavía penetrar más profundamente y atacar las partes blandas del cerebro (meninges) ó el pericardio, y producir meningitis y pericarditis tuberculares; ninguna parte del cuerpo se halla inmune y de ahí la dermatitis, pulmonitis, pleuritis, osteitis y artritis de naturaleza tuberculosa.

Cualquiera que sea el órgano atacado, el primer efecto es la formación del tubérculo; este crece algo, pero al poco tiempo el centro del tubérculo muere, y los bacilos, faltos de alimento, llegan á morir ó desaparecer, de tal modo, que dentro de la substancia muerta llamada por su aspecto *caseosa*, en el centro del tubérculo, difícilmente se encuentran bacilos; en la periferia, por el contrario, junto á la parte sana, hay una zona rica en bacilos, destinada también á morir, mientras otra zona externa sigue á la primera, y así sucesivamente. Los bacilos producen venenos orgánicos (toxinas), aunque no en tal cantidad que basten á producir la muerte.

Ahora bien, si estos tubérculos se encuentran en órganos profundos, lejos de la piel y de las mucosas, que es lo menos frecuente, pueden ocurrir tres casos: ó la vida de los bacilos se detiene, quedando incapsulada la substancia caseosa entre las partes vivas, y entonces los tubérculos son inofensivos, ó los tubérculos alteran órganos esenciales de la vida (caso rarísimo), y acaban por matar al enfermo; ó despiertan en las partes sanas una reacción viva que puede ser saludable ó fatal, según las circunstancias, casos todos bastante raros. Lo más frecuente es que los tubérculos ataquen la piel ó las mucosas: entonces el tubérculo superficial convertido en substancia muerta, se destaca de la parte viva y deja en su lugar

una úlcera, en cuya superficie quedan muchos bacilos; la parte caída se aleja del cuerpo si la enfermedad está en la piel ó en la mucosa nasal, por ejemplo; pero si está en una mucosa más profunda, como la de los bronquios, entonces tiene que recorrer un largo camino para ser expulsada, y los microbios todavía activos ó de vida latente, hallándose en condiciones favorables, crean otros focos de infección, ó en la misma mucosa ó en órganos lejanos por medio de los linfáticos y capilares venosos; á la superficie ulcerada, entretanto, llegan otros microbios patógenos, especialmente los de la supuración, que son los más vigorosos y difundidos, y con sus toxinas absorbidas por la sangre debilitan, empobrecen y consumen al enfermo, presa de aquella doble serie de enemigos, produciendo la *tisis* ó consunción por tuberculosis de las vías respiratorias, y la *tabe* ó consunción por tuberculosis de los intestinos ó de los vasos y glándulas linfáticas.

Contra lo que suele creer el vulgo, los productos intestinales de los tuberculosos ofrecen poco peligro; en cambio los productos de las vías respiratorias son peligrosísimos; ya bajo el ímpetu de la tos pueden pasar al aire pequeñas cantidades de moco ó pus con algunos bacilos; pero en el esputo que sigue á la tos, los bacilos se cuentan por miriadas, pues se calcula en 300 millones de bacilos los que un enfermo arroja diariamente en los esputos, sin contar los que puede expulsar con la tos. Estos esputos, si no son recogidos y tratados con cuidado, se agarran á la ropa, á las paredes y al piso, y allí se desecan, hasta reducirse á partículas flotantes, que fácilmente se respiran, produciendo nuevos daños para el mismo enfermo y para cuantos le rodean. Por fortuna, los bacilos tienen en el ambiente poderosos enemigos, y el organismo, además de la fagocitosis, tiene un eficacísimo medio de defensa en los pelillos vibrátiles de las mucosas, encargados de rechazar todo cuerpo extraño; cuando los bacilos han entrado en los pulmones y los han podido atacar, comienza la lucha, y si los focos no son muchos, si la cooperación de los cocos del pus es

nula ó leve, si las fuerzas del enfermo se mantienen ó aumentan por la nutrición y el ejercicio, la victoria es posible; pero si los focos se extienden, el proceso de los bronquios y alveolos pasa al conectivo intersticial, y poco á poco se producen excavaciones más ó menos extensas, verdaderas cavernas, y el individuo perece sin remedio.

De todo lo expuesto, y del experimento hecho por Cornet con 36 cochinitos de Indias sanos, 35 de los cuales adquirieron la tuberculosis por estar en una habitación donde se sacudió una alfombra que contenía esputos de tuberculoso, se deduce: 1.º Que la tuberculosis y la tisis no son la misma cosa, siendo aquélla el género y ésta la especie. 2.º Que los tísicos son el mejor medio de cultivo de los bacilos y de su difusión. 3.º Que la tuberculosis de los órganos profundos no es contagiosa sino cuando los focos se abren al exterior. 4.º Que la tisis intestinal misma, aun siendo perniciosa para el enfermo, es poco peligrosa para los demás. 5.º Que los tuberculosos del aparato respiratorio emiten bacilos al toser, aunque la tos no vaya seguida de esputo. 6.º Que los esputos contienen miríadas de bacilos que, una vez secos, pasan al aire como el polvo. 7.º Que la tuberculosis, aun la bronquial ó pulmonar, difícilmente mata por sí, sino por la cooperación de los microbios de la supuración. 8.º Que el permanecer con tísicos en sitios polvorientos ó poco ventilados, es peligrosísimo.

Entre los animales susceptibles de tuberculizarse están, además del hombre, los monos, los bovinos, los conejos, los puercos y los perros; éstos lo son muy poco, los conejos y los perros transmiten la tuberculosis al hombre, y los monos son muy raros y pueden prescindirse de ellos; el peligro está en los bovinos, que pueden transmitir su enfermedad por la carne y por la leche. La defensa contra este peligro consiste en destruir toda carne infestada, analizándola escrupulosamente en los mataderos, y en no comerla jamás sino *bien cocida*; en cuanto á la leche, que es la más peligrosa por contener muchos más bacilos que la carne, siendo sumamente susceptible

á la tuberculosis, importa *no beberla nunca sin previa ebullición*.

Porque se descuidan estas precauciones ó por mil otras causas, la tuberculosis persiste, extendiendo cada vez más sus dominios, calculándose en cien mil las víctimas que mueren de esta enfermedad anualmente sólo en Italia; no hay peste, cólera ni epidemia alguna que haga tanto daño, pudiéndose evaluar en Italia el daño emergente, sin contar el lucro cesante de la horrible plaga, en la cantidad de 55 millones de pesetas. Para salvar esas cien mil víctimas y defender esa riqueza, preciso es estudiar y aplicar los medios que puedan aliviar al paciente (curación) y evitar la propagación del mal (profilaxis).

La mejor profilaxis, desde luego, consiste en la curación de los enfermos, con lo que se logra la extinción de otros tantos focos. ¿Posee la ciencia algún remedio seguro contra la tuberculosis? Es dolorosa la respuesta, pero hay que confesar que no. La higiene bien aplicada es el único recurso positivo contra el mal; no hay inflamaciones sin gérmenes patógenos, y sólo al aire libre puede uno evadirse de esos gérmenes. La curación al aire libre es la base de los *sanatorios*.

Las condiciones esenciales de emplazamiento de un sanatorio, son: 1.<sup>a</sup> Posición abrigada de los vientos fuertes. 2.<sup>a</sup> Posición en sitio ameno, rico de vegetación y de agua, privado por lo tanto de polvo, y no expuesto al Norte. 3.<sup>a</sup> Alejamiento de calles de mucho tránsito y por consiguiente polvorosas. 4.<sup>a</sup> Distancia no grandísima del mar ó de lagos ó grandes ríos ó bosques, de modo que haya suave ventilación. 5.<sup>a</sup> Localidad donde no haya obscuridad en el aire ni pueda estar el cielo cubierto de modo que el sol pueda influir saludablemente en la extinción de los bacilos. En cuanto á las condiciones de construcción, aparte de las comunes á todo buen hospital, es preciso: 1.º Habitaciones y salas perfectamente soleadas y ventiladas. 2.º Pavimentos, paredes y techos lisos, para que no recojan polvo, é impermeables para que puedan lavarse.



3.º Amplias terrazas descubiertas y galerías de cristales.  
4.º Jardines con arcadas cubiertas para que puedan pasear los enfermos. 5.º Locales y maquinaria adecuados para la esterilización perfecta de las ropas, camas, muebles y utensilios.

La disciplina en los sanatorios debe ser rigurosa y observada con amor y por convencimiento, la policía sistemática y la desinfección llevada hasta el escrúpulo. La alimentación debe ser sana, variada, bien preparada y mejor servida, de modo que el apetito del enfermo sea halagado, puesto que la super-nutrición es condición esencial de la cura. El sanatorio, en una palabra, debe dar al enfermo la impresión á la vez de hallarse en su casa y de veraneo. Nada de esto se obtiene si el establecimiento es demasiado grande, debiendo desaprobarse todo proyecto de sanatorio destinado á curar más de cincuenta tuberculosos. El sanatorio debe tener dos secciones, una de pago y otra gratuita, y la ganancia que deje la sección de pago destinarla exclusivamente á los gastos que ocasione la sección gratuita, medio de resolver la cuestión económica.

## IMPRESIONES Y NOTAS

LA REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA FRANCESA.—Por invitación del Consejo de Instrucción pública, el Ministro del ramo, en decreto de 31 de Julio, publicado el 1.º de Agosto en el *Oficial* ha resuelto la reforma de la ortografía francesa. Gaston Paris, Greard, Croiset, Meyer, Bernès, Clairin, Devinat, Comte y Jullian son los miembros de la comisión que han elaborado la reforma, con la que por cierto parece se ha disgustado la Academia por no haberse contado con ella para llevarse á cabo, paso que hubiera resultado inútil, pues la Academia por sus estatutos no puede tomar iniciativa ninguna, debiéndose limitar á «hacer constar el uso».

Las simplificaciones son numerosas, y tienen en su mayor

parte carácter sintáxico; todavía queda mucho por hacer, pero más vale algo que nada. La reforma no tiene carácter imperativo, sino que la fórmula empleada es la de «se tolerará»; pero como se prescribe que en adelante dejen de enseñarse las antiguas reglas, no tardarán en generalizarse las novedades toleradas. Tales son las de poder escribir con *s* los plurales de los nombres propios en sentido recto ó figurado (*les Corneilles, les Virgiles*), de los nombres extranjeros (*exequaturs, deficits*), de los numerales *vingt* y *cent* (*quatrevingsdix, deux-cents quatre*), y de las voces compuestas (*timbres-postes, portedrapeaux*); la de suprimir el guión en los nombres compuestos formando sus plurales como si fueran simples (*choufleurs, abat-jours*); la de poner *mille* por *mil* en las fechas; la concordancia de *demí, feu, nu*, siga ó preceda el nombre (*une heure et DEMIE, une DEMIE heure*); la invariabilidad del participio pasado (*la lettre que j'ai REÇU, les livres que j'ai LU*) y el empleo del artículo partitivo en lugar de la preposición *de* ante nombres precedidos de adjetivos (*DU bon pain, DES mauvais amis*).

De esperar es que otras reformas, no menos universalmente reclamadas, como la supresión de las consonantes dobles mudas y la sustitución de la *x* de los plurales por *s* no tarden en ser adoptadas. Bastará para ello que, como dice el profesor de la Sorbona, Fernando Brunot, «el azar de la política lleve un día al Ministerio á un hombre *bastante instruído* para saber que el prejuicio ortográfico no se justifica ni por la lógica ni por la historia, sino sólo por una tradición relativamente reciente y formada, sobre todo, por la ignorancia; y *bastante inteligente* tambien para comprender que no se hará nada por el progreso de la enseñanza primaria, mientras haya que emplear principalmente tan cortos años de estudios en enseñar á los niños á leer y escribir, como en China».

\*  
\* \*

EJERCICIOS, JUEGOS Y SPORTS.—La información abierta por la *Revue des Revues* sobre el papel de la mujer en los *sports*, ha revelado cierta confusión en los términos empleados, que importa hacer cesar, fijando bien el valor técnico de cada palabra, pues la voz parásita *sport* tiende á absorber todas las formas de la actividad física por la fatuidad que impulsa al adepto del menor ejercicio físico ó del juego más anodino á llamarse hombre ó mujer de *sport*.

Por de pronto—dice el Dr. Hericourt,—hay personas que andan, corren y saltan, cosas que hace todo el mundo, pero con cierto método, del modo más adecuado para utilizar su fuerza muscular. Esta reglamentación de los movimientos normales y naturales no constituye un *sport*, sino un *ejercicio*: tales son la *marcha*, la *carrera*, el *salto*, la *natación*, la *patinación*, la *danza* y el *canto*; estos ejercicios están caracterizados por la falta de todo instrumento, pues los patines, que no son en suma más que suelas armadas, no pueden considerarse como instrumentos. Así, pues, pueden definirse los ejercicios como los «movimientos naturales del hombre, practicados metódicamente».

Al lado de las personas que andan, corren ó bailan, se ven jóvenes que se disputan la posesión de un globo ó que se envían mutuamente pelotas con una raqueta: esos juegan, y la característica del juego consiste, aparte del empleo de un accesorio, en desinteresarse de toda utilización práctica de la actividad: tales son el *croquet*, el *tennis*, el *fot-ball*, el polo, la pelota, el golfo, etc.

Cuando se necesita el empleo de un instrumento y su utilización práctica, se penetra en el dominio del *sport*, pudiendo clasificarse como *sports* la gimnástica, la esgrima, el tiro, la bicicleta, la equitación, el hipomovilismo y automovilismo, la navegación y la aerostación. Aquí el trabajo es, como en el juego, un trabajo de lujo, pero imagen y copia del trabajo profesional y ejecutado con más arte.

\*  
\* \*

CINISMO INGLÉS.—En la *Contemporary Review* publica A. M. Low un interesante *Capítulo inédito de la diplomacia americana*, y entre otras muchas cosas, á cual más curiosas, hace constar el autor con el mayor cinismo, que Inglaterra, durante la guerra de España con los Estados Unidos, violó las leyes de la neutralidad, con la mayor frescura, en provecho de su aliada.

«En España, en Gibraltar, en Hong-Kong, en una palabra, donde quiera que existían agentes diplomáticos ú oficiales ingleses—dice, vanagloriándose de ello Low, como de una hazaña honrosa—todos han tenido cuidado en violar la neutralidad, como era un deber para nosotros, en provecho de nuestra amistad por los Estados Unidos.»

Que esas cosas se hagan, está muy mal; pero que de ellas se alaben quienes las han ejecutado, como puede alabarse un bandido de haber sujetado á un niño para que otro bandido lo estrangule más á su gusto, eso no tiene nombre.

\* \*  
\*

BISMARCK PINTADO POR OLIVIER.—Bismark—escribe Emilio Olivier, el antiguo ministro de Napoleón, en el tomo V de *El Imperio liberal*—estaba ampliamente provisto de las perversidades habituales á los maestros más célebres del arte político: nada le estorbaba; cínico y astuto, sin escrúpulo alguno, tan fácil para desmentirse como para abandonar aliados molestos, siempre estaba dispuesto á beber la iniquidad como agua, no pareciendo nunca más sincero que cuando discutía; verídico á veces para preparar mejor futuros engaños; inagotable en argucias para colorear sus tramas y darles cierto aire de equidad, era desenfrenado en su carrera hacia el poder. Pero al mismo tiempo poseía en grado poco común las cualidades múltiples y variadas de los fundadores de imperios: la prontitud en las ocasiones y la previsión reflexiva, la actividad impaciente de los resultados y la paciencia acostumbrada á largas esperas; el aplomo de un firme y constante valor, la tenacidad en el trabajo, la

imperturbabilidad en desafiar los contratiempos y lo imprevisto, el desprecio de la indecisión, la intrepidez en tomar los partidos heroicos y en asumir las responsabilidades que conducen á la gloria ó al aplastamiento, el seguro golpe de vista del buen sentido, vuelto hacia lo bajo más que hacia lo alto, que atraviesa las superficies, penetra en el fondo de los caracteres y de las realidades, y coge al vuelo el momento frecuentemente fugitivo en que se hace realizable lo que hasta entonces era imposible, y va á serlo de nuevo inmediatamente; la moderación en el éxito; la medida en la audacia, la habilidad en abrir esperanzas, en cautivar, seducir, divertir por su espíritu original, pronto á las salidas joviales ó incisivas, aunque con un fondo constante de brutalidad; la agilidad en lanzarse y en contenerse, en atreverse ó contemporizar, en acariciar ó aterrorizar. Se sirvió de todo el mundo, hasta de Dios; lo consideraba tan buen prusiano, que lo lanzaba como un agente contra cuantos había resuelto aplastar. Sobre esto, ninguna debilidad relajadora; acorazado contra la vanidad, que vive de la aprobación de otro, por el orgullo que la desdeña y hace insensible á los murmullos ó á las impresiones de lo que se llama la opinión pública. En un tiempo en que la mayor parte de los hombres de Estado consideraban el libertinaje de las costumbres como uno de los atributos de su cargo, él se mostraba sin amor á los placeres, ni desorden en la vida, ni bajas galanterías, y bestial, sin embargo, por su apetito colosal....

\*  
\* \*

LAS GUARDILLAS FERET.—El Sr. Feret es un simpático inventor y propagandista de material perfeccionado de escuelas, que ha tenido una generosa idea al fijar su atención en esas viviendas del pobre obrero que se llaman buhardillas ó guardillas, faltas de aire y de luz, tristes y malsanas. Feret, según dice *La Naturaleza*, ha discurrido emplear en la construcción vigas cimbradas, que dan á la guardilla forma de cúpula, cam-

biando sus horribles tragaluces en ventanas rectas, con lo cual se gana en luz y en espacio y la vivienda se hace soportable: esta innovación se ha aplicado ya á no pocas casas de nueva planta; pero como la reforma en las antiguas ha de ser mucho más difícil por la resistencia natural de los propietarios, Feret ha ideado una modificación que puede implantarse desde luego sin gran desembolso: se reduce á suprimir los costados de ladrillo ó mampostería de las guardillas y sustituirlos con vidrieras; de este modo la luz, en lugar de entrar encajonada, iluminando sólo el centro de la habitación, entra de frente y por ambos costados, alumbrando y alegrando todo el cuarto.

La idea merece ser divulgada y debe ser aplicada á todas las construcciones en una ó en otra forma.

\*  
\* \*

LA MÁQUINA TELEGRÁFICA DE ESCRIBIR.—Un australiano, Donald Murray, acaba de inventar un aparato, mediante el cual va á producirse una verdadera revolución en la telegrafía, y como derivación en la información periodística: todo ello se reduce á emplear una máquina de escribir en la estación expedidora y otra en la receptora, de modo que se ahorre gran parte del tiempo que se invierte en la transmisión por los aparatos Morse. Para que se forme una idea de la diferencia que hay entre los resultados del Morse y los de Murray, baste decir que un buen telegrafista no puede telegrafiar actualmente más que 50 palabras por minuto, mientras que con el nuevo se imprimen 114 palabras en el mismo tiempo. Esta máquina permite además la transmisión de despachos dobles, y su inventor espera poder llegar á la transmisión cuádruple, con expedición, recepción é impresión en caracteres usuales de un telegrama de 500 palabras por minuto por un solo hilo.

Como la cinta perforada puede, con la máquina que la imprime en letras inmediatamente, servir prácticamente para la composición tipográfica en linotipia, de que los grandes dia-

rios empiezan á servirse, resulta que puede telegrafarse un periódico entero de 36 columnas, como *Le Matin*, en menos de dos horas, y publicarse casi simultáneamente en Europa y en América. El partido que los corresponsales de los grandes periódicos pueden sacar de esta innovación, es inmenso y de incalculables consecuencias.

\*  
\* \*

LOS EMPLEOS EN TIEMPO DE MAZARINO.—En la *Revue des Deux Mondes* figura, formando parte del interesante estudio dedicado á la gran *Mademoiselle* por Barine, el siguiente retrato del famoso Cardenal-ministro Mazarino:

«Mazarino era el más descarado ladrón que jamás haya devorado un país á favor del poder. Con él no había más que *toma y daca*, y sin misterios. Se estaba prevenido; si no se ponía el precio á lo pedido era inútil pedir. En caso necesario, soltaba el perro á las gentes. Bussy-Rabutin fue advertido por un billete del gran Condé, que tenía que entregar sin aplazamientos 7.500 libras por la propina de un empleo. Montglat cuenta que Ana de Austria solicitaba un día un alto cargo para uno de sus protegidos; el puesto fue evaluado en 100.000 francos; la Reina madre regateó, pero no pudo conseguir ninguna rebaja.

»Los millones se amontonaban en las arcas del favorito, mientras los soldados morían de hambre en las fronteras, los acreedores del Estado no eran pagados, y la corte de Francia empezaba á aparecer en vergonzosa necesidad, y se necesitaba la fuerza armada para sacar las contribuciones á los campesinos arruinados por el paso de las tropas, los saqueos, los robos y los abusos y desórdenes de todas clases. Sin embargo, «el pobre señor Cardenal», como le llamaba la Reina, daba fiestas de insolente lujo.

\*  
\* \*

PECADOS DE LA ESCUELA Y DEL FISCO.—Un trabajo publicado por Chiarini en la *Rivista d'Italia*, que dirige, ha tenido gran resonancia por la autoridad de quien lo firma, exdirector general de la enseñanza secundaria, y por la franqueza de sus afirmaciones.

La escuela clásica, según él, es la cómplice principal del enorme delito por el que se vienen fabricando en Italia más médicos que enfermos, más abogados que causas, y un número ilimitado de profesores que intentan conquistar en titánica lucha el duro pan de Catedráticos de Liceos ó Gimnasios, ó se disputan con otros famélicos los empleos más mezquinos de Correos y Ferrocarriles. Son demasiado numerosos los establecimientos docentes, demasiado fácil el camino y demasiado al alcance de todos el bachillerato; hay que reducir los Liceos é Institutos técnicos á treinta y á diez las Universidades, y hacer los estudios tan costosos y difíciles que sólo puedan servir á quienes no necesiten labrarse una posición, ó á quienes por su talento y laboriosidad se hallen en condiciones de llegar á la cima: los demás, que sean agricultores, comerciantes é industriales.

¿Y qué hacer si la agricultura, el comercio y la industria no bastan tampoco para dar pan á quien lo pide? «Si antes de dirigir los estudios de la juventud hacia la agricultura y las industrias—contesta Chiarini—se espera á que éstas se hallen florecientes, habrá que esperar un buen rato.»—Sí, replica la *Rivista Politica é Letteraria*, lancen los padres á sus hijos por esa dolorosa vía: se morirán de hambre, pero tendrán el consuelo de pensar que habrán abierto el camino á otros más afortunados.

La verdad es—sigue diciendo la *Rivista Politica é Letteraria*—que agricultura, comercio, industria, todas las manifestaciones de la humana actividad tienen en Italia un enemigo que, tras breve lucha, las mata: el Fisco. Al acecho de todo, si uno funda un comercio, inicia una empresa ó emprende un negocio, necesita, ante todo, contar con la rapacidad del



exactor de contribuciones, el cual, lejos de contentarse con una parte de las ganancias que pueda tener, quiere la mejor parte de las que él, juez soberano é irresponsable, calcula que tendrá. La culpa de que el dinero se esconda en Italia la tiene el sistema insensato de los impuestos, que devora la misma materia imponible, y que, como en Cerdeña, destruye automáticamente la fuerte y útil clase de los pequeños propietarios. Cierto que el Estado comete una mala acción al atraer á los jóvenes á los estudios clásicos y superiores, alegrándose del creciente número de las víctimas, sin tener luego medios de proveer de decente colocación á tantos engañados. Pero la educación del porvenir en Italia no está en las manos del Ministro de Instrucción pública, sino en las del Ministro de Hacienda. Sea el sistema tributario humano y razonable, deje de estar el exactor con el fusil cargado cerrando todos los caminos de ganar la vida, y habrá salidas para todos.

FERNANDO ARAUJO.

## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

**Dos páginas de Psiquiatría criminal**, por el Dr. José Ingegnieros. Buenos Aires, 1900.—Un volumen de 118 páginas, sin indicación de precio.

Como lo indica ya su mismo título, este volumen comprende dos monografías («dos páginas») de Psiquiatría criminal.

En la primera, titulada *Criterios positivos para un estudio de los alienados delincuentes*, expone el autor de un modo brevísimo las relaciones que, á su juicio, debe guardar el concepto del loco delincuente con los de la degeneración, la criminología y la psiquiatría, y con los criterios de la responsabilidad y la defensa social.

Los problemas que con este motivo toca el señor Ingegnieros son graves é interesantísimos, según comprenderán con facilidad los lectores entendidos en tales asuntos. Digo que los «toca», porque no hace un examen detallado y profundo de ellos. No es esto tampoco lo que el autor ha querido hacer: su propósito ha sido tan sólo presentar un esbozo ó programa sintético de «un capítulo de la ciencia positiva no escrito todavía», en sentir del señor Ingegnieros, capítulo que parece ha de publicar nuestro autor como resultado de «los estudios que viene realizando sobre la materia».

Esperemos, por tanto, á que este capítulo se escriba para juzgar la labor del doctor bonaerense. Por de pronto, es muy de alabar su propósito, y además es sumamente simpática, para mí al menos, la tendencia ó espíritu en que, si no mien-

ten los anuncios, ha de hallarse inspirada la obra, á saber: la tendencia á proscribir toda idea de castigo en el tratamiento del loco delincuente, para reemplazarla totalmente por la de curación y protección, y la consiguiente aspiración á que la clase y duración de esta protección se adecuen á la especie y gravedad del peligro ó enfermedad radicante en el sujeto, y no á la entidad del delito cometido.

La segunda monografía, cuyo título es *La sección especial para alienados delincuentes en el Hospicio de las Mercedes, de Buenos Aires*, nos da una breve descripción (con grabados) de la sección abierta en el dicho manicomio, gracias á las iniciativas de su Director el Doctor Cabred, para el tratamiento especial de los alienados delincuentes. El señor Ingegnieros hace grandes elogios de esta sección, y le parece que así se resuelve de la mejor manera posible el tan discutido problema de saber si el lugar adecuado para el tratamiento de los alienados delincuentes es una sección especial de la cárcel (pero cárcel al fin, y pena por lo tanto), ó un establecimiento independiente (el llamado manicomio criminal ó judicial), ó una sección especial en el manicomio de los alienados ordinarios.

P. DORADO.

---

**La teoria e la pratica delle contravvenzioni**, dell'avvocato Adolfo Zerbo-  
glio. Milán, Società editrice Sonzogno, 1899.—Un volumen (pertene-  
ciente á la biblioteca *Nuove pubblicazioni legali*), de 247 páginas y 18  
más de índice, 2,50 liras.

El presente Manual, que forma parte de una de las muchí-  
simas bibliotecas económicas y de vulgarización que existen  
actualmente en Italia (como existen también en otros países)  
tiene dos partes, á saber: 1.<sup>a</sup> *De las contravenciones en gene-  
ral*; 2.<sup>a</sup> *De las distintas especies de contravenciones*. Esta últi-  
ma parte contiene un estudio detallado de las distintas contra-  
venciones ó faltas reguladas por las varias leyes, así genera-

les como especiales, de Italia; por lo que el interés que ofrece es casi exclusivamente nacional, es decir, italiano. La parte donde se encuentra doctrina de interés común es la primera.

En la cual se comprende un verdadero tratado general, compendioso, acerca de las faltas ó contravenciones, donde se resumen y discuten las principales doctrinas que dan solución á las varias cuestiones relacionadas con ellas, como son: la difícilísima de su definición y del elemento objetivo que las constituye en tales contravenciones; la del elemento subjetivo, ó sea, si para que haya falta se necesita, como se necesita para que haya delito, la presencia de algún factor interno, y, en caso afirmativo, cuál sea éste, si el dolo ó la culpa; la de si puede darse tentativa en las faltas; la del influjo en la punibilidad de éstas del concurso de varias personas en la comisión de un mismo hecho; la del influjo de la acumulación ó concurso de delitos y de penas; la de si puede y debe apreciarse la reincidencia en las contravenciones; la de la penalidad que á estas corresponde, y la de la aplicación á las faltas de la materia relativa á la extinción de la acción penal y de las condenas penales. Aun en esta parte general hace el autor referencia casi exclusiva á la legislación italiana. Por eso, si bien para toda clase de juristas es útil este libro, á quienes, sin embargo, puede aprovechar mucho es á los abogados italianos.

El autor lo ha escrito con la competencia con que acostumbra á hacer todas sus obras.

P. DORADO.

## OBRAS NUEVAS

---

- Agacino (E.) — Manual del maquinista de la Marina mercante. En 4.º, 433-xv págs., con grabados: 8 pesetas.
- Altamira (R.) — Cuadros levantinos; cuentos de amor y de tristeza. En 12.º, 318 págs.: 50 céntimos.
- Alvarez Quintero (S. y J.) — El motete; entremés. En 4.º, 19 páginas: 1 peseta.
- Arenas López (A.) — Reivindicaciones históricas. 2.ª Viriato no fue portugués, sino celtíbero. En 4.º, 128 págs.: 3 pesetas.
- Arniches (C.) y Lucio (C.) — María de los Angeles; zarzuela cómica. En 4.º, 47 págs.: 1 peseta.
- Benavente (J.) — Viaje de instrucción; zarzuela en un acto y cuatro cuadros. En 4.º, 40 págs.: 1 peseta.
- Blanco (R.) — Curiosidades físico-astronómicas. En 4.º, 106 páginas: 2 pesetas.
- Castro (M. de). — Vida del soldado español Miguel de Castro (1593-1611). En 4.º mayor, ix-232 páginas: 12 pesetas.
- Cejador y Frauca (J.) — Gramática griega. En 4.º, x-586 págs.: 16 pesetas.
- Coll (J.) — Estudio de la cistitis tuberculosa, concepto clínico y tratamiento de la misma. En 4.º, 312 páginas: 4 pesetas.
- Conrotte (M.) — Cuestiones jurídicas relacionadas con la ley sobre accidentes del trabajo. En 4.º, 40 páginas: 75 céntimos.
- Contreras (A. de). — Vida del Capitán Alonso de Contreras, natural de Madrid, escrita por él mismo (años 1582 á 1633). En 4.º, 146 páginas: 4 pesetas.
- Cortes de Castilla. Actas de las Cortes de Castilla, publicadas por acuerdo del Congreso de los Diputados. *Tomo XIX*. Siguen las actas de las Cortes que se juntaron en Madrid el año de 1598 y se acabaron en 1601. En folio, 874 págs.: 15 pesetas.
- Cortés y Aznar (J.) — El regenerador de los vinos naturales y artificiales. En 4.º, 157 págs.: 16 pesetas.
- Delgado (S.) — La República de Chamba; zarzuela en un acto y

- tres cuadros. En 4.º, 44 páginas: 1 peseta.
- Díe y Más (M.)—Nociones de Derecho civil en las familias reales. Matrimonios de Reyes y Príncipes. En 8.º, 271 págs.: 3,50 pesetas.
- Echegaray (M.)—Baile de trajes; comedia en tres actos. En 4.º, 92 páginas: 2 pesetas.
- España Lledó (J.)—La enseñanza oficial de la filosofía en España desde el año de 1857; estudio histórico-crítico. En 8.º, 28 páginas: 1 peseta.
- Fernández de Heredia (A.)—Reglamento para las corridas de toros. Informe presentado por Hache. En 12.º, 32 págs.: 25 céntimos.
- Ferrer Gibert (P.)—Broza; ensayos para el teatro. En 12.º, 57 páginas: 2 pesetas.
- Gimeno Rol.—El pregonero de Riosa; zarzuela en un acto. En 4.º, 36 págs.: 1 peseta.
- Giner Aliño (B.)—Formulario-Codex de abonos. En 8.º, 190 páginas: 2 pesetas.
- Gorosábel (P. de).—Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa, ó descripción de la provincia y de sus habitantes. Tomo III. En 4.º, 415 págs.: 5 pesetas.
- Granés (S. M.)—La golfemia; parodia de la ópera La Bohemia, en un acto y cuatro cuadros. En 4.º, 44 págs.: 1 peseta.
- Iriarte (C. de).—Apuntes de topografía. Medición indirecta de distancias con brújula y estadio. En 8.º, VIII-67 págs.: 3 pesetas.
- Jiménez y Torrente (P.)—El cultivo del cabello y de la belleza. En 8.º, 30 págs.: 75 céntimos.
- Kropotkin (P.)—Campos, fábricas y talleres, por el príncipe Pedro Kropotkin, traducción del inglés por Fermín Salvoechea. En 4.º, 300 págs.: 6 pesetas.
- Larra (hijo) L. de.—El maestro de obras; zarzuela en un acto. En 4.º, 46 págs.: 1 peseta.
- López Pinillos (J.)—El vencedor de sí mismo; drama en tres actos y en prosa. En 4.º, 56 págs.: 2 pesetas.
- Llorente (T.)—Datos referentes á diversas cavernas de la provincia de Segovia. En 4.º, 27 páginas y dos láminas: 2 pesetas.
- Marco (L.)—Tratado práctico de medicina y cirugía modernas. Tomo II. En 4.º, 640 págs.: 10 pesetas.
- Menéndez (E.)—Las noblezas de D. Juan; comedia en tres actos. En 4.º, 56 págs.: 2 pesetas.
- Oliver (F.)—El Encuentro; diálogo tragi-cómico. En 4.º, 15 págs.: 1 peseta.
- Palacio Valdés (A.)—Los amores de Clotilde.
- Reyes (I. de los).—Filipinas. ¡Independencia y revolución! En 8.º, 160 págs. con grabados: 3 pesetas.
- Rivero y Rodríguez (J.)—Suegra y tía; juguete cómico en un acto. En 4.º, 36 págs.: 1 peseta.
- Rodrigo (A.) y Luna (A.)—¡Me quedo!; monólogo. En 4.º, 14 páginas: 1 peseta.
- Sagarra y Lascurain (V.)—Sinematria: nuevo y sencillo procedimiento de dividir los tejidos del cuerpo humano con el hilo de pescar. En 4.º, XIV-74 págs.: 1 peseta.
- Sampil y Hurtado (B.)—Educación del jinete militar. En 4.º, 144 pá-

- ginas y 16 figuras: 2,50 pesetas.
- Sánchez Pastor (E.)—España en París; zarzuela en un acto. En 4.º, 41 págs.: 1 peseta.
- Sarrió y Vallés (R. de P.)—La estrella de Nazaret; drama religioso en cinco actos. En 4.º, 77 páginas: 2 pesetas.
- Scævola (Q. M.)—Código civil comentado y concordado extensamente con arreglo á la edición oficial. *Tomo VIII*. Bienes sujetos á reserva.—Derecho de acrecer.—Aceptación y repudiación de la herencia.—Beneficio de inventario y derecho de deliberar. En 4.º, 758 págs.: 8 pesetas.
- Sohm (R.)—Historia é instituciones del derecho privado romano, por Rodolfo Sohm, profesor en Leipzig; traducción de la séptima edición alemana por P. Dorado, profesor de la Universidad de Salamanca. En 4.º, 764 págs.: 14 pesetas.
- Spínola Grimaldi (F.)—Crítica de la obra «Historia genealógica y heráldica de la monarquía española». En 4.º, 39 págs.: 3 pesetas.
- Toro y Luna (F.)—Por egoísmo; drama en tres actos. En 4.º, 67 págs.: 2 pesetas.
- Valenciana (A. de).—Lecciones de literatura preceptiva. En 8.º, 166 págs.: 2,50 pesetas.
- Vega (R. de la).—El Barón de Troncoverde; comedia político amorosa. En 4.º, 61 págs.: 1,50 pesetas.
- Vigo (M.) y Morano (F.)—El crío; juguete cómico en un acto. En 4.º, 28 págs.: 1 peseta.

## INDICE

---

|                                                                                                                         | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Genoveva Montaña</i> , novela (conclusión), por Cañel.....                                                           | 5            |
| <i>Los placeres en China</i> , por el General Tcheng-Ki-Tong.....                                                       | 34           |
| <i>Poetas americanos: A Miramar</i> , por Enrique Fernández y Grana-<br>dos.— <i>¡Oh Sancho!</i> por Ricardo Nieto..... | 67           |
| <i>El Problema universitario</i> , por Adolfo Posada.....                                                               | 72           |
| <i>Viaje de la Embajada española á la corte del Sultán de Marrue-<br/>cos</i> , por Rafael Mitjana.....                 | 91           |
| <i>Revista Hispanoamericana</i> , por Iob.....                                                                          | 122          |
| <i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....                                                                 | 146          |
| <i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....                                                                   | 157          |
| <i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....                                                                        | 194          |
| <i>Obras nuevas</i> .....                                                                                               | 197          |



# CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, número 16, principal, Madrid.

## ANTROPOLOGIA

- Ferri.** — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
- Lombroso.** — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fiorreffi: La Escuela criminológico positivista, 7 pesetas.
- Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

## ARTE

- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

## BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.
- Asensio.**—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

- Barbey.**—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.
- Becerro de Bengoa.**—Trueba, 1 peseta.
- Bergeret.**—Mouton (Merinos) 1 peseta.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
- Bourget.**—Taine, 0,50 pesetas.
- Campoamor.**—Cánovas, 1 peseta.
- Dorado.**—Concepción Arenal, 1 peseta.
- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.
- Fernán-Flor.**—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
- Gautier.**—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.
- Gladstone.**—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Memorias, 3 pesetas.
- Lange.**—Luis Viver, 2,50 pesetas.
- Macaulay.**—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

**Maupassant.**—Zola, 1 peseta.  
**Menéndez y Pelayo.**—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.  
**Meneval.**—María Stuardo, 6 ptas.  
**Molins.**—Bretón de los Herreros, 1 peseta.  
**Pardo Bazán.**—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.  
**Passarge.**—Ibsen, 1 peseta.  
**Picón.**—Ayala, 1 peseta.  
**Renan.**—Mi infancia y mi juventud, (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Sainte-Beuve.**—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.  
**Stuart-Mill.**—Mis Memorias, 3 ptas.  
**Tolstoy.**—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi Juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.  
**Valera.**—Ventura de la Vega, 1 pta.  
**Wagner.**—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.  
**Zola.**—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

#### CRITICA LITERARIA

**Caro.**—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.  
**Zola.**—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos. 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas,

2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

#### DERECHO

**Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil, (2.<sup>a</sup> parte de La Génesis), 4 pesetas.  
**Arenal.**—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.  
**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.  
**Asser.**—Derecho internacional privado, 6 pesetas.  
**Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.  
**Dorado Montero.**—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.  
**Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.  
**Framarino.**—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 pesetas.  
**Gabba.**—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Garofalo.**—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.<sup>a</sup> parte de La criminología), 4 pesetas.  
**Giuriati.**—Los errores judiciales, 7 pesetas.  
**González.**—Derecho usual, 5 ptas.  
**Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.  
**Gross.**—Manual del Juez, 12 ptas.

- Gumpowicz.** — Derecho político-filosófico, 10 pesetas.
- Hunter.** — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.
- Ihering.** — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Krüger.** — Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.
- Lombroso, Ferry, Garofalo y Fioretti.** — La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Macaulay.** — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.
- Manduca.** — El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.** — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.
- Meyer.** — La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. — Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.
- Miraglia.** — Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
- Mommsen.** — Derecho público romano, 12 pesetas.
- Neumann.** — Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Posada.** — La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Ricci.** — Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.
- Savigny.** — De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Sighele.** — El delito de dos, 4 pesetas. — La muchedumbre delincuente, 4 pesetas. — La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.
- Sohm.** — Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen, 14 pesetas.
- Spencer.** — La Justicia, 7 pesetas. — Exceso de legislación, 7 pesetas. — De las leyes en general, 8 pesetas. — Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.** — Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Sumner-Maine.** — El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas. — La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas. — Historia del Derecho, 8 pesetas. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.
- Supino.** — Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Tarde.** — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — El duelo y el delito político, 3 pesetas. — La criminalidad comparada, 3 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Varios autores.** — (Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida). — La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.
- Idem.** — (Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera). — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.** — Derecho mercantil, 10 pesetas.

## ECONOMIA

- Antoine.** — Curso de Economía social, 2 tomos 16 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwach-**

- ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.  
**Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.  
**Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
**Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.  
**Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.  
**Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

### FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.  
**Caro.**—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.  
**Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Emerson.**—La ley de la vida, 5 pts.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.  
**Guyau.**—La moral inglesa contemporánea (en prensa).  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Lubbock.**—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 pts.  
**Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.  
**Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.  
**Spencer.**—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones polí-

- ticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pts. Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).  
 —Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.  
 —El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.  
**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.  
**Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pts.

### HIGIENE

- Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.**—*Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

### HISTORIA

- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.  
**Campe.**—Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.  
**Carlyle.**—La Revolución francesa, 8 pesetas.  
**Dowden.**—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.  
**Fouillée.**—Historia de la Filosofía 2 tomos, 12 pesetas.

**Garnet.**—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

**Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.

**Murray.**—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

**Renán.**—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los santos, 6 pesetas.

**Stahl.**—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

**Taine.**—Historia de la Literatura Inglesa contemporánea, 7 pesetas.

—Historia de la Literatura Inglesa, Los Orígenes, 7 pesetas.

**Tolstoy.**—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

**Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.

**Waliszewsky.**—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

**Westermarck.**—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

**Wolf.**—Historia de las Literaturas Castellana y portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

#### MISCELANEA

**Alcofurado.**—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

**Baudelaire.**—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

**Castro.**—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

**Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.

**Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedan) 3 pesetas.

**Stead.**—El Gobierno de New York, 3 pesetas.

**Stendhal.**—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

**Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pts.

**Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

#### NOVELA

**Balzac.**—Eugenio Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—

Ursula Mironet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

**Barbey d'Aurevilly.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

**Cherbuliez.**—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

**Coppée.**—Un idilio, 3 pesetas.

**Daudet.**—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

**Dostoyuski.**—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

**Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.

**Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

**Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

**Heiberg.**—Novelas danesas, 3 ptas.

**Korolenko.**—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

**Merimée.**—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.

**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.

**Sardou.**—La Perla Negra, 3 pesetas.

**Sudermann.**—El Deseo, 3,50 ptas.

**Tolstoy.**—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.

El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

**Turguenev.**—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.

El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

**Varios autores.**—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de Cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

**Zola.**—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

### PEDAGOGÍA

**Buisson.**—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

**Huxley.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.

**Guyau.**—La educación y la herencia, 8 pesetas.

**Macaulay.**—La educación, 7 ptas.

**Tolstoy.**—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

### POESIAS

**Campoamor.**—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

**Ferrán.**—Obras completas, 3 pesetas.

### SOCIOLOGÍA

**Caro.**—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

**Engels.**—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

**Fouillée.**—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

**Garofalo.**—La superstición socialista, 5 pesetas.

**Giddings.**—Principios de Sociología, 10 pesetas.

**Grave.**—La sociedad futura, 8 pesetas.

**Gumpłowicz.**—Lucha de razas, 8 pesetas.  
**Janet.**—La familia, 5 pesetas.  
**Kid.**—La Evolución social, 7 pesetas.  
**Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.  
**Max-Muller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.  
**Spencer.**—*Principios de Sociología.* Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales é industriales (en prensa).  
 —Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.  
 —El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.  
**Sumner-Maine.**—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.  
**Tarde.**—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.  
**Tolstoy.**—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer? 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.  
**Varios autores.**—(Aguanno, Alas,

Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Una y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

## TEATRO

**Ibsen.**—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.  
**Zola.**—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

## VIAJES

**Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 pesetas.  
**Heine.**—Alemania, 6 pesetas.  
**Nansen.**—Hacia el Polo, 6 pesetas.  
**Taine.**—La Inglaterra, 7 pesetas.  
**Tcheng-Ki-Tong.**—La China contemporánea, 3 pesetas.

## LOS GRANDES AUTORES

## CONTEMPORÁNEOS

**Neera.**—Teresa, 3 pesetas.  
**Rod.**—El Silencio, 3 pesetas.  
**Lemonnier.**—La Carnicería (Sedan), 3 pesetas.  
**Sudermann.**—El deseo, 3,50 ptas.  
**Korolenko.**—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.  
**Turguenef.**—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

# VIDAS DE PERSONAJES ILUSTRES

Jorge Sand, por Zola, 1 pta.  
 Victor Hugo, por ídem, íd.  
 Balzac, por íd., íd.  
 Alfonso Daudet, por íd., íd.  
 Sardou, por íd., íd.  
 Dumas (hijo), por íd., íd.  
 G. Flaubert., por íd., íd.  
 Chateaubriand, por íd., íd.  
 Goncourt, por íd., íd.  
 Musset, por íd., íd.  
 El P. Coloma, por E. Pardo Bazán, 2 ptas.  
 Núñez de Arce, por M. y Pelayo, 1 pta.  
 Ventura de la Vega, por Valera, íd.  
 Teófilo Gautier, por Zola, íd.

Sainte-Beuve, por Zola, íd.  
 Concepción Arenal, por Pedro Dorado, íd.  
 Heine, por Teófilo Gautier-íd.  
 Ibsen, por L. Passarge, íd.  
 Taine, por Bourget, 50 céntimos.  
 Bretón, por Molins, 1 pta.  
 Campoamor, por E. Pardo Bazán, íd.  
 Fernán-Caballero, por Asensio, íd.  
 E. Zola, por Maupassant y Alexis, íd.  
 Mouton (Mérinos), por Bergeret, íd.

Hartzenbusch, por Guerra, 1 pta.  
 Cánovas, por Campoamor, ídem.  
 Alarcón, por E. P. Bazan, íd.  
 Zorrilla, por Fernán-Flor, ídem.  
 Stendhad, por Zola, íd.  
 M. de la Rosa, por M. y Pelayo, íd.  
 Ayala, por J. O. Picón, íd.  
 Tamayo, por Fernán-Flor, ídem.  
 Trueba, por Becerro de Ben- goa, íd.  
 Lord Macaulay, por Gladstone, íd.

## COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS Á TRES PESETAS TOMO

1. Tolstoy, La Sonata de Kreutzer.
2. Barbey d'Aurevilly, El Cabecilla.
3. Tolstoy, Marido y mujer.
4. Wagner, Recuerdos de mi vida.
5. Tolstoy, Dos generaciones.
6. Goncourt, Querida.
7. Tolstoy, El Ahorcado
8. Turgeneff, Humo.
9. Zola, Las Veladas de Médan.
10. Tolstoy, El Principe Nekhli.
11. Goncourt, Renais Maupe- rin.
12. Barbey, El dandismo.
- 13 y 14. Daudet, Jack.
15. Tolstoy, En el Cáucaso.
16. Turguenef, Nido de hidal- gos.
17. Zola, Estudios literarios.
18. Cherbuliez, Miss Rovel.
19. Renán, Mi infancia y mi juventud.
20. Tolstoy, La Muerte.
21. Goncourt, Germinia, La- certeux.
22. Daudet, La Evangelista.
23. Zola, La Novela experi- mental.
24. Flaubert, Un corazón sen- cillo.
25. Turguenef, El Judío.
26. Cherbuliez, La Tema de Juan Tozudo.
27. Stuart Mill, Mis memorias.
- 28 y 29. Macaulay, Estudios jurídicos.
30. Zola, Mis odios.
31. Dostoyuski, La casa de los muertos.
32. Zola, Nuevos estudios lite- rarios.
33. Dostoyuski La Novela del presidio.
34. Tolstoy, El Sitio de Sebas- topol.
35. Zola, Estudios críticos.
- 36 y 37. Campe, Historia de América.
38. Daudet, El Sitio de Paris.
39. Asensio, Pinzón.
40. Cherbuliez, Amores frágiles.
41. Heine, Memorias.
42. Ferri, Antropología cri- minal.
43. Ibsen, Casa de muñeca.
44. Goncourt, La Elisa.
45. Lombroso, Antropología y osiquiatría.
46. Daudet. Novelas del lunes.
47. Turguenef, El Rey Lear de la Estepa.
48. Tolstoy, Los Cosacos.

49. Sainte-Beuve, Tres muje- res.
- 50 y 51. Zola, El Naturalismo en el teatro.
52. Tolstoy, Iván el Imbécil.
53. Ibsen, Los Aparecidos.
54. Balzac, Eugenia Grandet.
55. Ramillete de cuentos.
- 56 y 57. Renán, Memorias ín- timas.
58. Caro, El Pesimismo en el siglo XIX.
59. Daudet, Cartas de mi mo- lino.
60. Turguenef, Un Desespe- rado.
61. Goncourt, La Faustín.
62. Balzac, Papá Goriot.
63. Tolstoy, El Canto del cisne
64. Coppée, Un idilio.
65. Caro, El Suicidio y la ci- vilización.
66. Taine, Filosofía del arte.
- 67 y 68. Zola, Los Novelistas naturalistas.
69. Campoamor, Ternezas y flores.— Ayes del alma.— Fábulas.
70. Sofia Gay, Salones céle- bres.
71. Tolstoy, El Camino de la vida.
72. Lombroso, El Hipnotismo.
73. Ferri, Nuevos estudios de antropología.
74. Taine, La Pintura en los Países Bajos.
75. Tolstoy, Placeres viciosos.
76. Balzac, Ursula Mirouet.
77. Tolstoy, El Dinero y el trabajo.
78. Schopenhauer, Estudios escogidos.
79. Campoamor, Dolores y hu- moradas.
80. Turguenef, Primer amor.
81. Tolstoy, El Trabajo.
82. Tesoro de Cuentos.
83. Lombroso, Aplicaciones judiciales y médicas.
84. Sardou, La Perla negra.
85. Tolstoy, Mi confesión.
- 86 y 87. Zola, El Doctor Pas- cual.
88. Kropotkin, La Conquista del pan.
89. Turguenef, Aguas prima- verales.
90. Tolstoy, Los Hambrientos.
91. Cherbuliez, Paula Meré.
92. Ferrán, Obras completas.
93. Cherbuliez, Meta Holdenis
94. Tolstoy, ¿Qué hacer?
95. Idem, Lo que debe hacerse
96. Taine. El Arte en Grecia.
- 97 Turguenef, Demetrio Ru- din.

98. Gautier, Las Bombas prú- sianas.
99. Lubbock, La Vida dichosa.
100. Daudet, Tartarín en los Alpes.
101. Taine, El Ideal en el arte.
102. Caro, Costumbres litera- rias.
103. Taine, Nápoles.
- 104 y 105. Idem, Roma.
106. Idem, Florencia.
107. Idem, Venecia.
108. Idem, Milán.
109. Tarde, Estudios penales sociales.
110. Barbey d'Aurevilly, Ven- ganza de una mujer.
111. Balzac, César Birotteau.
112. Idem, La Quiebra de César Birotteau.
113. Tolstoy, Mi infancia.
114. Arnold, La crítica en la actualidad.
115. Tolstoy, Fisiología de la guerra.
116. Varios autores, Cuentos escogidos.
117. Tolstoy, La Escuela de Yasnáia Poliana.
118. P. Merimée, Colomba.
119. Ibsen, La Dama del mar y Un enemigo del pueblo.
120. Barbey, Las Diabólicas.
121. Gautie, Nerval y Baudelaire.
122. Sainte-Beuve, Retratos de Mujeres.
123. Turguenef, El Reloj.
124. Barbey d'Aurevilly, Una historia sin nombre.
125. Daudet, Cuentos y fanta- sías.
126. Tolstoy, Mi juventud.
127. Caro, Littré y el Positi- vismo.
128. Zola, Los Hombros de la marquesa.
129. Goncourt, La Señora Ger- vaisais.
130. Baudelaire, Los Paraísos artificiales.
131. D'Aurevilly, La Hechizada
132. Gautier, Madama de Gi- rardin y Balzac.
133. Mis perlas, por Merimée.
134. Tcheng-Ki-Tong, La Chi- na contemporánea.
135. Lombroso, Ultimos pro- gresos de la Antropología.
136. Stendhal, El Amor.
137. Turguenef, Padres é hi- jos.
138. Stendhal, Curiosidades amatorias.
139. Turguenef, La Guillotina.
140. Caro, El Derecho y la fuer- za.